

Cristo



Él es mi Señor

Enseñanzas de la Biblia Popular

CRISTO

Él es mi Señor

Harlyn J. Kuschel

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin

Todas las citas bíblicas, a menos que se indique lo contrario, son tomadas de la SANTA BIBLIA, REINA VALERA 1995, EDICIÓN DE ESTUDIO. Copyright © 1995, por Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso de las SBU. Todos los derechos reservados.

La marca “Reina Valera 1995, Edición de Estudio” está registrada en la Oficina de Patentes y Marcas de los Estados Unidos por las Sociedades Bíblicas Unidas. El uso de cualquier marca requiere el permiso de las Sociedades Bíblicas Unidas.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser: reproducida, guardada en algún sistema de recuperación, o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado, o de otro modo excepto para una breve cita, sin permiso previo del publicador.

Este libro fue traducido por el señor Gustavo Leal de Bogotá, Colombia. La revisión teológica fue hecha por el pastor Andrew C. Schroer de Edna, Texas, EE UU.

Tarjeta de la Biblioteca del Congreso 2006925589
Editorial Northwestern
www.nph.net
© 2007 por Editorial Northwestern
Publicado en 2007
Impreso en los Estados Unidos de América ISBN
978 0 8100 1989 8

Tabla de contenido

Prefacio del Editor	5
Introducción	7
Parte I: LA PERSONA DE CRISTO	11
1. Jesucristo es verdadero Dios	13
2. Jesucristo es verdadero hombre	25
3. El nacimiento virginal	35
4. La unión personal	41
5. La comunión de propiedades	51
6. La aplicación de la doctrina de las dos naturalezas de Cristo	63
Parte II: LA HUMILLACIÓN Y EXALTACIÓN DE CRISTO	69
7. La “capa del mendigo”	71
8. Regreso al poder y a la gloria	83
Parte III: EL TRIPLE OFICIO DE CRISTO	97
9. Cristo el Sumo Sacerdote	99
10. Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec	113
11. Cristo el Profeta	119
12. Cristo el Rey	127
Parte IV: LA OBRA DE CRISTO	137
13. La redención	139
Notas finales	151

Para lectura adicional	155
Índice de textos bíblicos	157
Índice temático	163

Prefacio del Editor

Enseñanzas de la Biblia Popular es una serie de libros sobre todas las principales enseñanzas doctrinales de la Biblia.

Siguiendo la pauta establecida por la serie La Biblia Popular, estos libros están escritos especialmente para laicos. Por consecuencia, los términos teológicos, cuando son usados, se explican en un lenguaje cotidiano para su mayor comprensión. Los autores muestran que la doctrina cristiana se ha tomado directamente de los pasajes de la Escritura y que esas doctrinas se aplican a nuestra vida y fe. Más importante aún, estos libros muestran que cada enseñanza de la Escritura señala a Cristo, nuestro único Salvador.

Los autores de Enseñanzas de la Biblia Popular son pastores y profesores que han tenido años de experiencia enseñando la Biblia. Son hombres de erudición y conocimiento práctico.

Aprovechamos esta oportunidad para expresar nuestra gratitud al Profesor Leroy Dobberstein del Seminario Luterano de Wisconsin, ubicado en Mequon, Wisconsin, EEUU, y al Profesor Thomas Nass del Martin Luther College, en New Ulm, Minnesota, EEUU, por servir como consultores para esta serie de libros; sus ideas y ayuda han sido inestimables.

Oramos que el Señor utilice estos volúmenes para ayudar a su pueblo a crecer en su fe, conocimiento y comprensión de las enseñanzas de salvación, que nos ha revelado en la Biblia. A Dios sea toda la gloria.

Curtis A. Jahn
Editor de la serie

Introducción

Fue en un retiro de enseñanza en Cesarea de Filipos, unos 50 kilómetros al norte del mar de Galilea, que Jesús planteó una pregunta a sus discípulos. Esta era una pregunta importante, la pregunta más importante que él les hizo. Su respuesta a la pregunta definiría su relación con él, no sólo durante el relativamente breve tiempo que él estaba con ellos sobre la tierra, sino durante toda la eternidad. Aún hoy, esta es la pregunta más importante que enfrenta cada ser humano. La respuesta que uno da define su relación con Jesús, tanto ahora como para toda la eternidad.

Mateo registra este incidente clave en el ministerio de Jesús en el capítulo 16 de su evangelio. Jesús comenzó la conversación haciendo la pregunta principal: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?” (versículo 13). Los discípulos respondieron dando unos ejemplos de las diversas opiniones que la gente sostenía acerca de él. La mayoría de las personas, al parecer, consideraron a Jesús como un maestro extraordinario, quizás aun uno de los profetas del Antiguo Testamento que había vuelto a la vida. Entonces Jesús preguntó a los discípulos directamente: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (versículo 15). A aquella pregunta Pedro, actuando como el portavoz de todos los discípulos, dio una simple y directa, clara y poderosa respuesta: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (versículo 16). Esta confesión mostró que los discípulos estaban convencidos más allá de toda duda que Jesús era más que un gran profeta, más que un ser humano ordinario. Lo que ellos habían visto y oído de él los había conducido a la ineludible conclusión de que Jesús era el Cristo. Él era el Mesías prometido de Dios; él era la segunda persona eterna de la Santa Trinidad.

Jesús aceptó la confesión de los discípulos. Les aseguró que su confesión y la fe que la había producido los habían hecho

benditos. Les dijo que su fe y su confesión no eran el resultado de perspicacia humana o el pensamiento crítico, sino que eran regalos de Dios para ellos. A través de las palabras y de los hechos de Jesús, el Padre celestial lo había revelado a ellos como el Cristo. Y el Espíritu Santo había operado en sus corazones la fe que aceptó, creyó, y confesó, aquella verdad salvadora.

Después de Pentecostés, Pedro y el resto de los apóstoles, compartieron su fe y su confesión. Ellos personalmente dieron testimonio acerca de Cristo, mientras el Señor ascendido los usó para plantar su iglesia del Nuevo Testamento. Además, inspirados por el Espíritu Santo, ellos escribieron las escrituras sagradas que nos han sido preservadas en las Escrituras del Nuevo Testamento. Tomando el ejemplo del testimonio de los apóstoles, la iglesia primitiva confesó su fe con la simple afirmación: “Jesús es el Señor”. Todos los credos antiguos, escritos confesionales, y liturgias, de la iglesia cristiana, repiten y reafirman, aquel gran estribillo. La confesión de que “Jesucristo es el Señor” distingue la fe cristiana de todos los demás.

La pregunta: “¿Quién dice usted que es Jesús?” continúa siendo una pregunta que exige una respuesta; nunca pasará. En el tercer milenio, no menos que en el primer siglo, los seres humanos están bruscamente divididos en sus respuestas a esa pregunta. Durante su ministerio terrenal, algunos, como los enemigos de Jesús, le consideran como un fraude. Otros cuestionan si él realmente existió. Aun otros, en términos más lisonjeros, le llaman un *hombre de destino universal o el tipo de persona que yo debería ser*. Ellos lo colocan en una clase exclusiva, de la elite de los seres humanos, con gente como: Mahoma, Juana de Arco, Gandhi, Martin Luther King Junior. Pero incluso aquellos que pretenden honrar a Jesús como un maestro extraordinario y humanitario, no alcanzan a reconocerlo más que como un ser humano. Ellos no le honran

como Dios-hombre y el Salvador del mundo.

Hoy, mañana, y en la eternidad, existe y sólo puede existir, una sola respuesta correcta a la pregunta: ¿Quién es Jesús? Esa respuesta no puede ser descubierta por la razón humana, la enseñanza, o la lógica. Todavía sólo es revelada a la gente pecaminosa por el Padre en el cielo. Ella se hizo la confesión viva de los creyentes, por la obra del Espíritu Santo en sus corazones, a través del evangelio. Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Sobre la verdad de que Jesús es el Señor yace: todo el valor redentor de su obra, toda su autoridad como nuestra guía, toda nuestra esperanza por su ayuda, y todo su derecho a nuestra adoración y alabanza. Sobre esta verdad yace el futuro eterno de cada ser humano, incluyendo a cada uno de nosotros. Nuestra respuesta a la pregunta: ¿Quién es Jesucristo? también determinará nuestro acercamiento a todas las demás enseñanzas de las Escrituras. De una manera u otra, todas las verdades bíblicas expuestas en cada uno de los volúmenes de la serie de Enseñanzas de la Biblia Popular, incluyendo la justificación, la ley y el evangelio, la Trinidad, el Santo Bautismo, la Santa Cena, y también la libertad cristiana, y la santificación, yacen sobre las verdades que se tratan con la persona y la obra de Jesucristo. Conocer a Jesús es, en efecto, la clave para conocer y comprender las Escrituras.

En este pequeño volumen estudiaremos más profundamente la respuesta bíblica a la pregunta: ¿Quién es Jesucristo? Las grandes verdades de la persona y la obra de nuestro Salvador, son expuestas muy clara y directamente tanto en las Escrituras del Antiguo como del Nuevo Testamento. Que el estudio de estas verdades fortalezca a cada lector en la convicción personal de que Jesucristo no sólo es el Señor, sino que es mi Señor. Y que nos anime a compartir con los demás las buenas nuevas que el Señor es el Salvador del mundo.

Parte I

LA PERSONA DE CRISTO



1

Jesucristo es verdadero Dios

Creemos que Jesucristo es el Hijo eterno de Dios, uno con el Padre desde toda la eternidad (Juan 1:1-2). En el transcurso del tiempo, él tomó la verdadera y completa, libre de pecado, naturaleza humana (Gálatas 4:4), cuando él fue concebido como un niño santo en la virgen María por milagro del Espíritu Santo (Lucas 1:35)... Jesucristo es único, ya que en él, el verdadero Dios y la naturaleza verdaderamente humana son unidos inseparablemente en una sola persona, el santo Dios-hombre. Él es llamado Emanuel, que significa: “Dios con nosotros” (Mateo 1:23).¹

Estas palabras de *En Esto Creemos*, una declaración confesional del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin, de manera clara y cuidadosa, declaran lo que las Sagradas Escrituras enseñan acerca de la persona de Cristo. Que en una persona Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre, es una

de las más importantes verdades de la fe cristiana. Esto nos proporciona la clave para entender todo lo demás que la Biblia enseña acerca de Jesús y de su obra de salvación de la humanidad.

Ya que es también una enseñanza que ha sido frecuentemente desafiada tanto desde fuera como dentro de la iglesia cristiana, la doctrina de las dos naturalezas de Cristo ha sido, durante siglos, cuidadosamente estudiada y definida por la iglesia. Los grandes credos del cristianismo (Apostólico, Niceno, Atanasiano) contienen declaraciones cuidadosamente redactadas sobre la persona de Cristo, así como los escritos de los padres de la iglesia primitiva y del doctor Martín Lutero. Estas declaraciones doctrinales contienen lo que ha llegado a ser las técnicas expresiones teológicas que la Biblia usa para describir a la persona divina-humana de Cristo. Muchas de estas expresiones no son usadas en las Escrituras. Sin embargo, ellas claramente resumen la enseñanza bíblica y las usamos como instrumentos de enseñanza y aprendizaje. Pero, es importante saber que todas las enseñanzas relativas a Cristo, así como todo lo demás que los cristianos creemos, fueron conocidos y creídos mucho antes de que los maestros de la iglesia, los concilios, y los credos, forjaran las expresiones que hoy utilizamos para describirlos.

La enseñanza de la Biblia

Los cristianos creemos que hay dos naturalezas en Cristo, porque la Biblia enseña que el Hijo eterno de Dios se hizo hombre por un milagro del Espíritu Santo en la matriz de la virgen María. En todo el Nuevo Testamento, Jesús se presenta a él mismo como el Hijo de Dios y el Hijo del hombre. La Biblia enseña que Cristo tiene todas las características de Dios junto con la naturaleza humana verdadera. El Señor de gloria fue crucificado para pagar el precio del rescate por los pecados humanos; luego resucitó. Aunque nuestra razón

humana posiblemente no pueda comprenderlo todo, nosotros, como el apóstol Pablo, confesamos en humilde asombro: “Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria” (1 Timoteo 3:16).

La Escritura hace gran énfasis en la divinidad de Jesús. Jesús mismo nos dice que las palabras de la confesión de Pedro: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:16), son la roca, el fundamento sólido, sobre la cual la iglesia es construida (versículo 18). Sobre esta verdad, la iglesia cristiana ha continuado manteniéndose firme en cada época, ante incontables errores y falsas enseñanzas. Las negaciones de que Jesús es realmente Dios han sido y siguen siendo frecuentes y vehementes, comenzando en los mismos días de Jesús y continuando en los nuestros. No obstante, la Biblia consistentemente identifica a Jesús como “el Hijo del Dios viviente”, la segunda persona de la eterna Trinidad.

Tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo Testamento, le atribuyen la misma esencia divina, características divinas, y acciones divinas, que ellos le atribuyen a Dios el Padre. Pasajes del Antiguo Testamento como Salmo 2:7 hablan de la relación eterna entre el Padre y el Hijo. En Salmo 110, habla sobre el Mesías que viene como “Señor” de David, que gobernaría “a [la] diestra” del Padre y serviría como sacerdote “para siempre”. El profeta Isaías del Antiguo Testamento pronosticó un tiempo en la historia humana cuando el que era verdadero Dios, desde toda la eternidad, tomaría la naturaleza humana (Isaías 9:6). Justo antes de que Jesús viniera al mundo, un ángel dijo a su madre María: “El Santo Ser que va a nacer será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Numerosos pasajes del Nuevo Testamento dicen que en el principio Jesús ayudó a crear el universo (Juan 1:3; Colosenses 1:16; Hebreos 1:2).

La propia declaración de Jesús en Juan 10:30: “El Padre y yo uno somos”, expresa más que la idea de que el Hijo es similar al Padre en el pensamiento y la voluntad; se refiere a una unidad de la esencia. “Consustancial al Padre”, dice el Credo Niceno de Jesús.² El Padre y el Hijo son uno en esencia, poder, pensamiento, y operación. Jesús no es un Dios de menor rango, tampoco es un ser humano que de alguna manera fue elevado a la categoría de Dios. Él es más que un hijo de Dios como por la fe somos hijos de Dios. Jesús es Dios de exactamente el mismo modo que el Padre es Dios.

El testimonio de la Escritura de que Jesús es Dios es simplemente asombroso. Los pasajes de la Escritura que se refieren a la divinidad de Jesús pueden ser divididos en varias agrupaciones: aquellos que directamente lo llaman Dios; aquellos que se refieren a él como el único Hijo de Dios; aquellos que le atribuyen características divinas; aquellos que revelan su obra divina, especialmente sus milagros; y aquellos que le atribuyen divinos honor y gloria.

Un gran número de pasajes podría ser elegido como pasajes representativos para la divinidad de Jesús. El apóstol Juan, en 1 Juan 5:20, da a Jesús nombres divinos, llamándolo: “El verdadero Dios y la vida eterna”. En Romanos 9:5, Pablo se refiere a Jesús como: “¡Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos!” Hebreos 13:8 atribuye a Jesús las características divinas de inmutabilidad y eternidad, hablando de él como: “El mismo ayer, hoy, y por los siglos”. En su gran comisión a sus discípulos en Mateo 28:18-20, Jesús habla de su autoridad divina y su omnipresencia: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (versículo 20). Los cuatro evangelios registran obras divinas de Jesús. Sus milagros muestran su poder sobre la naturaleza, la enfermedad, y aun la muerte. Todos los evangelios registran el mayor de todos los milagros, la propia resurrección de Jesús, y en Juan 5:23, Jesús reclama divinos honor y gloria para él. Insta a todos a

honrar “al Hijo como honran al Padre”. Dos libros enteros del Nuevo Testamento, el evangelio de Juan y la epístola a los Hebreos, tienen la divinidad de Jesús como sus temas. Y el libro de Apocalipsis constantemente levanta nuestra mirada de fe a Jesús como el Cordero exaltado, el eternamente exaltado Rey de reyes y Señor de señores.

Durante su ministerio terrenal, Jesús también se reveló como Dios por el modo como enseñó. Los que lo escucharon se dieron cuenta de que Jesús enseñó con una autoridad única (Mateo 7:28,29). Hubo una marcada diferencia entre la enseñanza de Jesús y la de los profetas del Antiguo Testamento. Los profetas se presentaron sólo como voceros de Dios. Jesús vino haciendo valer su autoridad como Dios mismo. Él afirmó su autoridad sobre: el Templo (Mateo 12:6), el día de reposo (Mateo 12:8), y Satanás (Mateo 12:22-29). Ejerció la prerrogativa divina de perdonar los pecados (Mateo 9:2). Él afirmó el conocimiento del Padre que nadie más tenía, y la relación con el Padre que nadie más poseyó (Juan 5:19,20). Las grandes declaraciones de Jesús de “Yo soy” en el evangelio de Juan (por ejemplo, Juan 6:35: “Yo soy el pan de vida” y Juan 6:14: “Yo soy el buen pastor”) evocan la identificación de Dios de él mismo a los creyentes del Antiguo Testamento, como el gran “YO SOY”, el Dios eterno (Éxodo 3:14). Incluso los enemigos de Jesús reconocieron estas y otras declaraciones, como una clara reclamación de su divinidad (Juan 10:33).

Hay otros testigos de la divinidad de Jesús registrados para nosotros en las Escrituras. El testigo más importante es Dios el Padre mismo. En el bautismo de Jesús, el Padre declaró audiblemente desde el cielo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). Este Hijo es el gran descendiente de la mujer, prometido a Adán y Eva, poco después de la caída (Génesis 3:15). En Gálatas 4:4, el apóstol Pablo muestra la conexión entre la profecía y el

cumplimiento, e identifica a Jesús como el Hijo eterno de Dios: “Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer”. En la transfiguración de Jesús, un acontecimiento que dio pruebas visibles de su divinidad, el Padre declaró de nuevo: “Este es mi Hijo” (Mateo 17:5). Asimismo, el testimonio de los discípulos, que no sólo vieron el bautismo de Jesús y la transfiguración sino que oyeron sus palabras y fueron testigos de sus obras, refuta todas las especulaciones de que Jesús es sólo un hombre o un mito. Cuanto más estos hombres caminaron y hablaron con Jesús, más el Espíritu de Dios les permitió entender que él es el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

Dado que la esencia divina es una, ninguna respuesta que satisfaga la razón humana puede ser dada a la pregunta: ¿por qué sólo el Hijo, no el Padre o el Espíritu Santo, se hizo verdadero hombre y sustituyó a los pecadores tomando la naturaleza humana en el tiempo designado de Dios en la historia? Sin embargo, sobre la base del testimonio de la Escritura, podemos estar absolutamente seguros de dos cosas: sólo el Hijo se hizo humano en el cumplimiento del tiempo; y en aquel Hijo de Dios, Jesucristo, mora no solamente una parte sino toda la plenitud de la deidad. Lutero siguió la Escritura cuando escribió: “Cristo es una persona diferente (del Padre). Pero aunque él no es el Padre, todavía: es el Creador del cielo y la tierra, tiene la esencia y la naturaleza divina, y por consiguiente en tiempo fue nacido de la virgen María. Sin embargo, no hay dos Cristos o Hijos, sino un solo Jesús.”³

Falsas enseñanzas

Considerando todos estos testigos de la divinidad completa de Cristo, podríamos preguntarnos: ¿por qué alguien cuestionaría o rechazaría esta enseñanza? Pero el diablo conoce el centro de nuestra fe cristiana y la salvación de cada

individuo, en relación con las enseñanzas de Jesús y su persona. Es por eso que, desde el momento mismo que nuestro Salvador caminó sobre esta tierra hasta nuestros días, Satanás ha dirigido sus ataques más feroces y más aparentemente inteligentes a aquellas doctrinas que conciernen a Cristo, en particular a las enseñanzas que conciernen a la persona y la naturaleza divina de Cristo. Los enemigos de Jesús entre los judíos, lo llamaron loco. Ellos lo condenaron como a un blasfemo por decir la verdad que es Dios verdadero, y lo condenaron a muerte. Hoy en día el judaísmo, el budismo, el islam, y todas las demás religiones paganas, niegan que Jesús es Dios, lo cual es de esperarse. Infinitamente más peligroso, sin embargo, son los ataques sobre la persona de Cristo, que Satanás ha suscitado dentro de la propia iglesia cristiana. Por desgracia, la historia del cristianismo se ha ensuciado con relatos de falsos maestros que han retorcido y tergiversado las enseñanzas de la Biblia concernientes a la persona de Cristo. Y muchas falsas enseñanzas antiguas, aunque puedan aparecer en formas ligeramente diferentes, todavía plagan la iglesia actual.

Algunas de estas enseñanzas, las cuales se pueden describir como *unitarianistas*, rechazan la doctrina de la Trinidad. Ellos reconocen que Jesús es llamado Dios, pero a pesar de eso niegan que sea Dios. Otras son enseñanzas *subordinacionistas*, que afirman que Cristo es Dios, pero no de la misma manera que el Padre es Dios. En el primer siglo, un hombre llamado Cerinto, falsamente enseñó que Jesús era: solamente un hombre, el hijo de José y María, y que el “ser divino” descendió sobre Jesús en su bautismo y lo abandonó, antes de que él sufriera y muriera. Otra secta herética antigua fue los ebionitas. Al igual que los judaizantes a quienes condena el apóstol Pablo en Gálatas, los ebionitas enseñaban que los creyentes todavía estaban obligados a guardar las leyes del Antiguo Testamento de Moisés. También

impartieron una “reducida” doctrina de la persona de Cristo, sosteniendo que Jesús era solamente un ser humano hijo de José y María. Se le reconoció como el Mesías prometido, pero no aceptaron la verdad de que él es Dios. Creían que Jesús se convirtió en el Cristo por guardar la ley, y que otros seres humanos podrían elevarse a la divinidad por hacer lo mismo. Ellos vieron a Jesús como un maestro y un ejemplo, y no como el Mesías, el divino Salvador.

Como grupo, los ebionitas pasaron bastante rápidamente de la escena de la historia. Pero su error, la negación de la divinidad de Cristo y el énfasis en su ejemplo en lugar de su expiación sustitutiva, continúa en muchas formas. Hoy en día el pensamiento ebionita está representado por, entre otros, la ciencia cristiana, que enseña que Jesús era un ser humano que mejor presentó el ideal, nuestro ejemplo más bien que nuestro Salvador todo suficiente.

La aplicación de la razón humana a la enseñanza de la Biblia de la Trinidad, ha traído la antigua falsa enseñanza que vino a ser conocida como el *monarquianismo*. Después de que los filósofos griegos y romanos, desacreditaron la idea de que el cielo estaba lleno de muchos dioses, algunos profesores cristianos sintieron que de alguna manera había que explicar que el culto a la Trinidad era la adoración a un solo Dios, no a tres. Pero tratar de explicar un misterio divino con la lógica humana, siempre se traduce en errores humanos. El *monarquianismo* niega la plena divinidad de Cristo. Los *monarquianos adopcionistas* sostuvieron que Jesús era Dios sólo en el sentido de que un poder o influencia de Dios yacía sobre él. Según ellos, Jesús era un hombre en quien el poder de Dios fue particularmente activo. Ya que fielmente hizo uso de esa facultad, fue adoptado como el Hijo de Dios. Los *monarquianos modalistas* enseñaron que Dios no es tres personas, sino una sola persona, que tomó diferentes formas o papeles (modos) de existencia según requería la ocasión.

Según ellos, fue realmente el Padre quien en el “modo” del Hijo sufrió y murió.

Un profesor monarquiano, cuyas falsas enseñanzas ejercieron una gran influencia fue Pablo de Samosata. Pablo vivió en el tercer siglo, pero la influencia de sus enseñanzas continuó mucho tiempo después de su muerte. Negó el nacimiento virginal y la eternidad de Cristo. En cambio, falsamente enseñó que desde el momento de la concepción de Jesús y su nacimiento, el divino “Logos”, o esencia, el “Verbo eterno” (Juan llama a Jesús “el Verbo” en el capítulo 1 de su evangelio), vino sobre el Jesús humano. Esto hizo a Jesús un hombre extraordinario, a diferencia de cualquier otro. Según Pablo de Samosata, Jesús tenía el poder del pensamiento divino y lo utilizó fielmente. No obstante, él permaneció hombre. La enseñanza de Pablo de Samosata hizo hincapié en el ejemplo de Cristo y animó a la gente a tratar de salvarse a ella misma viviendo como Cristo. La Confesión de Augsburgo (1530) expresamente condena los errores de los samosatenos (Artículo I). Algunos reformadores del siglo 16 que vinieron después de Lutero (en particular los socinianos), enseñaron como hicieron los samosatenos, que Jesús era un hombre dotado con grandes dones, quien usó tan bien esos dones que finalmente le fue otorgado el honor divino.

Otra falsa enseñanza, acerca de la persona de Cristo que, de una manera u otra, ha perturbado la iglesia a lo largo de la era del Nuevo Testamento, es el *arrianismo*. Arrio era un clérigo del cuarto siglo, natural de Alejandría en Egipto. Él era un alumno de Luciano (murió en el año 311) quien, por su parte, había estado bajo la influencia de Pablo de Samosata. Arrio creyó que Jesús existió antes de su encarnación. Sin embargo, también enseñó que el Hijo no era eterno. Según Arrio, Jesús fue un ser creado, que no compartió la sustancia ni la esencia de Dios. Fue un ser intermedio entre Dios y el hombre, más que cualquier otra criatura, pero, sin embargo, no eterno.

Hubo un tiempo que la teología arriana sostuvo que Jesús no existió. Su encarnación (la encarnación de Jesús puede definirse como “asunción de la naturaleza humana” en virtud de su concepción y nacimiento) no trajo la unión entre lo humano y lo divino. Jesús vino al mundo para salvar a la humanidad mediante: la revelación de la voluntad de Dios, y llamando a la gente al arrepentimiento y la obediencia. Fue la controversia arriana que se produjo en el Concilio de Nicea en el año 325. Allí la iglesia respondió a los errores de Arrio exponiendo en forma de credo las enseñanzas de la Biblia de que Jesús es “Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y no hecho, consustancial al Padre”⁴, quien en un momento designado por Dios asumió nuestra naturaleza y llegó a ser completamente humano.

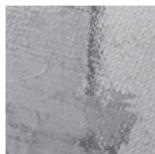
El arrianismo fue condenado: por el Concilio de Nicea en el año 325, y nuevamente condenado por el Concilio de Constantinopla en el año 381, y también por el Concilio de Calcedonia en el año 451. Pero como tantas herejías y falsas enseñanzas, el arrianismo ha surgido repetidamente y todavía continúa perturbando a la iglesia en el tercer milenio cristiano. Hoy en día, los testigos de Jehová enseñan que a pesar de que Jesús es el Hijo de Dios, él es inferior al Padre. Según ellos, él fue un ser creado que se hizo únicamente humano y cuyo cuerpo fue destruido con la muerte. Los mormones enseñan que Jesús no es el unigénito Hijo eterno de Dios, sino un hombre que se convirtió en Dios, al igual que nosotros también podemos convertirnos en dioses. El “Seminario de Jesús” es un grupo de doscientos eruditos contemporáneos que se reúnen regularmente para estudiar los evangelios y tratar de descubrir su “significado real”. Ellos han llegado a la conclusión de que Jesús nunca dijo ser Dios y, probablemente, habló menos de la mitad de los dichos que se le atribuyen en el Nuevo Testamento. Incluso otro teólogo, que dice que es luterano, ha escrito: “La noción de la preexistencia del Hijo de

Dios, convirtiéndose en un ser humano en el útero de una virgen y luego regresando a su hogar celestial, está ligada a una imagen mitológica del mundo que choca con nuestro moderno punto de vista científico del mundo.”⁵ Ese punto de vista de Cristo, por desgracia, se está enseñando en numerosos falsos seminarios luteranos, garantizando que la confusión sobre la persona de Cristo seguirá afectando a la iglesia en el futuro.

El movimiento unitario también niega la divinidad de Jesús. El unitarianismo tuvo su origen en Europa en el siglo 16, y encontró su camino a América en el siglo 18. Los unitarios rechazan la doctrina de la Trinidad. Dicen que adorarán solamente a Dios como el Padre y enseñan que Jesús es sólo un hombre. Al igual que los socinianos, los unitarios hacen a la razón la guía suprema en cuanto a la fe. El movimiento unitario en sí mismo nunca se hizo una fuerza poderosa en el mundo religioso. Pero el pensamiento unitario, sobre todo, el rechazo de lo que no parece “razonable”, se ha arraigado firmemente en muchas de las principales denominaciones cristianas en América. El resultado son ataques casi continuos contra enseñanzas bíblicas que son la clave para la clara confesión de la divinidad de Jesús, incluyendo el nacimiento virginal, los milagros y la resurrección corporal, de Jesús. Ninguna de las sectas como la cienciaología, el movimiento de la Nueva Era, y la iglesia de unificación, considera a Jesús como “Dios de Dios”, sino sólo como un “santo” ser humano.

La negación de la divinidad eterna de Jesús adopta muchas formas, pero generalmente es fruto de dos cosas: la lógica humana dice que es imposible para Dios y el hombre ser unidos en una sola persona, y el orgullo humano dice que los seres humanos son capaces de ganarse el cielo y satisfacer las justas exigencias de Dios por las cosas que pueden hacer. Esta es precisamente la razón por la cual la enseñanza que Jesús es

el Hijo eterno de Dios es tan importante y tan preciosa para los cristianos que somos creyentes en la Biblia. Si Jesús fuera solamente un buen hombre y un modelo de virtud, él no podría salvarnos más que cualquiera de los otros buenos hombres con los que el mundo lo compara a menudo. Si eso es cierto, nuestros pecados aún serían nuestra responsabilidad. Dios, en su perfecta justicia, todavía cargaría los pecados de la persona a cada individuo, y nunca seríamos capaces de evitar el castigo que merecemos por aquellos pecados. Un Cristo meramente humano nunca puede ser nuestro Salvador, nuestro Redentor. Pero que tan consolador y alentador es: para usted, para mí y para cualquier otro pecador culpable la garantía central de la Biblia: ¡El eterno Hijo de Dios me amó y se entregó a él mismo por mí! Él, y sólo él, pudo encargarse de: mi pecado, mi culpa, mi castigo y mi maldición. El Hijo de Dios me ha hecho libre.



2

Jesucristo es verdadero hombre

Desde la eternidad Jesús ha existido como Dios en una relación única y eterna con el Padre y el Espíritu Santo, en la Santa Trinidad. Nunca hubo un momento en que Jesús no existiera, ni un momento en que él no fuera verdadero Dios. Pero en el preciso momento, en el tiempo determinado según los consejos eternos de la Santísima Trinidad, Jesús también tomó la verdadera naturaleza humana como la nuestra. Fue concebido como un niño humano en el vientre de la virgen María. Así pues, sin dejar de ser Dios, Jesús se hizo y sigue siendo completamente humano. Todo lo que la Escritura dice y enseña acerca de Jesús, después de aquel singular momento en el tiempo en el que “se encarnó”, es decir, en que tomó la verdadera naturaleza humana, lo dice y enseña, acerca de la única persona que es el Dios-hombre.

La enseñanza de la Biblia

Con la misma claridad que enseña la verdadera divinidad de Cristo, la Biblia también enseña su verdadera y perfecta humanidad. En pasajes como 1 Timoteo 2:5 (“Jesucristo hombre”), los escritores inspirados directamente llaman a Jesús un hombre. Los judíos nunca dudaron de que el Jesús que vivió entre ellos fuera un verdadero ser humano. Tampoco los evangelistas, que registraron la historia de su vida en la tierra. Una de las expresiones con mayor frecuencia usadas por Jesús para referirse a él mismo fue “Hijo del hombre”. Y en su gran comparación de Adán y Cristo, en Romanos capítulo 5, Pablo se refiere a Jesús como el segundo Adán. Al igual que el primer Adán, Jesús es un verdadero ser humano, con un cuerpo humano y alma. Él no era, como algunos han especulado, un “hombre fantasma”, que apareció en un cuerpo que no era real. El cuerpo de Jesús no es un cuerpo espiritual, totalmente diferente del nuestro. El Credo Atanasiano establece claramente la verdad escritural cuando dice que Jesús es “hombre, de la substancia de su madre, nacido en el tiempo... perfecto hombre, subsistiendo de alma racional y de carne humana”.⁶

Como Jesús es el Hijo unigénito del Padre celestial en función de su naturaleza divina, es también descendiente de los patriarcas, los líderes de Israel, de acuerdo con su naturaleza humana (Romanos 9:5). Él es descendiente de Abraham (Gálatas 3:16-19) y renuevo de David (Jeremías 23:5). Jesús no trajo la naturaleza humana con él desde el cielo, sino que la recibió de sus antepasados israelitas, muchos de los cuales se mencionan en las genealogías de Mateo capítulo 1 y Lucas capítulo 3. Jesús recibió su naturaleza humana específicamente de su madre como el “fruto” del vientre de María (Lucas 1:42). Las escrituras también se refieren a diversos aspectos de la naturaleza humana de Cristo, incluyendo: su cuerpo (Mateo 26.12), su carne y

huesos (Lucas 24:39), su alma (Mateo 26:38) y su voluntad y emociones humanas (Juan 11:35).

Al presentarnos el lado humano del Dios-hombre, la Biblia da a Jesús nombres humanos, incluyendo el hijo de María (Marcos 6:3) y el Hijo del hombre (Juan 1:51). Él se nos revela como uno que muestra todas las características y actividades de la naturaleza humana, tal como la conocemos, pero sin pecado. Jesús fue concebido, nació, creció, tuvo hambre y sed, comió y bebió, durmió, lloró, sufrió, y murió. La Biblia también nos muestra que Jesús puso completamente su cuerpo y alma al servicio de su obra redentora. San Mateo, en el capítulo 26:30, relata la pasión y muerte de Jesús, dándonos un revelador y conmovedor retrato del sufrimiento físico que el Dios-hombre soportó por nosotros. Su alma humana experimentó el dolor (26:38), mientras el peso de los pecados del mundo descendió sobre él. Él voluntariamente sometió su voluntad humana a la divina voluntad del Padre celestial (26:42), y sufrió la humillación de burla, trato vergonzoso, e injusta condena (26:65-67). Además, soportó la terrible angustia física de flagelación (27:26) y sufrió la muerte de crucifixión como un criminal (27:35). Aun peor, soportó el tormento espiritual de la separación eterna de Dios, que es el infierno (27:46).

Sin la naturaleza humana, sin alma racional y voluntad, Jesús no podría haber llevado a cabo su obra expiatoria de acuerdo con el plan divino de Dios, quien pidió un sustituto perfecto para vivir, morir y resucitar, en lugar de los pecadores. Los antiguos maestros de la iglesia lo dijeron bien cuando afirmaron: "*Quod Filius Dei non assunsit, non redemit*" [Lo que el Hijo de Dios no asumió, no lo redimió].⁷ Por eso, desde los días de los apóstoles, la iglesia ha entendido la importancia de confesar la verdadera humanidad, así como la verdadera divinidad, de Cristo. Ambas son necesarias para que él sea nuestro Redentor. Uno de los primeros catecismos

luteranos declara de manera clara y elocuente: “Era necesario para él ser un hombre que pudiera sufrir y morir; pero como simple hombre no podía soportar el pecado de la raza humana, junto con la ira de Dios y la maldición de la ley, ni cumplir la infinita justicia divina, ni vencer la muerte, el infierno y el diablo; era necesario que el fuera al mismo tiempo Dios verdadero.”⁸

Una descripción de la naturaleza humana de Jesús

Si Jesús es verdadero ser humano como nosotros, pero al mismo tiempo verdadero Dios, es legítimo preguntarse: “¿Cómo es su naturaleza humana?”. Ya hemos visto que es similar a la nuestra, en que Jesús experimentó toda la vida humana. Jesús asumió la naturaleza humana, no como la que Adán poseía antes de la caída, sino con las limitaciones y las necesidades que son comunes a los seres humanos desde la caída. No, Jesús no asumió el pecado que es transmitido a cada ser humano nacido en nuestro mundo del modo natural después de la caída. Debe hacerse una distinción entre la propia naturaleza humana y el pecado original, o heredado, que se aferra en ella. En su estado de humillación, que vamos a estudiar en mayor detalle en un capítulo posterior, Jesús asume las debilidades y limitaciones, que son las consecuencias del pecado en este mundo pecaminoso sin asumir el pecado en él. Los evangelistas nos dicen que él experimentó hambre, sed y fatiga. Las cosas que él vio y experimentó, lo preocuparon y entristecieron. Él se convirtió en un “varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento”, de acuerdo con la antigua profecía de Isaías 53:3. Sin embargo, Jesús no asumió las enfermedades o defectos personales, como la lepra u otras enfermedades terminales, que hubieran acortado su vida prematuramente.

Sólo porque Jesús es Dios-hombre, hay ciertas diferencias significativas entre su humanidad y la nuestra. Todos los

demás seres humanos derivan su naturaleza física por la descendencia pecaminosa de los padres humanos (Juan 3:6). El resultado es que todos somos pecadores desde el momento de nuestra concepción (Salmo 51:5). La naturaleza humana de Jesús, sin embargo, entró en existencia a través de la operación y obra del Espíritu Santo, en el vientre de una virgen. Este milagro peculiar permitió a Jesús tomar nuestra humanidad sin heredar nuestro pecado. Desde el principio hasta el fin de su vida, Jesús permaneció libre de pecado. El hecho de que Jesús y su naturaleza humana eran libres del pecado, era necesario para que él llevara a cabo nuestra salvación. Sólo a “un cordero sin mancha o defecto” (1 Pedro 1:19) podría el Padre echar la culpa de todo el mundo como el sustituto. La razón por la que Cristo fue sin pecado no era alguna preservación misteriosa de una semilla libre de pecado en Israel. Seguramente no fue la perfección de María, ya que ella misma se proclamó pecadora y habló de su necesidad del Salvador, aun después de que le dijeron que ella tendría el honor único de ser la madre del Hijo de Dios, el Salvador del mundo (Lucas 1:47). Tampoco fue Jesús pecador de nacimiento, que de alguna manera evolucionó a la perfección. Al contrario, el milagro del Espíritu Santo de gracia y omnipotencia divina, guardó a Cristo de adquirir el pecado humano cuando asumió nuestra naturaleza humana. Por este milagro fue “apartado de los pecadores” (Hebreos 7:26).

Al considerar la perfección de la humanidad de Jesús, es también importante para nosotros recordar que a partir del mismo momento que entró en existencia, la naturaleza humana de Cristo perteneció a la persona del Hijo de Dios. En virtud de su naturaleza divina, Jesús era libre de pecado e incapaz de pecar. No obstante, como el Dios-hombre, él fue verdaderamente tentado y probado, pero sólo desde fuera, no desde el interior como nosotros.

Debido a que la naturaleza humana de Cristo es libre de pecado, es inmortal. Él murió, no porque la muerte era natural a él, como lo es para nosotros, sino porque él mismo quiso morir. El entregar voluntariamente su vida inocente dio a su muerte valor redentor para nosotros.

La Biblia no nos dice nada acerca de la apariencia física de Jesús. Ni siquiera hay indicio de que era diferente de la de cualquiera de sus contemporáneos. Esto se debe, sin duda, al hecho de que en su estado de humillación, que no sólo renunció al pleno y constante uso de su gloria divina sino también a los únicos privilegios de una humanidad sin pecado. Jesús se mezcló entre la humanidad de la cual él voluntariamente se hizo parte. Optó por no aparecer como Adán apareció antes de la caída, sino como Adán y sus descendientes aparecieron después de la caída.

La naturaleza humana de Jesús, aunque distinta de su naturaleza divina, fue “asumida” en la persona divina en el momento de la concepción. Esto significa que, aunque Jesús posee dos naturalezas, él posee una personalidad única. A pesar de que tiene verdadero cuerpo humano y alma, su naturaleza humana nunca existió aparte de su naturaleza divina. Y es la naturaleza divina que da al Dios-hombre su personalidad.

A partir del momento que él fue concebido por el milagro del Espíritu Santo en el vientre de la virgen, Jesús ha sido y sigue siendo Dios-hombre. No sólo como un bebé en los brazos de su madre, sino también como un adolescente y hombre maduro Jesús poseyó naturaleza verdaderamente humana y naturaleza verdaderamente divina. El hecho de que el Dios-Hombre pasó por cada etapa de la vida y del desarrollo humano, es una parte esencial de su obra sustitutiva para nosotros. En el eterno Dios-Hombre, tenemos al sumo sacerdote que cumple nuestras necesidades en todos los sentidos (Hebreos 7:26). El conocer su persona, establece el

fundamento: para comprender su obra y para apreciar la grandeza y la plenitud de nuestra salvación. Y el saber que él aún conserva la naturaleza humana, la que experimentó todas las cosas que nosotros experimentamos y que por eso entiende nuestras necesidades, nos da el valor para acercarnos “confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16).

Falsas enseñanzas

Como las enseñanzas humanas, que cuestionan o niegan lo que la Escritura enseña acerca de la divinidad de Cristo, han inquietado a los creyentes y a la iglesia, desde los días de los apóstoles, también hay un sin número de falsas enseñanzas acerca de lo que la Biblia enseña respecto a la verdadera humanidad de Jesús. Martín Lutero en un libro sobre las grandes confesiones de la iglesia que escribió en el año 1538, claramente reconoció ambas como estrategia del diablo. Lutero observó que el diablo “ataca a Cristo en tres líneas de batalla. Una no le permite ser Dios, otra no lo deja ser hombre, y la tercera no le deja hacer lo que él ha hecho. Cada uno de las tres quiere reducir a Cristo a la nada.”⁹ Las palabras de Lutero se basaron en un estudio a fondo de la historia y de una cuidadosa observación de la escena religiosa en el siglo 16. Hoy en día sin duda sus observaciones son válidas. En el capítulo anterior consideramos falsas enseñanzas antiguas y modernas que atacan la divinidad de Cristo, enseñanzas que pretenden no permitir que Cristo sea Dios. A continuación consideramos falsas enseñanzas antiguas y modernas que pretenden no permitirle ser hombre.

La Escritura enseña claramente que además de ser verdadero Dios, Jesús es también, desde el momento de su encarnación, verdadero ser humano de carne y hueso, cuerpo y alma. En la iglesia primitiva, los que rechazaron las

enseñanzas de la Biblia con respecto a la verdadera humanidad de Jesús fueron llamados *docetistas*, de la palabra griega que significa “parecer”. El docetismo no era realmente una formulación o sistema unificado de enseñanza o doctrina. La palabra *docetista* fue aplicada a todos los que de una u otra forma consideraron la humanidad y los sufrimientos de Cristo como un terreno más bien aparente que real. Las formas de docetismo van desde la filosofía religiosa que enseñó que Cristo era un fantasma, sin verdadero cuerpo humano (*gnosticismo*), hasta la idea de que Cristo escapó milagrosamente de la vergüenza y el sufrimiento de la cruz por haber Judas Iscariote o Simón de Cirene, cambiado lugares con él justo antes de la crucifixión. Los docetistas enseñaron, por ejemplo, que cuando Jesús y sus discípulos caminaron a lo largo del mar de Galilea, 12 y no 13, series de huellas aparecieron en la arena.

La idea de Cristo como ser fantasma, no parece ser demasiado popular hoy, aunque hay seguramente quienes lo sostienen. El mundo actual, sin embargo, tiene formas más sofisticadas de lo que se puede definir como docetismo. Inspirado por la negativa del hombre moderno para aceptar cualquier cosa contraria a las leyes de la ciencia o los dictados de la razón humana, los modernos “docetistas” no sólo cuestionan la humanidad de Cristo, sino también cuestionan su misma existencia tal como los evangelios la presentan. Ellos admiten que puede que haya habido una figura histórica llamada Jesús, pero él no fue como lo describen los evangelistas. De hecho, estos maestros modernos nos quieren hacer creer que existe muy poco de lo que se puede saber sobre el “Jesús histórico”.

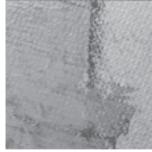
Los antiguos docetistas dijeron que Jesús sólo parecía ser un ser humano. Él sólo pareció sufrir, morir, y resucitar. El pensamiento religioso moderno sostiene que la iglesia primitiva, la “comunidad cristiana primitiva”, se emocionó

por Jesús. El resultado de este entusiasmo fue que ellos no enseñaron a otros lo que Jesús era realmente, sino lo que a ellos les pareció ser. Según esta teoría, los primeros cristianos, especialmente los discípulos, expresaron sus creencias acerca de Jesús en términos mitológicos y lenguaje figurado. Los modernos docetistas (también podríamos llamarlos gnósticos modernos) enseñan que no existe verdadera resurrección física. No puede haber tal cosa, porque es contrario a las leyes naturales. Pero Jesús y sus enseñanzas hicieron una tan gran impresión en sus discípulos que les parecía que él continuaba viviendo entre ellos, incluso después de que él había muerto. Este “Cristo fantasma”, inventado por los discípulos, se hizo un héroe de las leyendas que implicaban cosas sobrenaturales y milagrosas. La verdad que en Cristo Jesús Dios asumió naturaleza humana como la nuestra y la verdadera historia que los evangelios nos traen es enérgicamente negada. Paul Tillich, teólogo alemán-americano del siglo 20, que se atrevió a llamarse a él mismo luterano, declaró que: “La afirmación que ‘Dios se ha hecho hombre’ no es una paradoja, sino una declaración absurda.”¹⁰

Si Jesús no es Dios-hombre, entonces, ¿quién es él? La mayoría de los gnósticos modernos respondería: “Sabemos lo que él no es, pero realmente no sabemos con certeza quién es él.” Algunos incluso han preguntado si un hombre llamado Jesús, como lo describen los evangelios, alguna vez caminó sobre esta tierra. El reconocido teólogo humanitario y modernista, Albert Schweitzer, publicó un estudio titulado: *The Quest of the Historical Jesus (La búsqueda del Jesús histórico)*.¹¹ Rudolf Bultmann, otro falso teólogo alemán del siglo 20, afirmó que los evangelios no son realmente históricos. La visión del mundo supuestamente mítica que ellos presentan es una cosa del pasado. Según Bultmann, todo lo que podemos saber es “aquella cualidad” de Jesús, sea lo que cualidad signifique.¹² Por lo tanto, los falsos teólogos de

hoy no han llegado mucho más allá de los docetistas y gnósticos del primer siglo, que enseñaron un “Cristo fantasma”. Recientemente, un falso teólogo luterano alemán contemporáneo admitió que la figura histórica de Jesús existió, pero que “la ciencia moderna nos ha demostrado también que ésta [la información que poseemos acerca de Jesús] no es suficiente para escribir una biografía de Jesús”, y que la versión del evangelio no fue escrita como narrativa histórica, sino: “con la intención de mostrar cuán importante y significativo es Jesús”.¹³ Un falso teólogo en la Iglesia Luterana Evangélica en América dice que los evangelios están “llenos de reclamaciones teológicas y confesiones... que van mucho más allá de los acontecimientos objetivos de la historia de Jesús”.¹⁴

Estas modernas negaciones de la historicidad de Cristo y de la exactitud de la Biblia, bien puede ser el mayor desafío que los enemigos del cristianismo bíblico jamás hayan presentado. Si la Biblia ya no se considera como el mensaje inspirado e infalible de Dios para la humanidad, no existen respuestas definitivas acerca de Jesús ni realmente sobre cualquier otra cosa. Por la gracia de Dios a través de la historia, la iglesia visible, ha sobrevivido a muchas falsas enseñanzas. Sin embargo, una iglesia que dice ser cristiana, pero declara que los acontecimientos centrales en la vida de Cristo son mitos y no historia verdadera, seguramente se destruirá a ella misma. Que Dios nos proteja a todos nosotros en la confesión clara de Cristo, la confesión que Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre, como las Sagradas Escrituras lo presentan.



3

El nacimiento virginal

“Nuestro Señor Jesucristo es... Dios de la substancia del Padre, engendrado antes de los siglos; y hombre de la substancia de su madre, nacido en el tiempo; perfecto Dios y perfecto hombre.”¹⁵ Con estas palabras el Credo Atanasiano habla de la doble generación del Dios-hombre. Como verdadero Dios, Jesús siempre ha existido en una relación divina de Padre e Hijo con Dios el Padre. Esta relación no es como cualquier otra relación de padre e hijo aquí en la tierra. No es una relación en la que el hijo depende del padre. Tampoco se trata de una relación en la cual el padre precedió al hijo. El eterno Hijo del Padre, es la descripción de la Escritura para nosotros los seres humanos, de la relación eterna que existe entre el Padre y el Hijo, en la unión misteriosa de la Santa Trinidad. Nuestra mente humana no la puede captar ni entender. Sin embargo, lo que está claro es que

nunca hubo un momento durante el cual Jesús no existiera como el Hijo, coigual y coeterno con el Padre. Nunca hubo un momento en que él no fuera Dios (Juan1:1,2).

Sin embargo, hubo un momento en que Jesús no era hombre. No fue en la eternidad sino en el tiempo, en el momento designado por Dios y definible en términos de historia humana, que para nosotros y para nuestra salvación, Jesús tomó verdadera naturaleza humana además de la naturaleza divina que él poseía desde la eternidad. La asunción de la naturaleza humana por la segunda persona de Dios, es conocida como la *encarnación*. La encarnación del Hijo de Dios fue un acto milagroso de Dios en relación con la realización de su plan para la salvación de la humanidad. El modo en que Dios llevó a cabo este milagro se indica en el Credo Apostólico: El “fue concebido por obra del Espíritu Santo; nació de la virgen María”. Jesús a través de su concepción milagrosa y su nacimiento, sin dejar de ser Dios, se hizo ser humano como nosotros, pero sin pecado. La maravillosa forma en que el Hijo de Dios asumió nuestra naturaleza y entró en nuestro mundo fue al mismo tiempo un acto de su omnipotencia y un sorprendente acto de humillación. Siempre los cristianos desde el primer siglo hasta nuestros días han considerado la enseñanza de la encarnación de Cristo como un misterio no menos profundo que la misma doctrina de la Trinidad.

El eterno Hijo de Dios se encarnó por un milagro del Espíritu Santo y entró en nuestro mundo por medio del nacimiento virginal. ¿Qué queremos decir con el término *nacimiento virginal*? Simplemente, la doctrina del nacimiento virginal de Jesús es que tuvo una madre humana, pero no un padre humano. Aunque había nacido de la manera natural, su concepción fue sobrenatural. Según las leyes de la naturaleza, se necesita un hombre y una mujer para la unión entre el espermatozoide y el óvulo de los dos para engendrar un niño.

Sin embargo, la concepción de Jesús no fue en absoluto el resultado de una unión física entre un hombre y una mujer (Mateo 1:18). Aunque todavía físicamente una virgen, María se convirtió en madre (Mateo 1:23). Así que Jesús derivó su humanidad de María, aunque no en la forma habitual. Cuando el ángel le dio a María el sorprendente anuncio de que ella se convertiría en madre, ella no entendió cómo esto podía suceder. El ángel le dijo: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lucas 1:35). Al desconcertado José, quien al principio sólo podía concluir que María le había sido infiel, el ángel le explicó que el hijo de María no había sido concebido en la infidelidad humana. La concepción había sido un milagro provocado por el poder del Espíritu Santo (Mateo 1:20).

Las versiones en Mateo y Lucas, que se refieren a la concepción y nacimiento de Cristo, son apoyadas por otros pasajes de la Escritura. El apóstol Pablo nos dirige de nuevo a las profecías de Isaías y Génesis, cuando declara: “Dios envió a su Hijo, nacido de mujer” (Gálatas 4:4). Si Pablo hubiera sabido del padre terrenal, la costumbre del primer siglo habría dictado que mencionara al padre. En cambio, la expresión: “Nacido de mujer”, se destaca como extraordinaria. Siempre que Jesús habla de él mismo, habla de una madre terrenal y de un Padre celestial. Al único que Jesús llama Padre es a su Padre en el cielo. Como un niño de 12 años de edad, Jesús habló: “¿No sabéis que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” Allí, el Padre celestial reveló su presencia y su Palabra fue enseñada. En Juan capítulo 6, cuando los judíos se refirieron a él como el hijo de José, Jesús enfáticamente declaró que él es el Hijo de Dios. Él habla del Padre celestial como del único con quien disfruta la única relación eterna: “El Padre está en mí y yo en el Padre” (Juan 10:38). Y cuando él dice: “El Padre y yo uno somos” (versículo 30), afirma la relación con su Padre celestial, que ningún hijo humano puede

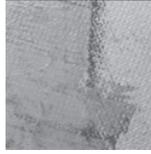
reclamar con su padre terrenal.

Pocas enseñanzas de la Escritura son negadas tan frecuente y hostilmente como la doctrina del nacimiento virginal de Cristo. La hipótesis general es que, debido a que es contrario a la naturaleza y a la razón, esta doctrina es imposible aceptar para la gente razonable. Así como en el primer siglo los escépticos lo negaron, hoy en día lo siguen negando. Incluso en algunos falsos círculos luteranos, el nacimiento virginal de Cristo es negado enfáticamente. Hoy en día los falsos teólogos, quienes hipócritamente insisten en que buscan al “Jesús histórico” en contraposición a la “imagen exagerada de Jesús” que crearon los evangelios, declaran que la doctrina del nacimiento virginal no es parte de la proclamación de la iglesia. Según ellos, los acontecimientos del nacimiento virginal de Cristo en Mateo y Lucas, fueron tomados prestados de la mitología griega para tratar de explicar la importancia de Jesús a la comunidad cristiana. Así que, ¿quién afirman estos falsos eruditos que era Jesús? ¿Y cómo entró él realmente en el mundo? La mayoría lo considera como el hijo de José y María, en el mejor de los casos, o un hijo ilegítimo de María, en el peor de los casos. Ninguno de ellos lo considera como el Cristo, el Hijo de Dios.

La enseñanza del nacimiento virginal, es importante para la comprensión adecuada de la persona de Jesús. Si Jesús hubiera sido simplemente un descendiente de José y María, o de María y algún otro padre humano, un soldado romano tal vez, él no sería más Hijo de Dios que cualquier otro niño humano. Por eso, aquellos que niegan la divinidad de Cristo también niegan vehementemente el nacimiento virginal. Y aquellos que niegan su nacimiento virginal niegan su divinidad. Así como la resurrección de Jesús sirve como muestra divinamente señalada de la aprobación de Dios de lo que él hizo, el nacimiento virginal es la muestra divinamente señalada de la aprobación de quién es él. En conjunto, estos

sirven como verdades fundamentales para la fe que confiesa: “Creo que Jesucristo, verdadero Dios, engendrado del Padre en la eternidad, y también verdadero hombre, nacido de la virgen María, es mi Señor, que me ha redimido...”¹⁶

¿Habría podido Jesús venir al mundo de otra manera? Aunque es presuntuoso especular sobre lo que Dios puede y debe hacer, el hecho de que Dios escogió el nacimiento virginal, es importante y necesario, porque él lo eligió. Por el nacimiento virginal, Dios trajo a su Hijo al mundo, sin la mancha del pecado original. Y él le permitió servir a cada uno de nosotros como el sustituto perfecto: “Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo” (1 Timoteo 2:5,6). El milagroso nacimiento de Jesús corresponde a: su vida maravillosa, sus obras asombrosas y su increíble exaltación. ¡Todo esto lo llevó a cabo por nosotros! Es cierto; la Biblia no deja ninguna duda. El Hijo eterno de Dios: tomó verdadera naturaleza humana, fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen María para nosotros. Los ángeles se maravillaron ante ese asombroso milagro. ¡Y nosotros también!



4

La unión personal

“El Hijo de Dios, en la plenitud del tiempo, se unió a él mismo, en la perpetua unión que no podrá ser disuelta por toda la eternidad, a la verdadera naturaleza humana; verdadera, completa, entera, de la misma substancia como la nuestra, que posee cuerpo y alma racional, que contiene todas: las condiciones, deseos, energías, y las facultades apropiadas y características de la naturaleza humana.”¹⁷ Con esta declaración un poco larga y técnica, el teólogo luterano Martín Chemnitz resumió el contenido de los primeros tres capítulos de este libro. Él indicó que en Jesucristo hay dos naturalezas distintas y separadas: la divina y la humana. La relación de estas dos naturalezas entre ellas, y el hecho de que se unen en una persona divino-humana, es absolutamente único. La naturaleza divina de Jesús y su naturaleza humana, unidas en su concepción por un milagro del Espíritu Santo, son inseparables la una de la otra. Sin embargo, cada una conserva su propia naturaleza esencial, sus propiedades, y sus características. Las dos naturalezas en Cristo no son

combinadas o mezcladas para formar una tercera naturaleza. Tampoco son simplemente “pegadas” de modo que las funciones individuales de cada una de ellas pueden ser distinguidas. Tampoco hay dos Cristos, sino un solo Cristo. Aprender lo que dicen las Escrituras acerca de la relación mutua de las dos naturalezas que él posee, es un elemento importante en nuestro estudio de la persona de Cristo. La correcta comprensión de las Escrituras, nos ayuda a identificar y rechazar las falsas enseñanzas acerca de la persona de Cristo que continúan perturbando a la iglesia.

La relación de las dos naturalezas

La unión íntima de las dos naturalezas en Cristo, divina y humana, en la única persona de Dios-hombre se llama la *unión personal*. Los teólogos también se refieren a ella como la *unión hipostática*, de una palabra griega que significa “persona”. Esta unión se efectuó cuando la segunda persona eterna de la Trinidad asumió la naturaleza humana en su persona divina. Como resultado de esa unión, Dios y hombre son por siempre indivisibles en la persona de Cristo. Este es el gran “misterio de la piedad”, sobre el que habló Pablo en 1 Timoteo 3:16, cuando en asombro exclamó: “Dios fue manifestado en carne”.

Cuando consideramos este “misterio de la piedad”, es importante para nosotros entender que la naturaleza divina de Cristo fue la naturaleza que asumió, y su naturaleza humana, la naturaleza asumida. Nunca hubo un momento en el que la naturaleza divina no existiera. Nunca hubo un momento en el que Jesús no existiera como verdadero Dios. Pero en el tiempo designado de Dios en la historia humana, el Hijo eterno de Dios recibió e incorporó en su persona la naturaleza humana verdadera. Llamamos a este momento del tiempo la encarnación de Cristo. Cristo no asumió la naturaleza humana en su persona divina, de tal modo que hay dos personas o dos

Crístos. Pero a consecuencia de su ascunción de la naturaleza humana en su persona divina, Jesucristo es ahora una persona con dos naturalezas distintas. Él es al mismo tiempo tanto Dios como hombre.

En ningún momento la naturaleza humana de Jesús existió aparte de la naturaleza divina. Desde el principio, la naturaleza humana de Cristo tenía su existencia, y para toda la eternidad tendrá su existencia, en la persona completamente divina y completamente humana del Hijo de Dios. La naturaleza humana de Cristo es, sin embargo, muy verdadera y personal. Consiste, al igual que cada naturaleza humana, de un verdadero cuerpo humano y alma. La unión de las dos naturalezas en Cristo, sin embargo, es tan íntima e inseparable que ninguna naturaleza puede ser entendida aparte de la otra. Sin embargo, al mismo tiempo cada una de las dos naturalezas conserva su propio carácter y peculiaridades, sin mezclarse con la otra. La naturaleza divina retiene sus omnisciencia, omnipotencia, omnipresencia, y todas las demás cualidades divinas. La naturaleza humana conserva su capacidad de caminar, hablar, comer, dormir, de ser localmente circunscrito, y sentir emociones.

Dos naturalezas y, sin embargo, una sola persona; no mezcladas y, sin embargo, inseparablemente unidas. En toda la experiencia humana no hay realmente nada a lo cual podamos comparar la unión de las naturalezas divina y humana de Cristo. Ninguna ilustración puede capturar adecuadamente este misterio divino.

Sin embargo, la Fórmula de Concordia (1577), quizás la más completa y detallada de las confesiones luteranas históricas, proporciona una ilustración que nos ayuda a entender el misterio de la unión personal. El cuadro es del hierro calentado por el fuego. Durante el proceso de calentamiento, ni el hierro ni el fuego se cambian en su esencia básica, pero el fuego penetra e impregna el hierro. El

hierro calentado se vuelve caliente y resplandeciente. De la misma manera, la naturaleza de Jesús que asume, la naturaleza divina, permea y penetra la naturaleza humana asumida de modo que ambas naturalezas constituyen una sola persona divina-humana.¹⁸ Sí, desafía la lógica humana. No, no puede ser explicado adecuadamente a través de ilustraciones humanas. Pero todo lo que la Biblia dice y enseña, acerca de la segunda persona de la Trinidad después de que el asumió la naturaleza humana, lo dice y enseña, no solamente acerca de una sola naturaleza, sino de un solo Dios-hombre, nuestro Salvador.

Que esa unión personal existe es claramente enseñado por la Escritura. Incontables pasajes atestiguan que en el Cristo encarnado, Dios es hombre y el hombre es Dios. Mateo 16:13-17 revela que el Hijo del hombre es, al mismo tiempo, el Hijo del Dios viviente. Lucas 1:32,33 llama al hijo de María el Hijo del Altísimo. Romanos 9:5 declara que Cristo, quien es descendiente físico de los padres de la nación judía, es al mismo tiempo: “¡Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos!” Juan 1:14 nos dice: “El Verbo se hizo carne”. El Verbo (en griego, *Logos*) es el título especial de Juan para la segunda persona de la Trinidad. Jesús es “el Verbo” porque él es la revelación definitiva de Dios de él mismo a la humanidad. El mensaje del evangelio de Dios, de gracia y verdad, se manifiesta en Jesús. Jesús hace a Dios conocido para nosotros; y conocer a Jesús es conocer a Dios. Según Juan, el Verbo, el eternamente existente *Logos*, se hizo carne. Él no cambió su naturaleza divina ni dejó de ser Dios. Más adelante en este mismo versículo, Juan escribe: “Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14). Al mismo tiempo la carne denota un ser humano completo, con cuerpo y alma.

Estos pasajes y otros como ellos, nos llevan a la conclusión ineludible. Desde el momento en que el Verbo eterno asumió

la carne, la carne no es sin el Verbo y el Verbo no es sin la carne. Dondequiera que una naturaleza es, hay la otra. Lo que hace una naturaleza, también la otra naturaleza participa en esto. Las dos naturalezas son inseparables, pero distintas. En las palabras de la Definición de Calcedonia de 451 d.C., las naturalezas son “sin: confusión, cambio, división, o separación”. El acto en que el Verbo eterno adoptó la naturaleza humana fue instantáneo; el estado resultante es eterno. El Cristo que nos redimió y el Cristo que adoramos, no es solamente el Logos separado de la naturaleza asumida. Tampoco fue ni nunca es sólo la carne asumida fuera del Logos eterno. Él es Dios-hombre.

La comunión de naturalezas

Mientras que las Escrituras enseñan la unión personal de las dos naturalezas de Cristo, también enseñan la “comunicación” de estas naturalezas la una con la otra. En virtud de esta comunicación, o “comunión”, lo que es de la naturaleza divina se comunica a la naturaleza humana. Lo que es humano, al mismo tiempo, asume la naturaleza divina. De los pasajes que hablan al respecto, aprendemos que en el Dios-hombre, Jesucristo, el Logos divino nunca está fuera de la naturaleza humana, ni tampoco está la naturaleza humana fuera del Logos. Pero la naturaleza divina penetra e impregna la naturaleza humana que asumió. Y la naturaleza humana se llena siempre y totalmente de lo divino. “En él”, Pablo escribe acerca de Jesús en Colosenses 2:9, “habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad”. La naturaleza humana de Cristo, sin dejar de ser verdaderamente humana, participa, en virtud de la comunicación de las naturalezas, en la unión personal, no solamente en aquellos actos que son distintivos de la humanidad, sino en todos los actos divinos, incluyendo perdonar y juzgar. Y la naturaleza divina, sin dejar de ser verdaderamente divina, participa también en aquellos actos

que son comunes a la naturaleza humana.

En una larga y técnica cita que probablemente sea necesario leer más de una vez para ser entendida, un profesor luterano del siglo 18 resumió la comunicación de naturalezas que pertenecen a la unión personal: “La comunión de naturalezas es esa participación y combinación más íntima de la naturaleza divina del Logos y de la naturaleza humana asumida, por la que el Logos, a través de una gran interpenetración íntima y profunda, de tal manera: impregna, habita, y se apropia para sí mismo de la naturaleza humana, unida personalmente con él, que de ambos, mutuamente comunicándose entre sí, surge un solo sujeto incommunicable, a saber, una persona.”¹⁹

Falsas enseñanzas

Debido a que son otro misterio divino, los intentos de penetrar o incluso explicar la unión personal y la comunión de naturalezas en Cristo, sólo pueden llevar a errores y falsas enseñanzas. Como con la mayoría, si no todos los misterios divinos acerca del Dios-hombre, la iglesia ha tenido que hacer frente a una multitud de dichos errores. Temprano en el quinto siglo, un obispo llamado Nestorio enseñó que había dos personas separadas en el Cristo encarnado. Una persona tenía la naturaleza divina y la otra persona tenía la naturaleza humana. Nestorio reconoció una conexión entre las dos personas, pero consideró que eran completamente diferentes, uno del otro, como “dos tableros pegados juntos”. En oposición al error de Nestorio, el Concilio de Calcedonia en el año 451 declaró: “Confesamos un solo y el mismo Jesucristo, el Hijo y Señor unigénito en dos naturalezas, puro, *inmutable, indivisible e inseparable*”.²⁰

Algunos de los errores de Nestorio fueron repetidos en el siglo 16 por el reformador suizo Ulrico Zuinglio quien pretendió separar las dos naturalezas de Cristo, intentando

distinguir entre lo que cada naturaleza podría y no podría hacer. Los errores nestorianos de Zuínglio en su cristología llevaron directamente a sus bien conocidas falsas opiniones sobre la Santa Cena. Ya que estaba convencido de que la naturaleza humana de Cristo estaba circunscrita localmente en el cielo y, por tanto, no pudo estar presente en todas partes en la tierra cuando se celebra el sacramento, él enseñó, como todavía hoy en día la mayoría de las iglesias reformadas enseñan, que la presencia de Cristo es sólo representada por el pan y el vino, en la Santa Cena. En el sacramento Cristo verdaderamente nos da a los comulgantes su cuerpo para comer y su sangre para beber.

Eutiques, otro profesor del quinto siglo y ferviente oponente de Nestorio, cometió un error en el otro extremo. Él enseñó que la unión personal era una mezcla de las dos naturalezas entre ellas, de modo que naciera una completamente nueva naturaleza. Según Eutiques, en el Cristo encarnado hay una sola naturaleza, la naturaleza divina. La naturaleza humana de Jesús fue absorbida en la divina, como las gotas de agua son absorbidas en el océano, perdiendo su identidad individual.

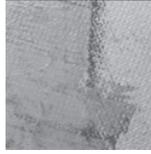
Al rechazar el nestorianismo, el eutiquianismo, y otros errores acerca de la unión personal, los teólogos de la iglesia primitiva utilizaron varios adverbios para describir la permanente unión de las dos naturalezas en una, sin destruir la esencia de cualquiera de las dos. Estos adverbios incluyen: *inconfundiblemente* (las dos naturalezas no fueron mezcladas en una nueva, tercera naturaleza), *inmutablemente* (la naturaleza divina de Cristo no fue cambiada en la carne; tampoco la carne fue cambiada en la naturaleza divina), *indivisiblemente e inseparablemente* (las dos naturalezas de Cristo nunca son separadas por el tiempo ni el espacio).

En oposición a todos los antiguos y modernos errores sobre la unión personal, teólogos luteranos han formulado una serie

de declaraciones negativas acerca de lo que no es la unión personal.²¹ La unión personal no es sólo una unión de nombre, como si el Hijo del hombre simplemente fuera llamado Dios. No es una unión natural como la de alma y cuerpo, que fueron creados el uno para el otro. No puede ser, ya que esta unión reúne íntima e inseparablemente al Creador y la criatura, Dios y hombre, en una sola persona. La unión personal no es una unión accidental o externa, como cuando dos placas están pegadas juntas o un cuerpo humano está vestido con ropa. Una unión accidental no junta dos cosas de la misma manera que la unión personal une las dos naturalezas en una sola persona. La unión personal no es una unión de sostenimiento en virtud de la presencia divina, así como Dios está presente dentro de todas sus criaturas y las sostiene. Las criaturas no son asumidas en la divinidad como la naturaleza humana de Cristo fue asumida en la persona de Dios. No es una unión relativa, que pone dos cosas en una cierta relación entre ellas, pero las deja separadas en otro respecto. En Cristo, las dos naturalezas son inseparablemente unidas por la más íntima y personal unión, y juntas constituyen al Cristo indivisible. No es una unión esencial o mezcladora, por la cual dos naturalezas se fusionaron en una sola esencia. Ambas naturalezas están completamente presentes en el Cristo divino-humano. Tampoco es una unión por adopción. Jesús no fue un ser humano que fue adoptado por el Padre para ser su Hijo. La encarnación no fue una adopción de un ser humano por Dios, sino la asunción de la naturaleza humana de Jesús en la persona de Dios.

Considerar las dos naturalezas de Cristo como separadas o negar la unión personal y la comunión de las naturalezas, se traduce en negar la obra expiatoria de Cristo. Esa obra pudo ser llevada a cabo sólo por una persona divina-humana, el Dios-hombre. Si Jesús no hubiera sido verdadero Dios, él no pudo haber llevado a cabo nuestra salvación. Si Jesús no es

verdadero hombre, él no pudo haber servido como el sustituto de la humanidad como es necesario para el eterno plan de salvación de Dios. Sin embargo, en virtud de la unión personal y la comunión de las naturalezas, Jesús era y es la respuesta perfecta al plan de salvación de Dios. Sólo el Dios-hombre fue capaz de vivir, morir, y resucitar, para rescatar y salvar al mundo perdido y caído. Ciertamente, “grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne...” (1 Timoteo 3:16). Y en ese cuerpo, para nosotros y para nuestra salvación, habita toda la plenitud de Dios.



5

La comunión de propiedades

Como consecuencia y resultado de la unión personal de la naturaleza divina y humana en Cristo, existe lo que nos referimos en el capítulo anterior como la “comunicación, o la comunión, de las naturalezas”. Esto significa que en el Cristo divino-humano, lo que pertenece a la naturaleza divina se comunica a la naturaleza humana y lo que pertenece a la naturaleza humana es asumido por la divina. Lo que es cierto de la interrelación de las dos naturalezas de Cristo en general, también es cierto en cuanto a las propiedades individuales de las naturalezas las cuales también se comunican y comparten entre ellas en virtud de la unión personal. Los teólogos llaman este intercambio de propiedades en latín el *communicatio idiomatum* (*comunicación de las propiedades*). Una propiedad divina, por ejemplo, sería la omnipotencia (que él

es todopoderoso). Una propiedad humana sería que uno puede experimentar el dolor.

El estudio de la comunicación de propiedades es un poco difícil. Debido a su naturaleza compleja y vocabulario muy formal, no es un tema discutido con frecuencia en los sermones o incluso en clases bíblicas. Sin embargo es importante, porque nos ayuda a definir lo que la Escritura enseña acerca de la relación entre las características humanas y divinas de Cristo, y la relación de éstas con su obra salvadora. Además, la correcta comprensión de este difícil tema nos ayuda a reconocer y rechazar los errores que conducen a la confusión sobre la persona de Cristo.

La unión personal de las dos naturalezas, Dios y hombre, en Cristo no pudo ser perfecta o permanente, sin la participación de las propiedades o características de ambas naturalezas en esa unión. Cuando el Hijo de Dios asumió la naturaleza humana para llevar a cabo el plan de Dios para la salvación de la humanidad, él no renunció a su naturaleza divina ni a cualquiera de sus cualidades. Sin embargo al mismo tiempo, él asumió junto con la naturaleza humana, todas las propiedades que pertenecen a esa naturaleza. La comunión de propiedades es la participación de todas las propiedades de las naturalezas divina y humana, en la unión personal de las dos naturalezas en Jesús, el Dios-hombre. Estas propiedades incluyen no sólo las características de cada naturaleza, sino también sus actividades. La palabra comunión, y el concepto que hay detrás de ella, es igualmente importante. Como las dos naturalezas en Cristo siguen siendo independientes y distintas, en la unión milagrosa de lo divino y lo humano, cada naturaleza conserva las propiedades esenciales en ella misma. No obstante, hay sólo un Cristo, único e indivisible.

A fin de ayudarnos a comprender el concepto de la comunión de las propiedades un poco más fácilmente, los teólogos luteranos han dividido los pasajes de la Biblia que

hablan sobre este tema en tres categorías o géneros, una palabra que significa “clases” o “tipos”. Los nombres formales para las clases de pasajes que describen la comunión de propiedades son: “género idiomático”, “género majestuoso” y “género apotelesmático”. Los términos ciertamente suenan extraños para nosotros. Ellos se forjaron al calor de controversias mayormente desconocidas para nosotros y durante un tiempo alejado de nosotros. Pero este sonido extraño del lenguaje es típico de la manera en que nuestros antepasados luteranos procuraron salvaguardar y transmitirnos la verdad divina, especialmente en lo que respecta a este tema de vital importancia, utilizando el más preciso y cuidadoso lenguaje posible. Lo que un profesor del seminario luterano de nuestros días ha dicho sobre la importancia de los tres géneros, se puede resumir de la siguiente manera: El género idiomático consiste de pasajes que nos aseguran que Jesús es el Dios-hombre; en el género majestuoso están los pasajes que nos muestran que en el Jesús hombre encontramos a Dios; y en el género apotelesmático están los pasajes que revelan a Jesús, el Dios-hombre, como nuestro pariente y Redentor.²²

El género idiomático

El género idiomático contiene pasajes de la Escritura que atribuyen propiedades que son claramente peculiares de la naturaleza divina o la naturaleza humana de Cristo, el Dios-hombre. Estos pasajes nos recuerdan que mientras cada naturaleza permanece distinta, hay un genuino compartir de los atributos o cualidades de cada naturaleza en la persona divino-humana de Cristo. Todo lo que Jesús es y hace, desde que él asumió la naturaleza humana, él es y hace como una simple persona, Dios-hombre. En Hechos 3:15, el apóstol Pedro dice a sus oyentes judíos: “Matasteis al Autor de la vida”. La capacidad de ser asesinado es peculiar a la

naturaleza humana. El “Autor de la vida” es una clara designación de Jesús como eternamente divino. En lo abstracto, no es posible decir que Dios pudo sufrir. Pero cuando la Escritura dice que los gobernantes de este mundo “crucificaron al Señor de la gloria” (1 Corintios 2:8), está diciendo que Dios estaba allí en el Calvario. Así, en virtud de la unión personal y de la comunión de propiedades, enseñamos correctamente que Jesús, Dios-hombre, dio su vida por nosotros.

Otros ejemplos del género idiomático se encuentran en Hebreos 13:8, donde leemos: “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos”; y en Juan 8:58, donde Jesús declara: “Antes que Abraham fuera yo soy”. Jesús es el nombre humano del Señor. La inmutabilidad, sin embargo, es una característica divina. Del mismo modo, en lo abstracto, no es posible decir que la humanidad de Jesús existía desde toda la eternidad. Pero lo que ambos pasajes nos dicen es que Jesús, quien es Dios y hombre en una persona, es inmutable y eterno; sólo hay un Cristo. Él es plenamente humano, pero al mismo tiempo, plena y completamente divino. Aunque él nació en el tiempo, no cambia; no tiene principio y no conoce el fin. Muchos otros pasajes también le atribuyen características peculiares a una u otra de sus dos naturalezas del Cristo divino-humano. Todos estos nos recuerdan que, aunque cada naturaleza y sus características son separadas y distintas, ahora se unieron en una única unión personal. Y en virtud de esa unión, las características y cualidades de ambas naturalezas pueden y debe ser atribuidas a Jesús, el Dios-hombre.

En todas las épocas de la historia de la iglesia cristiana, falsos maestros han negado el género idiomático tratando de abrir una brecha entre la naturaleza divina y humana de Cristo.

Pablo de Samosata, cuyas falsas enseñanzas acerca de la

persona de Cristo hemos considerado en un capítulo anterior, enseñó que Jesús era solamente un hombre excepcionalmente receptivo, en quien Dios era capaz de ejercer su influencia divina, un “canal apropiado” a través del cual Dios obró milagros y redimió a la humanidad. Pablo de Samosata enseñó que Jesús finalmente logró la unión permanente con Dios debido a su excelencia moral. Nestorio, a quien también nos referimos anteriormente, se negó a reconocer la unión personal provocada por la encarnación, es decir, que se negó a creer que palabras como: *nació, sufrió y murió*, describiendo características y actividades humanas, se podrían atribuir correctamente al Hijo de Dios. Nestorio se opuso a referirse a María como la madre de Dios y se sentía incomodo con declaraciones como: “Jesus resucitó a Lázaro de los muertos”. Ulrico Zuinglio, el padre de muchas de las iglesias reformadas de hoy, también alegó que fue solamente de acuerdo a su naturaleza humana que Cristo sufrió y murió, y la “comunión de las propiedades” a lo mejor sólo fue una figura retórica. Creía que era más oportuno y reverente hablar de Jesús el hombre como el sujeto de todas las actividades humanas y de Dios (el Logos) como el único sujeto de la actividad divina.

En los modernos debates académicos también ha ocurrido una desconexión importante entre la naturaleza humana y la naturaleza divina de Cristo. Muchos eruditos contemporáneos separan al “Jesús hombre” del “Cristo de fe”. A través de los “estudios históricos” que adoptan una visión crítica de las Escrituras, estos eruditos tratan de descubrir su propia versión del “Cristo humano”. Los eruditos del “Seminario de Jesús” han votado para decidir cuáles dichos de Jesús son auténticos y cuáles no. Según ellos, la mayoría no lo son. Mientras tanto, tal falsa teología contemporánea enseña que el Cristo de la fe, en quien la iglesia cree como divino, puede solamente ser “experimentado en comunidad con cristianos de la misma tradición”. En todas esas ideas y enseñanza, el Cristo

“humano” y el “divino”, si bien existen realmente, se mantiene estrictamente separados el uno del otro.

El valor redentor de nuestra salvación, sin embargo, se basa sobre la verdad de que el propio Hijo de Dios: nacido de una mujer, asumió nuestra naturaleza, se hizo nuestro sustituto, llevo una vida perfecta, y sufrió muerte inocente para hacernos libres de pecado. La Biblia atribuye cualidades divinas y humanas a la persona de Cristo. Al mismo tiempo, nos recuerda que cada una de las dos naturalezas aporta características particulares a esa persona divina-humana. Por lo tanto, Cristo es eterno y como quiera él existió en el tiempo. Él posee características divinas y humanas, cada una según su propia naturaleza, no mezcladas, sino unidas en Dios-hombre. Y repetimos una vez más: este es un misterio más allá de lo que nuestra razón humana pueden comprender. En Cristo, Dios se hizo uno con nosotros. Desde el momento de su encarnación a través de toda la eternidad, él es verdadero Dios y verdadero hombre en una persona divina-humana, y posee plenamente todas las cualidades y características de ambas naturalezas.

El género majestuoso

La segunda clase de pasajes de la Biblia que tienen que ver con la comunión de propiedades se llama el género majestuoso. Los pasajes que se incluyen en este grupo enseñan que el Hijo de Dios, en virtud de la unión personal, comunica a su naturaleza humana, por posesión común, todas las características de su naturaleza divina. Cuando Cristo, que poseyó la naturaleza divina desde la eternidad, asumió la naturaleza humana, la naturaleza divina asumió la humana en sí misma, sin robarle su identidad. Puesto que la naturaleza humana ha sido asumida en la divina, comparte las enteras gloria y majestad de esa naturaleza, así como todas sus propiedades y características divinas. Con el apóstol Pablo, la

iglesia siempre ha confesado felizmente que: “en [Cristo] habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad” (Colosenses 2:9).

Observe cuidadosamente que el apóstol Pablo coloca un término sobre otro en este versículo clave. Toda la plenitud de Dios significa todas las cualidades y características del ser divino, todo lo que lo hace Dios. Todo lo que es fundamentalmente una cualidad de la segunda persona del Dios eterno, habitó permanente en los humanos cuerpo y alma de Jesús. Cuanto más sondeamos esta declaración, menos entendemos, y más adoramos. La naturaleza humana de Jesús, ya que está unida en una persona con la naturaleza divina de la segunda persona de la Trinidad, ha recibido de Dios permanentemente y comparte continuamente el divino poder, el conocimiento, y la gloria.

La Biblia habla en particular de la naturaleza humana de Cristo compartiendo las características divinas de: la omnipotencia (Juan 13:3), omnisciencia (Juan 2:24,25), omnipresencia (Efesios 4:10), y el honor divino y la gloria (Juan 5:23; Filipenses 2:9-11). El Espíritu fue dado sin medida a la naturaleza humana de Jesús (Juan 3:34). Puesto que el Espíritu es Espíritu de sabiduría y conocimiento, Cristo, también en función de su naturaleza humana, recibió los infinitos divinos sabiduría y conocimiento. Incluso en su estado de humillación, Jesús poseyó poderes que le permitieron curar a los enfermos, echar fuera demonios, y realizar otros milagros.

Después de que Jesús calmó la tormenta los discípulos preguntaron maravillados “¿qué hombre es este?” “¡que aun los vientos y el mar le obedecen!” (Mateo 8:27). La propiedad del poder divino ha sido comunicada a la naturaleza humana de Jesús. En virtud de su naturaleza humana, Jesús estaba local y visiblemente presente con sus discípulos. Pero debido a que la omnipresencia divina fue comunicada a esa

naturaleza, Jesús también pudo confortar a sus discípulos con la confianza: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20).

Cuando los cristianos adoramos a Jesús, adoramos al Dios-hombre de acuerdo con sus dos naturalezas, humana y divina. Dado que la naturaleza divina comunicó sus atributos a la naturaleza humana, atribuimos propiedades divinas a las dos naturalezas de Cristo. A la naturaleza divina los atribuimos esencialmente, porque ellos intrínsecamente pertenecen a aquella naturaleza. A la naturaleza humana los atribuimos por vía de la comunicación, como: “Toda la plenitud de la divinidad” habita “en él corporalmente” (Colosenses 2:9).

De nuevo sobre la base de la razón humana, los maestros antiguos y modernos, en la tradición de Zuinglio y otros, se niegan a reconocer el género majestuoso. Ellos enseñan que es imposible para la naturaleza humana de Cristo compartir las cualidades divinas. Ellos argumentan que lo finito no es capaz de contener lo infinito. Según este punto de vista, la naturaleza humana de Cristo sería destruida si fuera obligada a recibir las propiedades de la naturaleza divina. Entonces, su pretensión es que en la unificación de las dos naturalezas, la naturaleza humana de Jesús recibió: un gran poder, conocimiento y sabiduría, pero no los completos divinos conocimiento, poder, y sabiduría. Esta fue la clase de pensamiento que condujo a Zuinglio a enseñar que el cuerpo de Jesús, desde su ascensión, se limita localmente al cielo, argumentando que a la vez un cuerpo humano sólo puede estar en un lugar. Por lo tanto, es imposible para Jesús continuamente dar su cuerpo y su sangre a los creyentes sobre la tierra, para comer y beber en diversos momentos y en cada época sucesiva.

Sin embargo la Escritura, afirma claramente que la naturaleza humana de Cristo recibió verdaderamente: la omnipotencia divina, la autoridad para ejecutar juicio, la omnisciencia divina, la omnipresencia y todas las demás

propiedades que la naturaleza divina ha poseído desde la eternidad.

En Juan 1:14, el apóstol Juan expresamente declara: “Hemos visto su gloria”. La gloria divina dada a la naturaleza humana de Cristo era evidente para aquellos que le rodeaban, incluso en los días de su humillación. De acuerdo con su naturaleza divina, Jesús ha poseído todo desde la eternidad. Las propiedades divinas mostradas en el tiempo fueron también compartidas con su naturaleza humana asumida. Para eliminar toda duda de la mente de los discípulos en este punto, Jesús le permitió a tres de ellos, incluyendo a Juan, ser testigos de su divina majestad cuando durante su transfiguración resplandeció de, con, y a través de, su naturaleza humana (Lucas 9:28-36). Y el pasaje en el capítulo 2 de Colosenses, que citamos anteriormente, nos asegura que toda la plenitud de la deidad mora en el Cristo humano. Jesús el hombre, quién fue crucificado, muerto, y sepultado, es Dios verdadero. Nos dice el apóstol Juan en 1 Juan 5:6, que él vino “mediante agua y sangre, no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre”. El Espíritu de Dios no descendió sobre Jesús en su bautismo y luego se retiró de él antes de su muerte, como han pretendido Pablo de Samosata y varios otros que han seguido sus falsas enseñanzas. Al contrario, Jesús era Dios tanto cuando fue bautizado en el Jordán como cuando fue crucificado en la cruz del Calvario. La majestuosidad de Dios fue compartida en su naturaleza humana sin esencialmente cambiar aquella naturaleza. La naturaleza humana de Jesús era un órgano apropiado para la Verbo eterno. Todo aquel que miró el rostro de Cristo, miró el rostro de Dios.

Por supuesto esta comunicación de las propiedades divinas de la naturaleza humana de Jesús es no recíproca. La naturaleza humana no puede añadir ni aportar nada a la naturaleza divina. Sin embargo, en virtud de la unión personal, la naturaleza humana comparte en todo las

propiedades divinas por la comunicación. Durante el estado de humillación de Jesús, no todas estas propiedades fueron íntegramente usadas. En su estado de exaltación lo son.

El género apotelesmático

La tercera categoría de la comunión de propiedades es conocida como el género apotelesmático. Este grupo de referencias de la Escritura muestra que en todos los actos oficiales de Cristo como nuestro Redentor (*apotelesma*), tanto en su humillación como en su exaltación, cada naturaleza realizó lo que es característico de ella misma, pero siempre con la plena participación de la otra. Los pasajes de la Escritura que describen apotelesma son los que describen la función oficial de Cristo con nombres tales como: Salvador, Mediador, Profeta, Sumo Sacerdote y Rey. También se incluyen pasajes en que describen sus actos oficiales como nuestro Salvador cargando nuestros pecados, muriendo por nuestros pecados, ofreciéndose a él mismo como el sacrificio a Dios, y destruyendo la obra del diablo. Un ejemplo de apotelesma es Lucas 2:11: “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, el Salvador, que es Cristo el Señor”. Nacer es una propiedad de la naturaleza humana. Ser el Señor y Salvador, es una propiedad de la naturaleza divina. Ambas naturalezas participaron totalmente en el nacimiento de Cristo. También 1 Juan 3:8 dice: “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.” Hijo de Dios es un nombre divino, e incluye todas las propiedades divinas. “Aparecer” es una propiedad de la naturaleza humana. Ambas naturalezas participaron en la encarnación del Salvador, cada una realizó lo que era característico de ella misma. Y con ambas naturalezas participando completamente, Jesús encontró y derrotó a Satanás y destruyó al destructor y a su obra. Ambas naturalezas de Cristo participaron totalmente en todos sus actos de redención (*apotelesma*), cada naturaleza realizó lo

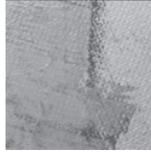
que es característico de ella misma, más sin embargo, como un solo Cristo indivisible.

Todo esto es eternamente importante para nosotros. La obra redentora de Cristo pudo ser llevada a cabo sólo porque en él, la naturaleza divina y la naturaleza humana, fueron unidas tal como están. Por ella misma, en lo abstracto, la naturaleza divina no puede sufrir o morir. De igual manera, la naturaleza humana no podía ser un sustituto universal de la raza humana. Pero Dios-hombre pudo sufrir y morir para cumplir el plan redentor de Dios para: la salvación de la humanidad, satisfacer la justicia divina; y ganar el perdón de pecados, la relación restaurada con Dios, y la vida eterna para todo el mundo de pecadores. La naturaleza divina no muere en ella misma, pero participó en el acto de morir a través de su unión con la naturaleza humana. Al comunicar sus propiedades a la naturaleza humana, la naturaleza divina fortaleció y sostuvo aquella naturaleza mientras Dios-hombre llevaba a cabo el plan eterno de Dios de la redención perfecta, plena, y completa, a través de su sufrimiento y muerte.

Sin importar si el Salvador se describe de acuerdo a una o a las dos naturalezas, la obra de su oficio siempre es realizada por su entera persona con sus dos naturalezas implicadas. De esta unión su obra recibe su entereza y éxito. Por esta razón, el Hijo de Dios asumió la naturaleza humana. A medida que estudiamos: su humillación y exaltación, su oficio y su obra, no vemos dos naturalezas, una trabajando separadamente o actuando independientemente sin la participación de la otra. Por el contrario, vemos al Cristo divino-humano, las dos naturalezas maravillosa y misteriosamente en perfecta comunión, cada una contribuyendo lo que es particular a ella misma con la plena participación de la otra, juntas suficientes para realizar el plan eterno de Dios para salvarnos.

La primera proclamación de la iglesia cristiana siempre será: el perdón de los pecados comprado por Cristo, y su

justificación dada como un regalo gratuito a los pecadores, por la gracia de Dios. Los creyentes siempre pondremos nuestra esperanza simple y únicamente en el Cristo de los evangelios, el único que no tiene principio ni fin, pero como quiera entró en el mundo como uno de nosotros y anduvo los caminos polvorientos de Palestina desde el alba hasta el crepúsculo. Él creó todas las cosas, pero como quiera tuvo sed y cansancio. Él vive en la felicidad eterna, pero como quiera experimentó el horror de la muerte y el infierno. Él es: puro, dulce, bondadoso, pero como quiera experimentó la tentación y batallas reales con el maligno. Él como nuestro hermano: vivió, murió y resucitó, fue exaltado a los reinos celestiales, y ahora gobierna todas las cosas con su poder, mientras intercede por nosotros. Como nuestro hermano, ahora está: presente con nosotros, viviendo su vida en nosotros y llevándonos a la gloria. Además, como nuestro hermano, un día nos llevará a nuestro hogar eterno. Él es Dios-hombre. En este hombre encontramos a Dios. Él es el Dios-hombre, nuestro pariente y Redentor, al que alabamos y adoramos.



6

La aplicación de la doctrina de las dos naturalezas de Cristo

La enseñanza que Jesucristo es tanto Dios como hombre en una persona, es una de las verdades más esenciales y fundamentales del cristianismo. Necesariamente cualquier estudio de Jesucristo nuestro Salvador debe incluir un estudio a fondo de su persona. En esta primera larga sección de este volumen, hemos realizado tal estudio. En el curso de estos capítulos, hubo términos desconocidos y conceptos difíciles. También hubo cierta superposición y repetición cuando aprendimos de las naturalezas divina y humana de Cristo y su relación entre ellas. Pero al llegar al final de esta sección, tenemos que recordar también que, como todas las enseñanzas de las Escrituras, la enseñanza concerniente a la persona de Jesús no es solamente un asunto de hechos que aprendemos

como un ejercicio intelectual. Esta es una enseñanza que habla y estimula la fe. Y tiene importantes aplicaciones, tanto para nuestra salvación como para nuestra vida diaria.

Que el Creador asumió nuestra naturaleza humana y se hizo una criatura, que el Hijo eterno de Dios se hizo hombre y es “igual al Padre según la divinidad, menor que el Padre según la humanidad”²³, es un maravilloso misterio, y es absolutamente vital para nuestra salvación. Una vez Martín Lutero comentó que nuestra salvación depende tanto de la naturaleza humana de Cristo como de su deidad. Colosenses 1:20 nos dice que era la voluntad de Dios reconciliar consigo todas las cosas a través de Cristo: “haciendo la paz mediante la sangre de su cruz”. El plan de Dios para la salvación del hombre requirió de un sustituto perfecto y el vertimiento de sangre. Eso hizo necesario que Jesús se convirtiera en verdadero hombre. Sin embargo nosotros, no deberíamos ver la ascensión de la naturaleza humana por la segunda persona de la Trinidad como un acto de humillación de parte de Cristo. Si su humillación consistió en hacerse humano, entonces su exaltación habría tenido que consistir en el aplazamiento de la naturaleza humana. Pero no leemos de la “excarnación” de Cristo. La humillación de Cristo consistió tanto en la manera humilde de su encarnación como el hecho que, durante el tiempo que llevó a cabo su obra expiatoria y redentora para la humanidad, él dejó de lado el pleno y constante uso de su divino poder y majestad. Él podría haber entrado en el mundo en nubes de gloria, pero no lo hizo. Al contrario, él asumió la humilde forma de siervo. Se hizo sujeto a las limitaciones y debilidades de la naturaleza humana. Él se puso bajo la ley como el sustituto de la raza humana. Y así, como escribe Pablo poderosamente en Filipenses 2:8: “¡Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz!”

La primera y más importante aplicación de la doctrina de la persona de Jesús, por consiguiente, es la necesidad de nuestra salvación (Hebreos 2:17). Si Cristo no hubiera sido verdadero Dios desde la eternidad, él nunca podría haber cumplido los requisitos de Dios, ni terminado el plan de Dios, ni realizado nuestra salvación. Si Cristo no hubiera asumido nuestra naturaleza humana, de ninguna manera podría haber sufrido en nuestro lugar o haber sido nuestro sustituto. Martín Lutero nunca se cansó de enfatizar aquella verdad:

El más precioso tesoro y el mayor consuelo que tenemos los cristianos es el siguiente: que el Verbo, el verdadero y natural Hijo de Dios, se hizo hombre, en carne y hueso como cualquier otro ser humano; que él se encarnó para nuestro bien, a fin de que pudiésemos entrar en la gran gloria, que nuestros: carne y hueso, piel y cabellos, manos y pies, estómago y espalda pudieran morar en el cielo como Dios lo hace.²⁴

Pero también hay otra aplicación de la verdad que Jesús es verdadero hombre, que no debemos pasar por alto, debido al consuelo que trae. Al asumir la naturaleza humana, Jesús se hizo nuestro hermano (Hebreos 2:11). Él se hizo uno de nosotros en todos los aspectos, pero sin pecado. Esto significa que Jesús nos entiende, no sólo porque él es verdadero Dios y entiende todas las cosas, sino también porque él sintió lo que sentimos y experimentó lo que experimentamos. Cuando experimentamos dolor, él lo entiende porque también lo experimentó. Él también se cansó (Juan 4:6). Él también experimentó la profunda pena que nosotros experimentamos cuando un ser amado se muere (Juan 11:33-35). Él fue abandonado por sus amigos, incluso traicionado por uno de ellos (Mateo 26:48,49). Él fue rechazado por las mismas personas a quienes vino a ayudar. Él también sabe lo que significa ser tentado, porque él también fue tentado (Hebreos

2:18). ¡Qué estímulo que nos el saber que él conoce, que él se compadece, que él entiende! Quizás el escritor a los Hebreos lo expone mejor cuando declaró: “No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15).

De la misma manera, la verdad que Jesús es verdadero Dios, tiene aplicaciones importantes tanto para nuestra salvación como para nuestra vida cotidiana. La Biblia nos dice: “La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Si la sangre de Jesús hubiera sido la sangre de un simple hombre, no podía haberlo purificado a él, mucho menos a alguien más. Pero, dado que es la sangre de quien es verdadero Dios, tiene poder expiatorio y valor infinito. Somos salvos del castigo del infierno que merecemos, porque la sangre expiatoria de Jesús es la sangre de Dios. Lutero escribió “La persona [de Jesús],” “es eterna e infinita, y aun una pequeña gota de su sangre habría sido suficiente para salvar el mundo entero.”²⁵

También hay un rico y precioso consuelo en saber que el Salvador que nos amó tanto que dio su vida para salvarnos es verdadero Dios. Ahora sumamente exaltado, él gobierna sobre todas las cosas en el cielo y en la tierra. Él que como el Dios-hombre experimentó todo lo que nosotros experimentamos, que se compadece de nosotros en nuestras debilidades y entiende todos nuestros problemas en virtud de su propia experiencia, gobierna el mundo y todas las cosas para el bienestar de sus creyentes y de su iglesia. Nada puede dañarnos ya que somos objetos de su amor infalible.

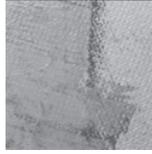
Sí, la doctrina de la persona de Cristo es importante. Es una de las verdades fundamentales sobre las que yace nuestra salvación. Esto en sí lo hace práctico y aplicable. Esto le da autoridad a todo lo que él dice. Pero qué consuelo y ánimo nos

da la enseñanza acerca de la persona de Cristo al asegurarnos cada día que el Dios-hombre es nuestro Salvador, Consolador, Pastor, hermano, y amigo.

Parte II

LA HUMILLACIÓN Y

EXALTACIÓN DE CRISTO



7

La “capa del mendigo”

Desde el momento de su concepción, las naturalezas divina y humana de Jesús, fueron inseparablemente unidas en una persona divina-humana, el Dios-hombre. Sin embargo, ningún lector observador de los evangelios puede dejar de concluir que durante el tiempo que Jesús, el Dios-hombre, vivió y trabajó en la tierra, había dos estados muy diferentes de su existencia. Pasajes como Isaías capítulo 53 en el Antiguo Testamento y Filipenses 2:6-11 en el Nuevo Testamento, definen claramente dos estados distintos de existencia en la vida del Salvador. Desde el momento que él fue concebido por el Espíritu Santo hasta incluso el momento de su entierro, Jesús vivió como un hombre entre los hombres. La gloria

majestuosa que su naturaleza humana poseyó en virtud de su unión con la naturaleza divina, aunque brilló de vez en cuando, en su mayor parte permaneció escondida en lo que Lutero describe como la “capa del mendigo” de su naturaleza humana. Nosotros llamamos este estado de su existencia *el estado de humillación* de Jesús. Sin embargo, después de derrotar la muerte y la tumba, y en particular después de aparecer vivo después de su resurrección, el estado de existencia de Jesús difirió de lo que había sido antes. Ya no ocultó más su gloria divina. Sus discípulos y todos los que le observaron constantemente lo vieron mostrar y utilizar toda su divina majestad y gloria en su *estado de exaltación*. Aquel estado de exaltación continúa hoy, mientras Jesús gobierna el universo con su omnipotencia. Y esperamos su regreso en gloria como juez de toda la tierra.

La encarnación de Cristo consistió esencialmente en el milagro que el Hijo de Dios, quien posee toda la plenitud de la naturaleza divina, asumió la verdadera naturaleza humana. Él entró en la única unión personal con naturaleza como la nuestra. Desde el mismo momento de la encarnación, la naturaleza humana compartió completamente: todas las divinas características, majestad y gloria. Sin embargo, como un elemento esencial de su obra redentora para nosotros, Jesús, desde el momento de su concepción hasta el momento que estuvo vivo nuevamente después de su entierro, asumió lo que san Pablo describe en Filipenses 2:7 como “la forma de siervo”.

En aquel estado de existencia, Jesús experimentó todas las debilidades de la naturaleza humana después de la caída, excepto el pecado. Él se puso voluntariamente bajo la ley divina, aunque él mismo es el Señor de todo. Él también llevó la maldición de la ley como el sacrificio sustitutivo por los pecados de toda la humanidad. Esta condición, esta abnegación, se menciona como el estado de humillación de

Cristo. Definimos este estado como el tiempo durante el cual Cristo voluntariamente renunció tanto al uso pleno de su divino poder como al pleno ejercicio de su divina majestad, para poder colocarse bajo la ley de Dios como el sustituto del hombre, y sufrir y morir para redimir al mundo.

El estado de humillación de Jesús fue posible gracias a su encarnación. La naturaleza divina no puede cambiar, y por consecuencia, ésta no puede ser humillada ni exaltada. Además, la encarnación en sí es un acto maravilloso de condescendencia por parte de la segunda persona de la Trinidad, y por lo tanto una parte de la humillación. Pero la encarnación y la humillación de Jesús, no deben ser consideradas como la misma cosa. El estado de humillación comenzó con la encarnación, y llegó a su fin cuando la exaltación de Jesús comenzó. El hecho que Jesús se hizo el Dios-hombre tuvo principio, pero no tiene fin. Jesús encarnado es ahora el Dios-hombre exaltado, que vive y reina eternamente.

Jesús permaneció y permanece verdadero Dios

La Biblia también aclara que aunque Jesús soportó la humillación, su humillación no cambió la naturaleza esencial de Cristo. Él es y seguirá siendo Dios. Incluso en los días de su humillación, la Biblia atribuye a Jesús la posesión plena de: toda la majestad divina, y cada cualidad y característica divina. Al entrar en el estado de humillación, Jesús no perdió su naturaleza divina. Él nunca dejó de ser verdadero Dios y verdadero hombre. Pero en un maravilloso acto, que va mucho más allá de nuestra capacidad humana de explicar, él dejó a un lado el pleno y constante uso de sus prerrogativas y características divinas de acuerdo a su naturaleza humana. Así, la Biblia habla del Cristo que poseyó toda riqueza, pero también no poseyó nada; el Cristo que sabe todas las cosas,

pero también fue limitado en el conocimiento. La Biblia habla del Cristo que es Creador y Señor de todo, pero también estaba sujeto a los seres humanos pecaminosos; el Cristo que es el Príncipe de vida, pero que sufrió la muerte real en la cruz del Calvario.

Tales declaraciones, totalmente opuestas, nunca podrían ser hechas acerca de cualquier otro ser humano. Pero todas son ciertas de Jesús. La Biblia enseña que en los días de su carne, durante los años que él vivió en su estado de humillación, Jesús no siempre utilizó lo que era suyo como el Dios-hombre. Las confesiones luteranas utilizan palabras como *oculto* y *contenido*, para describir este fenómeno.²⁶ La naturaleza divina y sus características, incluyendo la omnipotencia, estaban siempre allí. Todo el peso de la divinidad de Jesús, atado a su obra sustitutiva, le dio el valor infinito. Pero en su humillación, de acuerdo a su naturaleza humana, Jesús no siempre utilizó la riqueza del poder divino a su disposición. Él sufrió porque se permitió sufrir; él murió porque no utilizó su poder para vivir.

De buena gana y voluntariamente Jesús se humilló, para que él pudiera realizar la obra de la redención a través del sacrificio sustitutivo. Si hubiera siempre utilizado la majestad divina que era suya, como lo hizo en su transfiguración y después de su resurrección, él no podría haber sido nuestro sustituto, es decir, que él no podría haber rendido obediencia perfecta ni haber muerto en nuestro lugar.

El hecho de que el estado de humillación de Jesús corresponde a los días de su vida y ministerio en la tierra, no significa que durante ese tiempo Jesús nunca utilizó su gloria divina ni mostró sus características divinas. Ya hemos mencionado la transfiguración. Además, Jesús realizó milagros. Él llevó a cabo su ministerio profético y actuó como nuestro perfecto Sumo Sacerdote. Y no sólo estaba sostenida su naturaleza humana por el poder divino impartido en la

agonía de su pasión, sino que incluso entonces el rayo de su gloria divina brilló a través de la oscuridad. Una lectura rápida de la historia de la pasión es suficiente para revelar las innumerables evidencias de la divinidad de Jesús. Piense, por ejemplo, que él sanó al hombre a quien Pedro había herido en el huerto (Lucas 22:51), y tumbó con una sola palabra a aquellos que habían venido a capturarlo (Juan 18:4-6). Toda la historia de la pasión fue orquestada, medida, y dirigida, no por los enemigos de Jesús, como ellos supusieron, sino por Jesús mismo (Mateo 26:18). El tiempo había llegado a su colmo para que él hiciera su obra como nuestro sustituto y Salvador, y no sería disuadido de esa labor. El oficio de Cristo como nuestro Redentor fue el factor principal en si usó o no usó su majestad divina. Dado que él se humilló a él mismo, absteniéndose del uso pleno y constante de su divina majestad, y obedeció perfectamente al Padre, Jesús satisfizo su oficio como nuestro Redentor. Su pobreza es nuestra riqueza (2 Corintios 8:9); su sangre es nuestra justificación; su muerte es nuestro rescate eterno.

Cuando la Biblia enseña que Jesús se humilló a él mismo y “se despojó a sí mismo” (Filipenses 2:7), no enseña que él dejó de ser Dios. Tampoco enseña que él se privó de sus omnisciencia, omnipotencia, omnipresencia, o cualquiera de las demás cualidades divinas, que el poseyó desde la eternidad. La falsa enseñanza que afirma que lo que él hizo es llamado *kenoticismo*, de la palabra griega que significa: “vacío”. Kenoticismo es otra falsa enseñanza referente a la persona de Cristo, promovida por algunos falsos profesores reformados y sus seguidores. Según los que enseñan “kenosis”, la naturaleza divina de Jesús fue reducida o disminuida por su encarnación. El kenoticismo, sin embargo, contradice todos los pasajes de la Escritura que nos dicen que incluso en su humillación Jesús continuó siendo uno con el Padre en esencia. La Biblia enseña que el modo de existencia

divina de Jesús no fue cambiado por su encarnación (Juan 10:30). Tampoco era su modo de actividad divina (Juan 5:17,19). El kenoticismo hace el error de transformar al Dios inmutable en un ser sujeto a cambio.

Cuando la Biblia enseña que Jesús se humilló a él mismo, no enseña que Jesús dejó sus cualidades divinas o permitió que su divinidad fuera disminuida de cualquier manera. Lo que enseña es que él prescindió del uso pleno y continuo de aquellas cualidades. Jesús, durante los días de su humillación, no utilizó siempre o plenamente la majestad divina impartida por su naturaleza divina a su naturaleza humana. Él se humilló a él mismo de buena gana y voluntariamente de modo que él pudiera completar la obra que el Padre le había encomendado para realizar y servir como nuestro Redentor.

Filipenses 2:6-11

El pasaje clásico de la Escritura que define la humillación, y más adelante la exaltación de nuestro Salvador, es Filipenses 2:6-11. En ese pasaje Pablo nos dice que la humillación de Jesús consiste en el hecho que durante su vida en la tierra el Hijo encarnado no apareció en forma de Dios, sino se encontró “semejante a los hombres”. Que toda la plenitud de la divinidad habitó en él (Colosenses 2:9) es incuestionable. Jesús poseyó toda la majestad divina, todas las propiedades divinas fueron comunicadas a su naturaleza humana. Pero Jesús no demostró siempre y plenamente la majestad que él poseyó. Él no vino a la tierra a hacer alarde de su divinidad o a impresionar a la gente con sus actos poderosos, sino que apareció en la forma de siervo, cubriendo su majestad con la “capa de mendigo” de su naturaleza humana. Él vivió como un ser humano ordinario, experimentando toda la vida humana. Tampoco aquella naturaleza humana desapareció después de su exaltación, pero la Biblia habla ahora de él como el Dios-hombre eternamente exaltado.

Las poderosas palabras de Pablo en Filipenses capítulo 2, no pueden significar otra cosa que Cristo, al humillarse a él mismo según su naturaleza humana, se abstuvo del pleno y constante uso de la divina majestad impartida a aquella naturaleza en la encarnación. Para servirnos y salvarnos, Cristo no podía perder su divinidad. El peso completo de su deidad tuvo que ser atado a sus obediencia, sufrimiento, y muerte, para darle valor. Él tuvo que encontrar y derrotar la muerte y resucitar, venciendo la muerte al morir. Para ello, él tuvo que dejar de lado por un momento la plena utilización de la majestad de Dios de acuerdo con su naturaleza humana. Entonces, Cristo: “se despojó a sí mismo”, no al deshacerse de sus prerrogativas o características divinas, sino por renunciar al uso pleno y constante de éstas. Y, obediente al plan del Padre, sufrió la máxima profundidad de la humillación física y espiritual, junto con la separación eterna de Dios que lo acompañó. El lenguaje humano se esfuerza en dar la expresión adecuada a lo que Jesús hizo. El apóstol del Señor lo dice mejor en este pasaje de Filipenses: “Más aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (versículo 8).

La historia de la humillación de Cristo

La historia de la humillación de Cristo incluyó todos los acontecimientos de su vida terrenal. Aquella historia a menudo es resumida en estas palabras del Credo Apostólico: “Fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de la virgen María, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado”.

Concepción y nacimiento

La concepción y el nacimiento de Jesús, fueron una parte de su humillación. Su encarnación, su ascensión de su

naturaleza humana, no fue en sí la humillación, sino un poderoso milagro. Sin embargo la manera en que el Hijo de Dios asumió la naturaleza humana era la humillación. Jesús no entró en el mundo con toda la pompa y la gloria, que era adecuada para el Rey celestial. Al contrario él fue concebido en la matriz de una virgen, nació como un bebe indefenso, y fue acostado en un pesebre humilde. Él, quien desde la eternidad es verdadero Dios, se hizo dependiente de una madre humana para su cuidado físico. Y por su encarnación, el Hijo de Dios, aunque no adoptó el pecado humano, asumió todas las debilidades, fragilidad, y limitaciones, que son comunes a los seres humanos como consecuencias generales del pecado en el mundo pecaminoso. El Señor todopoderoso del universo se sujetó a las leyes del tiempo y del espacio. Aunque no se menciona específicamente en las palabras del Credo Apostólico la circuncisión de Jesús, la educación, y la totalidad de su vida terrenal y ministerio, fueron incluidas todas en su humillación. Como todos los infantes masculinos judíos eran circuncidados en el octavo día, Jesús, como parte de su sumisión voluntaria a la ley divina, fue circuncidado (Lucas 2:21). Aunque no tenía pecado, ni faltas que requirieran corrección por la educación, él, sin embargo, por el estudio real, creció en sabiduría de acuerdo con su naturaleza humana (Lucas 2:52). En su estado de humillación, él no siempre utilizó la omnisciencia divina que fue suya como el Dios-hombre (Mateo 24:36). En su estancia visible sobre la tierra, Jesús realmente apareció en la forma de un siervo.

El ministerio público

En su forma humilde de siervo, Jesús comenzó su ministerio público con una lucha de 40 días contra Satanás en el desierto (Mateo 4:1-11). Los evangelistas nos dicen que el diablo trató de explotar el hecho de que Jesús tenía hambre,

una limitación que tomó como parte de su humillación. Tampoco Jesús cedió a la tentación del diablo para usar el poder divino que él poseyó de modo que fuera inapropiado o contrario a la voluntad del Padre. El hecho de que él, quien es verdadero Dios y verdadero hombre, fue tentado en todo era parte de su humillación. El hecho de que él fue “tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15), era parte de su obediencia activa para nosotros y su éxito en nuestro lugar, a comparación con nuestros primeros padres quienes habían fracasado. En su humillación, Jesús, aunque fue soberano de todo, se sometió al gobierno civil (Mateo 22:21). Soportó los: problemas, peligros y dificultades, y experimentó las emociones que son comunes a los seres humanos en general. Él voluntariamente realizó las tareas más humildes, incluyendo el lavar los pies de sus discípulos el Jueves Santo (Juan 13:5). Él vivió de una manera simple y modesta, y fue considerado como igual o aun inferior a aquellos alrededor de él (Marcos 6:2,3).

Sufrimiento, muerte, y sepultura

Los eventos culminantes del estado de humillación de Jesús, fueron sus sufrimiento, muerte, y sepultura. Aunque Jesús sufrió mucho durante su vida terrenal, su sufrimiento culminó en su gran pasión, durante los dos días que conocemos como el Jueves Santo y el Viernes Santo. La pasión incluye la extrema angustia, en cuerpo y alma, que Jesús soportó mientras él fue del aposento alto hasta Getsemaní y finalmente al Gólgota para satisfacer la justicia divina del Padre y ofrecer el sacrificio expiatorio que pagó por nuestros pecados. La angustia del alma de Jesús en Getsemaní; soportó la travestía de justicia en el tribunal religioso de los judíos y el tribunal civil de los gentiles; los falsos testigos, la flagelación, los maltratos, burlas y, por último, la vergonzosa muerte de esclavo, a la que Pablo se

refiere con la deliberada y sorprendente frase: “muerte de cruz” (Filipenses 2:8), todo combinó para constituir las profundidades de su humillación.

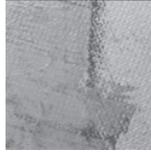
Sin embargo la mayor profundidad de la humillación de Jesús no vino con el tormento físico de la cruz. En el Calvario, Jesús sufrió infinitamente más que la agonía que acompañó esta forma barbárica de ejecución. En el Calvario, Jesús, en su alma sin pecado, sufrió la separación de Dios (Mateo 27:46). Él sufrió el tormento del infierno, como Dios le culpó y él aceptó el castigo exigido por la justicia divina por cada pecado cometido por los seres humanos. Dado que él es Dios, el hecho que Cristo fue abandonado por Dios por un tiempo, fue suficiente para rescatar a toda la humanidad del pecado. Como él estaba dispuesto a humillarse, la deuda podría ser pagada. Sin pecado Jesús soportó todos aquellos tormentos, persistiendo en la obediencia perfecta y completa confianza en su Padre celestial.

“Murió y fue sepultado.” La muerte de Jesús fue verdadera muerte, la separación de su alma de su cuerpo. Pero, en virtud de la comunión de sus dos naturalezas, su muerte sirvió como el suficiente sacrificio para expiar los pecados de toda la humanidad. Cuando Jesús murió en el Calvario, Dios murió. Él hizo lo que era contrario a su naturaleza divina. El hecho de que Jesús se humilló a él mismo hasta las profundidades de la muerte es un misterio más allá de nuestra capacidad humana de entender. Él mismo describe su buena voluntad de sufrir aquella humillación en Juan 10:17,18: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo.”

Jesús sufrió la muerte dejando de lado el uso pleno de sus características divinas y el divino poder impartido a su naturaleza humana. Que el Salvador continuó poseyendo aquellas cualidades divinas, incluso en las horas más oscuras de su humillación, ya se ha demostrado. La historia de la

pasión del Salvador es la historia de que “para nosotros y para nuestra salvación” Jesús enfrentó la más profunda humillación y la muerte de cruz, para cumplir su misión en la tierra y para cumplir con las Escrituras proféticas. Él no fue obligado a sufrir la profundidad de su humillación por fuerza humana ni aun por voluntad de Satanás. Él voluntariamente enfrentó todo para llevar a cabo la voluntad del Padre y el plan de salvación determinado desde la eternidad en los consejos del Dios trino.

La sepultura, o entierro de Jesús, constituyó la etapa final de su humillación. La sepultura de Jesús fue la evidencia visible de la realidad de su muerte y concluyó los acontecimientos en el Calvario. El entierro honorable que él recibió y la preservación sin la descomposición de su cuerpo en la tumba, es presentado por las Escrituras tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento como un privilegio especial concedido por Dios al Mesías, en preparación para su exaltación (Salmo 16:9,10; Isaías 53:9; Mateo 27:57-60; Hechos 2:31; 13:37).



8

Regreso al poder y a la gloria

Tan pronto como la humillación de Cristo cumplió su propósito, comenzó su exaltación. La humillación de Cristo consistió en que él no exhibió plena y constantemente la divina majestad que el posee como el Dios-hombre. Por tanto de ello se deduce que Jesús en su exaltación, también según su naturaleza humana, ahora libre y constantemente muestra y ejerce todas las prerrogativas y cualidades de la naturaleza divina que ha poseído desde toda la eternidad.

Desde luego estrictamente hablando la humillación y exaltación, sólo tienen que ver con la naturaleza humana de Jesús, pues la naturaleza divina no cambia ni puede cambiar. Sin embargo, en virtud de la unión personal, hablamos de la humillación y exaltación del Dios-hombre. Podemos describir el estado de exaltación de Jesús tanto negativa como

positivamente. Negativamente, esto es el aplazamiento permanente de la forma de sirviente, la capa del mendigo que cubrió su gloria divina durante la mayor parte de su vida aquí sobre la tierra. Positivamente, la exaltación puede ser descrita como la entrada de Jesús en el uso sin restricción de su gloria divina que nunca cesará.

El propósito de la exaltación no es darle a Jesús la bien merecida recompensa por su obra completada. Jesús hizo su obra por nosotros, no para él mismo. Pero su exaltación sigue naturalmente como resultado de su obra completada. Durante los días de su humillación, muchos negaron reconocer a Jesús como el Señor de gloria. Muchos lo miran hoy solamente como un ser humano. Pero si aquel Salvador exaltado apareciera ahora, como él seguramente lo hará el día del juicio final, toda rodilla se doblaría ante él y toda lengua tendría que confesarlo como Señor y Dios.

El estado de exaltación no sólo es un estado de honor y gloria, sino también es un estado de poder y dominio. Filipenses 2:9 nos dice que habiendo exaltado a Jesús, Dios “le dio un nombre que es sobre todo nombre”. Y Efesios 1:20-22 nos dice que con su exaltación, Dios sometió todas las cosas debajo de sus pies. La exaltación de Jesús significa que como el Dios-hombre, Jesús, también según su naturaleza humana, está ahora y siempre será presente en todas partes. Él reina y gobierna sobre todas las cosas como el Rey de reyes y el Señor de señores. El estado de exaltación de Cristo comenzó con su regreso a la vida, y se exhibió en el mundo espiritual por su descenso al infierno. Se hizo visible en nuestro mundo por su gloriosa resurrección, y continúa en el cielo por su ascensión y por estar sentado a la diestra de Dios.

El descenso al infierno

Temprano en la mañana de la Pascua, el alma de Jesús volvió a su cuerpo. Él, que había muerto en la cruz del

Calvario, regresó a la vida nuevamente. Inmediatamente después de su regreso a la vida, él descendió al infierno. Dos pasajes del Nuevo Testamento, 1 Pedro 3:18-20 y Colosenses 2:15, describen el descenso de Cristo al infierno. Ambos aclaran que este acontecimiento no era parte de la humillación de Cristo, sino de su exaltación. Pedro nos dice: “Siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; y en espíritu fue y predicó a los espíritus encarcelados” (versículos 18,19). La frase “en la carne” corresponde al estado de humillación de Jesús. La frase “en espíritu” denota la nueva vida en la exaltación, la cual comenzó cuando él regresó a la vida nuevamente y nunca finalizará.²⁷ Estando vivo, Jesús descendió al infierno, no solamente en su naturaleza divina o como un espíritu incorpóreo, sino como el Dios-hombre vivo y exaltado.

En el infierno, Cristo hizo una proclamación a los demonios y a los condenados. Observamos que Cristo no descendió al infierno para sufrir. Su sufrimiento terminó cuando desde la cruz él clamó: “¡Consumado es!”. Jesús no descendió al infierno para pagar un rescate al diablo. Tampoco entró al infierno a rescatar las almas de aquellos que estaban atrapados allí o para darles otra oportunidad de prestar atención al evangelio y arrepentirse. Hebreos 9:27 enseña: “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio.” Pero Jesús entró en el reino de los demonios y los condenados, a proclamar su victoria. Como un conquistador en una guerra que va directamente a la capital de los enemigos que ha derrotado y exige rendición incondicional, Jesús descendió al infierno e hizo un espectáculo público de sus enemigos, “triunfando sobre ellos en la cruz” (Colosenses 2:15). Mediante su descenso al infierno, Jesús se reveló a sus enemigos como vencedor sobre el pecado y sobre Satanás, sobre la muerte, y sobre el infierno. No nos dicen cómo se hizo la proclamación de Jesús a los

demonios y condenados, pero el solo hecho de que él se mostró con vida a los que sufren en el infierno fue suficiente para convencer a los residentes del infierno que Jesús es Señor y que su sentencia es justa.

También la doctrina del descenso de Cristo al infierno es consuelo para los creyentes. Nos asegura que debido a que Cristo pagó por todos nuestros pecados en la cruz: Satanás ha perdido su derecho sobre la humanidad; no puede acusarnos más delante de Dios; no puede tener más control de nuestra vida, porque su poder ha sido derrotado. Cristo es el vencedor, y a través del evangelio él comparte los frutos de su victoria con nosotros.

La resurrección

El acontecimiento más importante en la exaltación de Cristo es su resurrección de entre los muertos. Jesús resucitó para declarar a todo el mundo que él había ganado la victoria como el sustituto perfecto de la humanidad. Ya que Jesús es Dios, es imposible que la muerte lo retenga, y dado que la muerte no pudo retener a Jesús, los creyentes tienen vida espiritual y eterna en él.

No hubo testigos de la resurrección de Jesús. El ángel removió la piedra de la tumba no para permitir la fuga de Jesús, sino para revelar a todo el mundo que la tumba estaba vacía y que Jesús había resucitado. A pesar de que no hubo testigos oculares de la resurrección, es el evento más cuidadosamente documentado en toda la Escritura. Los escritores de los evangelios, así como el apóstol Pablo, menciona testigo tras testigo que vio a Cristo resucitado. La resurrección de Jesús es un hecho histórico documentado que no puede ser refutado; como tal, es un artículo fundamental de la fe cristiana.

Precisamente porque la resurrección de Jesús es tan vital para la fe cristiana, los enemigos del cristianismo, tanto

antiguos como modernos, han dirigido algunos de sus más duros ataques a la historia de la resurrección grabada en la Escritura. Ya en la mañana de Pascua, los enemigos judíos de Jesús sobornaron a los soldados romanos para decir que Jesús no había resucitado de entre los muertos, sino que los discípulos habían robado el cuerpo (Mateo 28:12-15). Esta *teoría del robo* todavía existe entre los incrédulos de hoy. La *teoría del desvanecimiento*, es la idea que Jesús realmente nunca estuvo muerto, sino sólo en un estado cercano de la muerte cuando su cuerpo fue removido de la cruz. Más tarde él recuperó la conciencia, dejó la tumba, y convenció a los discípulos que había resucitado. Los musulmanes, entre otros, enseñan que Jesús nunca murió realmente y que Simón de Cirene, o incluso Judas Iscariote, ocupó su lugar en la cruz. La *teoría de la alucinación* sostiene que los discípulos creyeron ver cosas que realmente no sucedieron.

Muchos falsos eruditos modernos se suscriben a una especie de *teoría piadosa del fraude*, que sugiere que la resurrección fue algo que los discípulos arreglaron como un símbolo que confiere el significado de salvación a la cruz. Rudolf Bultmann, falso teólogo alemán del siglo 20, que tuvo una gran influencia en la falsa teología moderna, llegó a llamar a la resurrección un mito, tomado prestado de otras religiones del primer siglo con sus historias de dioses que morían y resucitaban. Según él, los primeros discípulos proclamaron que Jesús estaba vivo para expresar su especial, exaltada relación con Dios. Para tales falsos eruditos modernos, la resurrección de Jesús no es historia, sino parte de la proclamación de la iglesia. Y la creencia en la resurrección de esta manera es simplemente otra manera de decir que Jesús es el Cristo, lo cual significa algo diferente para cada persona.

Para cada una de estas negaciones de la ocurrencia resurrección hay contraargumentos convincentes. Es muy poco probable que 11 hombres aterrorizados, quienes todavía

se ocultaban detrás de puertas cerradas en la tarde de Pascua, hubieran intentado robar el cuerpo de Jesús de la tumba celosamente guardada. Pero es aun más improbable que pudieran haber tenido éxito. La muerte de Jesús en la cruz no fue sólo aparente, sino que fue real. Juan fue testigo de la herida en el costado de Jesús, lo cual divulgó en tercera persona: “Y el que lo vio [Juan mismo] da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis” (Juan 19:35). Las apariciones de Jesús a sus discípulos después de la resurrección, eran tan frecuentes y su actividad tan abierta, que una teoría de la alucinación es nada menos que ridícula. Si la tumba de Jesús no hubiera estado vacía, como los apóstoles lo declararon en Pentecostés (Hechos 2:29-36) y luego, su testimonio de la resurrección de Cristo podría haber sido fácilmente refutada. Pero no fue así. Tampoco aquellos primeros discípulos se habrían arriesgado a la persecución, a la cárcel, e incluso a la muerte, al proclamar una historia que habían inventado y perpetrar un fraude que sabían que no era verdad. Cada argumento incrédulo contra la resurrección de Jesús falla, y nos dejan con esta verdad maravillosa: “De veras ha resucitado”.

No debe sorprendernos el hecho de que la historicidad de la resurrección de Jesús es refutada por los escépticos modernos y oponentes del cristianismo. En los versículos, justo después de que Mateo registra el acontecimiento impresionante de la resurrección, él habla de los intentos de los judíos de negarla (Mateo 28:12-15). Pablo también abordó la pregunta del hecho histórico de la resurrección. Algunos de los educados corintios, al parecer, se preguntaron acerca de si los muertos podrían resucitar. Si los muertos no resucitan, Pablo afirmó en 1 Corintios capítulo 15, Cristo tampoco resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación y vana es también nuestra fe (versículos 12-14).

En todas sus epístolas, incluyendo las primeras epístolas que escribió: 1 y 2 Tesalonicenses y Gálatas, Pablo habla con confianza acerca de la resurrección de Jesús. En 1 Corintios capítulo 15, conocido como el gran capítulo de la resurrección, Pablo cita una multitud de testigos oculares de la resurrección. Entre ellos se incluye a los once; a quinientos discípulos a los que el Cristo resucitado apareció a la vez; a Santiago, uno de los primeros líderes de la iglesia de Jerusalén; y a Pablo mismo, a quien el Cristo resucitado, después de su ascensión, apareció en una visión cerca de Damasco. Pablo proclamó lo que la iglesia desde sus inicios había proclamado, el evangelio del Cristo que murió, fue sepultado, y resucitó. Los primeros credos colocan la muerte y resurrección de Jesús hombro a hombro. Si lo primero es verídico, lo segundo debe seguir, porque Jesús es verdaderamente el Dios-hombre, el Cristo.

El significado de la resurrección de Jesús

Hay muchas razones por las que la resurrección de Jesús es el acontecimiento clave en su exaltación, y es vital para nuestra fe cristiana. No solamente el sufrimiento y muerte de Jesús, sino también su resurrección cumplieron las Escrituras del Antiguo Testamento (Hechos 2:25-31). Los lectores cuidadosos del Nuevo Testamento observarán que Jesús mismo siempre siguió sus propias profecías acerca de su muerte con promesas claras acerca de su resurrección (Mateo 16:21). Él se proclamó como quien tenía la autoridad divina para poner su vida y volverla a tomar (Juan 10:18). La documentación cuidadosa de la resurrección de Jesús, en los evangelios y en las epístolas, nos asegura que la resurrección de Jesús no es algún nuevo artículo de fe. Es una parte integral de la propia proclamación de Jesús sobre él mismo. Es un elemento esencial en todo lo que “la Ley de Moisés, los Profetas y los Salmos” testificaron acerca de la venida del

Mesías (Lucas 24:44).

La resurrección de Jesús prueba más allá de toda duda que él es Dios y que su mensaje es la verdad. Los milagros que Jesús realizó durante su ministerio terrenal, fueron ciertamente suficientes para establecer esa verdad. Pero los judíos se negaron a creer los milagros, exigiendo más señales. Finalmente, Jesús les prometió “la señal del profeta Jonás” (Mateo 12:39). Esto era una referencia al hecho que como Jonás estuvo en el vientre de un gran pez por tres días y después fue libertado, así después de tres días en el sepulcro Jesús resucitaría. Dado que Jesús resucitó, Pablo pudo concluir: “[Él] fue declarado Hijo de Dios con poder...por su resurrección de entre los muertos” (Romanos 1:4). Y si Jesús es el Hijo de Dios, entonces sus enseñanzas son totalmente verídicas. Jesús tenía que ser el Hijo de Dios o un fraude mentiroso. No hay otras posibilidades. Si hubiera sido un mentiroso o un fraude, él nunca hubiera podido resucitar de los muertos. Pero él resucitó y fue visto por muchos testigos. Por la resurrección, el Padre declaró una vez más que Jesús es su Hijo amado y que las enseñanzas de Jesús son maravillosamente verídicas.

La resurrección de Jesús es la garantía de que su obra está completa, y que Dios ha declarado a todo el mundo perdonado y justificado en Cristo. Si Cristo hubiera permanecido muerto y enterrado en la tumba, habría sido una clara evidencia que su sufrimiento y muerte no habrían sido suficientes para expiar los pecados o para reconciliar al mundo con el Dios santo (1 Corintios 15:17). Pero el hecho de que Jesús resucitó, es evidencia concluyente que el Padre ha aceptado el sacrificio del Hijo. “[Jesús] fue entregado por nuestras transgresiones”, Pablo escribe en Romanos 4:25, “y resucitado para nuestra justificación”. Mediante la resurrección de Cristo de entre los muertos, el Padre declaró que suficiente pago se había hecho por los pecados de toda la

humanidad. Cristo llevó los pecados de todo ser humano con él en la cruz, donde voluntariamente soportó el castigo que la justicia divina exigió por todos ellos. Su resurrección demuestra que el pago es completo y por eso el mundo es reconciliado con Dios. En el “gran intercambio” de Dios, los pecados del mundo fueron cargados a Cristo y la justicia de Cristo acreditada al mundo pecaminoso (2 Corintios 5:21). La resurrección es la declaración formal de Dios de la absolución de la humanidad, la declaración que para todos Cristo ha adquirido el perdón y vida nueva.

Finalmente, la resurrección de Jesús demuestra que hay una cosa tal como una resurrección de los muertos. El Cristo resucitado es “primicias de los que murieron” (1 Corintios 15:20). Su resurrección garantiza su promesa que en el día de su regreso en gloria, él resucitará nuestros cuerpos, que fueron separados de nuestra alma en la muerte física. Él dará vida a nuestros cuerpos nuevamente, los glorificará, arropándolos con la perfección sin pecado, y los juntará con nuestra alma. A partir de ese gran día, todos los creyentes, en cuerpo y alma, pasarán la eternidad en gloria con el Señor glorificado.

El cuerpo resucitado de Jesús es el mismo cuerpo que él había asumido en la matriz de la virgen María y que sufrió y murió en la cruz. Pero ahora es un cuerpo glorificado, sin limitaciones. En su estado exaltado, el cuerpo de Cristo ya no está sujeto a las leyes del tiempo y del espacio, como lo fue durante su humillación. Durante los 40 días entre sus resurrección y ascensión, Cristo apareció y desapareció, a veces fue reconocido y a veces no, de acuerdo a su voluntad. Comió con sus discípulos, no porque necesitaba alimento en su estado exaltado, sino simplemente para demostrar que realmente estaba vivo y que los discípulos no estaban viendo un espíritu (Lucas 24:41-43). En su exaltación, Jesús el Dios-hombre, tanto en su naturaleza divina como en la humana, hace uso pleno y completo de todas las cualidades y

características de Dios. No podemos entender completamente o describir lo que esto significa, debido a las limitaciones de nuestras mentes humanas. Pero nos asegura que en la vida después de la resurrección, nuestro cuerpo también será transformado y cambiado “en un cuerpo glorioso semejante al suyo” (Filipenses 3:21). Nuestro cuerpo resucitado no tendrá las cualidades de Dios, como el cuerpo de Jesús. Sin embargo, serán glorificados. ¡Qué increíble será! ¡Qué reconfortante es su promesa!

A veces se hace otra pregunta en relación con la resurrección de Jesús. ¿Es correcto decir que Dios resucitó a Jesús, o Jesús se resucitó a él mismo? En realidad, ambas afirmaciones son ciertas. Según las Escrituras, la resurrección fue, por un lado, la obra del Padre, que mediante la resurrección de Cristo declaró al mundo que la obra de Cristo fue exitosa y completa (Hechos 2:24). La Biblia también habla de que Jesús se resucitó a él mismo como evidencia de sus divinas naturaleza y omnipotencia (Juan 2:19). No hay contradicción aquí, porque la Escritura enseña que en todos los asuntos relacionados con nosotros y para nuestra salvación, y que sin duda incluyen la resurrección de Cristo, las tres personas de la Trinidad hacen el trabajo en perfecta armonía.

Aunque fue ciertamente el acontecimiento clave y central, la resurrección de Cristo no fue el evento final en su exaltación. El Credo Apostólico menciona tres “pasos” adicionales en su exaltación. Primero, su ascensión, ya ha tenido lugar. Segundo, su estar sentado a la diestra de Dios, ya ocurrió y sigue ocurriendo. Tercero, su venida en gloria como juez de toda la tierra, está todavía por ocurrir.

La ascensión

La ascensión de Jesús al cielo, podría ser comparada con una coronación. Los gobernantes terrenales asumen todos los

poderes de liderazgo tan pronto como obtienen el trono, generalmente cuando un antecesor muere. A partir de ese momento, son los gobernantes absolutos en sus reinos. El reconocimiento formal de la asunción de reinado, sin embargo, viene en una majestuosa y planeada ceremonia, la coronación. Así que Jesús, desde el momento en que vivió de nuevo en la mañana de Pascua, asumió una vez más el pleno y completo uso del divino poder y majestad que él poseía desde la eternidad. Las apariciones después de su resurrección, demostraron que él había entrado en su estado exaltado. Sin embargo, la ascensión lo reconoció formal y públicamente.

Durante los 40 días entre su resurrección y ascensión, Jesús no vivió ni trabajó entre sus discípulos de la manera humilde y familiar que lo había hecho antes. No obstante, en repetidas ocasiones se les apareció. Y ellos lo reconocieron como su victorioso Señor. Aquellas apariciones después de la resurrección de Jesús proporcionaron evidencia visible de que él había resucitado. Jesús utilizó estas oportunidades para dar instrucciones a los discípulos acerca de la misión salvífica que él había terminado. Lucas nos dice: “Apareciéndoseles durante cuarenta días [él les habló] acerca del reino de Dios” (Hechos 1:3). Fue también durante esos 40 días que Jesús delineó lo que la misión de los discípulos y la misión de la iglesia del Nuevo Testamento sería: “Y me seréis testigos” (Hechos 1:8).

A diferencia de su resurrección, la cual ningún ser humano vio tener lugar, la ascensión de Jesús, fue visible a sus discípulos. Cuarenta días después que él resucitó de los muertos, Jesús llevó a los discípulos al monte de los Olivos cerca de Betania. Allí él levantó sus manos para bendecirlos. Y mientras los bendecía, fue llevado al cielo delante de sus maravillados ojos, hasta que una nube lo ocultó de su vista (Lucas 24:50,51; Hechos 1:9). Así Jesús formal y

visiblemente puso fin a su ministerio en la tierra y comenzó su reinado en gloria. El hecho de que Jesús ascendió visiblemente, sin embargo, no significa que él está ahora confinado a un local o lugar restringido. Jesús, como el eternamente exaltado Dios-hombre, de acuerdo con sus promesas y sus dos naturalezas, está presente en todas partes, no visiblemente, sino espiritual e invisiblemente. Esa omnipresencia es una bendición especial para sus creyentes, que apreciamos su promesa de partida: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20). Cada día los creyentes tenemos la promesa de nuestro Señor ascendido que él está reinando en nuestros corazones. Cada día tenemos la seguridad que él está caminando a nuestro lado como nuestro Pastor y Salvador, Guardián y Amigo (Mateo 18:20).

El cielo al cual Jesús ascendió, no debe ser considerado como limitado en modo alguno o como una parte del mundo físico creado. Si eso fuera verdad, la ascensión habría sido solamente una clase de odisea al espacio, en la cual Jesús fue transportado físicamente de un lugar a otro. Sin embargo la Biblia dice que el Jesús ascendido está sentado “en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad, poder y señorío” (Efesios 1:20,21). Glorificado y ascendido, su obra redentora completa, Jesús ha abandonado todas las limitaciones de tiempo y espacio, y vive y reina con el Padre y el Espíritu en la gloria eterna. Pensar ahora en la existencia de Jesús limitada en alguna manera, o especular, como hacen los reformados, que visto que Jesús ha ascendido al cielo, él no puede estar físicamente en la Santa Cena, es limitar lo que es ilimitado. Esto es tratar de comprender lo que no puede ser comprendido por la razón humana.

Sentado a la diestra de Dios

Junto con la ascensión de Jesús al cielo va la verdad que él

está sentado a la diestra de la majestad de Dios. La diestra de Dios es lenguaje figurado para la gloria y majestad de Dios. Estar a la diestra de Dios, significa ocupar el oficio de supremo poder y dominio. El hecho que Cristo está sentado a la diestra de Dios significa que él, el exaltado Dios-hombre, ejercita todo el poder, todo el gobierno, y toda la autoridad, de Dios. Él gobierna el universo entero como Rey de reyes y Señor de señores (Apocalipsis 17:14). Esta divina majestad ha pertenecido a Jesús desde la eternidad, y fue comunicada a su naturaleza humana en su encarnación. Durante su humillación, se abstuvo de hacer pleno uso de ella según su naturaleza humana. Ahora su naturaleza humana participa plenamente en el ejercicio de su reino majestuoso.

La ascensión de Jesús y el hecho que está sentado a la diestra de Dios, son también fuentes maravillosas de consuelo para los cristianos. Piénselo. Él, que se humilló a él mismo para salvarnos, ahora reina con ilimitado poder y majestad sobre todas las cosas en el cielo y en la tierra. Él que es Señor sobre todo es también la cabeza de su iglesia, su cuerpo espiritual. Él utiliza su soberano poder para el bienestar de sus creyentes (Efesios 1:22). Él protege su iglesia y le otorga los dones que necesita para cumplir su misión, incluyendo pastores, maestros, evangelistas, misioneros, y líderes (Efesios 4:11). Él dirige los asuntos de este mundo para que todas las cosas últimamente obren para el bien de los creyentes. Además, él prepara un lugar para cada creyente en las moradas eternas del cielo (Juan 14:2).

Él volverá a juzgar al mundo

Un día el Salvador volverá en gloria como juez de toda la tierra. Él mismo ha prometido que volverá visiblemente en las nubes del cielo, acompañado por sus ángeles. Cuando él regrese, todos los habitantes de la tierra: lo verán, lo conocerán y reconocerán su señorío (Mateo 24:30,31). Por el

poder de su palabra omnipotente, él: levantará los muertos, unirá sus cuerpos y almas, y públicamente pronunciará juicio sobre todas las personas (Juan 5:27-29). Creyentes, con cuerpos glorificados y unidos con sus almas, serán invitados a participar en la perfección y la paz perfecta de la vida eterna con él. Los incrédulos serán enviados fuera de su presencia para siempre a la eterna vergüenza, el tormento, y la desgracia (Mateo 25:31-46). El día del regreso de Jesús: será un impresionante día, la edad presente terminará y el universo tal como lo conocemos será destruido (2 Pedro 3:10). Pero para los creyentes será un día en el cual se levantarán y erguirán sus cabezas, porque su redención está cerca (Lucas21:28).

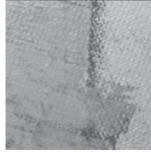
Como la humillación de Cristo, se llevó a cabo para nosotros y para nuestra salvación, así ocurrió con su exaltación. Se humilló a él mismo para ser nuestro Redentor. Su exaltación demuestra que su obra redentora tuvo éxito en todos los sentidos y ahora reina como Señor de todos. Los creyentes pueden vivir cada día en alegría y paz, que emanan de la seguridad de que sus pecados son perdonados y ellos están reconciliados con Dios. Además, pueden vivir con la confianza que el Cristo exaltado vencerá a todos sus enemigos y los de la iglesia, y un día será confesado por todos como Rey de reyes y Señor de señores.

A Cristo coronad divino Salvador,
Sentado en alta majestad es digno de loor
Al Rey de gloria y paz loores tributad,
Y bendecid al Inmortal por toda eternidad. (*Cantos de
Alabanza y Adoración 73:1*)

Parte III

EL TRIPLE OFICIO

DE CRISTO



9

Cristo el Sumo Sacerdote

Jesucristo, la maravillosa persona, Dios-hombre, realizó una obra igualmente maravillosa. La obra que le designaron y que él asumió voluntariamente fue la salvación de la humanidad. Él mismo declaró que “el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10). Todo lo que Jesús hizo, y aún hace, sirve a este gran propósito, y es motivado por la gracia de Dios por la humanidad perdida.

Todo lo que Jesús ha hecho y sigue haciendo para la salvación de la raza humana puede ser convenientemente agrupado en tres categorías, a las que la iglesia ha llegado a referirse como el “triple oficio de Cristo”. Cada uno de estos tres oficios corresponde a, y se puede decir que ha sido presagiado por, oficios instituidos por Dios entre su pueblo del Antiguo Testamento para su beneficio. Tanto el Antiguo como

el Nuevo Testamento declaran que Jesús, en respuesta a la necesidad humana, fue enviado a predicar el evangelio a los pobres (Profeta). Él fue enviado para reconciliar al mundo con Dios a causa del pecado y llevar el castigo que los pecadores merecen (Sumo Sacerdote). Y le enviaron para gobernar la iglesia como su cabeza y gobernar el mundo para el interés de sus creyentes (Rey). Las profecías del Antiguo Testamento presentan al Salvador en esta triple actividad. Moisés habla del gran profeta que Dios levantaría, a quien todos debemos escuchar (Deuteronomio 18:15-19). Los salmos llaman al Mesías: “sacerdote” (Salmo 110:4) y “r” (Salmo 2:6).

Dado que Cristo no está dividido, los tres oficios tampoco están divididos. Jesús no realizó las funciones de un oficio independientemente del otro. Pero usamos las clasificaciones propuestas para los tres oficios para una mayor claridad en la presentación y la comprensión de la obra de Jesús. Él es nuestro: Profeta, Sumo Sacerdote, y Rey.

El nombre, y más específicamente el título *Cristo* (Hebreo: *Mesías*), es usado en conexión con los oficios de nuestro Salvador. *Cristo* significa “el ungido”. En los tiempos del Antiguo Testamento, la unción (ceremonialmente verter aceite en la cabeza de una persona) era una señal de Dios de que la persona ungida había sido apartada por Dios para: un servicio, tarea o trabajo especial. Los reyes fueron los más frecuentemente ungidos. Pero los profetas, al menos en algunas ocasiones, fueron ungidos también (Eliseo: ver 1 Reyes 19:16). Los sacerdotes fueron formalmente consagrados para la realización de su oficio solemne. En la profecía de Isaías 61:1, el Mesías prometido habla de él mismo como “ungido” con el Espíritu de Dios. La Biblia enseña que al momento de su encarnación, Jesús entró en el triple oficio que había sido determinado para él en los consejos eternos del Dios trino. El descenso del Espíritu sobre él en forma visible después de su bautismo marcó su

iniciación formal en su ministerio y dio pruebas de que él es el único y especial Ungido de Dios (Mateo 3:16).

Cristo se ofreció a él mismo como el sacrificio por el pecado

Como sumo sacerdote, Jesús compró la gracia para los pecadores. Un sacerdote en la Escritura es aquel que por la intercesión y sacrificio, sirve como instrumento para que sean reconciliados los seres humanos pecaminosos con Dios. Un sacerdote trata con Dios como mediador, en nombre de y en lugar de la humanidad, representando a los seres humanos delante de Dios.

En la época del Antiguo Testamento, Dios ordenó para su pueblo un cuidadoso sistema de sacerdotes y sacrificios para su pueblo. Mientras los sacerdotes funcionaron como intermediarios entre Dios y el pueblo, orando y ofreciendo los sacrificios prescritos a favor del pueblo, los israelitas fueron recordados diariamente de verdades espirituales vitalmente importantes. Por ejemplo, fueron recordados que sus pecados los había separado del Dios santo, y que Dios exige el pago de los pecados, el cual él define. Además, fueron recordados que con Dios no puede haber perdón sin derramamiento de sangre (Hebreos 9:22). También fueron recordados que los sacrificios hechos por los sacerdotes tenían valor expiatorio sólo porque Dios en su gracia los enlazó con su más importante promesa. Esa promesa, hecha en primer lugar a Adán y Eva, luego renovada a los patriarcas y a las siguientes generaciones del pueblo del Antiguo Testamento, les dijo del Salvador que un día pondría fin a este sistema sacerdotal, ofreciéndose él mismo como el último y definitivo sacrificio por el pecado. El Nuevo Testamento deja claro que todo el sistema sacerdotal y sacrificial del Antiguo Testamento, encuentra su cumplimiento final en Cristo.

El trabajo de los sacerdotes del Antiguo Testamento

consistió principalmente en ofrecer sacrificios en nombre del pueblo e interceder ante Dios por ellos. El oficio sacerdotal de Cristo consiste también en su labor de mediación entre Dios y los pecadores. Él reconcilió al mundo de pecadores con Dios por su obra expiatoria e intercede con Dios continuamente en su nombre. El Salvador, el Cristo, fue expresamente llamado sacerdote en el Antiguo Testamento. Zacarías 6:13, una profecía mesiánica, habla del Cristo como el “sacerdote” que “se sentará” al lado de Dios el Padre. Salmo 110:4, llama al Mesías: “sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec”. En el Nuevo Testamento, el argumento completo de Hebreos capítulos 5 al 10 es que Cristo es el gran Sumo Sacerdote que cumplió todas las representaciones del Antiguo Testamento y reconcilió al mundo de pecadores con Dios. La descripción de la Biblia de las funciones sacerdotales de Jesús, sin embargo, no se limita sólo a los pasajes en los que la palabra *sacerdote* es usada. Todas las referencias a Jesús como: el mediador (1 Timoteo 2:5), el Cordero de Dios (Juan 1:29) e intercesor (Romanos 8:34) también tienen que ver con su oficio y obra de sumo sacerdote.

Como el último sumo sacerdote, Jesús reconcilió la pecaminosa raza humana con Dios. Lo hizo ofreciéndose a él mismo a Dios como sacrificio expiatorio por los pecados de toda la humanidad. El apóstol Pablo en 1 Timoteo 2:6, afirma que Cristo “se dio a sí mismo en rescate por todos”. El apóstol Juan declara: “Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2).

El carácter único del sacerdocio de Cristo es evidente, al ver tanto su persona como su obra. Los sacerdotes del Antiguo Testamento eran humanos; tenían pecados y debilidades. En el Antiguo Testamento, los ritos prescritos por Dios exigieron que aquellos sacerdotes primero ofrecieran sacrificios por ellos mismos y por sus propios pecados; luego podrían ofrecer

sacrificios por el pueblo (Hebreos 5:1-3). Jesús es el Hijo de Dios, santo y perfecto. Él no necesita ofrecer un sacrificio por él mismo (Hebreos 7:26,27). Por supuesto los sacerdotes del Antiguo Testamento eran distintos a sus sacrificios, es decir, que ellos no se ofrecieron a ellos mismos como sacrificio, sino ofrecieron animales en los altares de sacrificio, como lo requería la Ley Mosaica. Además, ellos repitieron aquellos sacrificios una y otra vez, día tras día. Jesús sirvió como sacerdote y sacrificio. Él se sacrificó a él mismo en el Calvario como cumplimiento de todas las promesas de Dios, incluyendo las promesas implícitas del sistema sacerdotal del Antiguo Testamento. Como tal, él se convirtió en el gran sacrificio por los pecados de toda la humanidad. Todos los anteriores sacrificios ofrecidos bajo el sistema del Antiguo Testamento derivaron su valor de su relación con el sacrificio de Cristo en la cruz.

Visto que Jesús se ofreció a él mismo como el sacrificio, no son necesarios más sacrificios por el pecado (Hebreos 9:26). A través de la gran obra sacerdotal de Jesús, Dios está completamente y por todo el tiempo reconciliado con los pecadores. Y por consecuencia, la humanidad es liberada de todas las terribles consecuencias del pecado, es decir la muerte, el dominio del pecado, y el poder del diablo. La Biblia nos recuerda constantemente que nuestra liberación del pecado a través del gran y perfecto sacrificio de Cristo, es la causa y la fuente de todas las demás bendiciones espirituales y eternas (Romanos 8:32).

La satisfacción vicaria

La obra de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote se describe algunas veces como la *satisfacción vicaria*. Este término, aunque no se encuentra en la Escritura como tal, ha sido adoptado por la iglesia para describir lo que la Escritura enseña. *Vicario* significa: “sustituto”. La *satisfacción vicaria*

y la *expiación vicaria* están relacionadas al pago sustituto que Jesús, el Dios-hombre, presentó a Dios de acuerdo con el plan de Dios para nuestro beneficio como nuestro Sumo Sacerdote y Salvador. Estos términos traen a la mente el pecado del hombre, la gracia de Dios, y su plan eterno de restaurar la relación rota por el pecado entre él y los pecadores, de tal modo de reconciliar a los pecadores con él mismo.

La justicia de Dios demanda de cada ser humano la perfecta obediencia moral a la voluntad de Dios (Mateo 5:48; Santiago 2:10). Se pronuncia condena eterna como la maldición de Dios sobre aquellos que no son perfectos. Dado que cada persona desde Adán hasta nuestros días, nace pecador y continuamente infringe la ley perfecta de Dios por pecaminosos pensamientos, palabras, y obras, cada ser humano está condenado como culpable delante Dios (Romanos 3:9-20). Todo ser humano merece de Dios “ira y desagrado, la muerte temporal y la condenación eterna”.²⁸ El último castigo que exige la justicia de Dios para el pecado es la eterna muerte física y espiritual (Romanos 6:23). Ningún ser humano podemos hacer nada para cambiar nuestro estado de culpables ante los ojos de Dios. A menos que Dios mismo intervenga para rescatarnos, todos los seres humanos, sin excepción, estamos indefensos, sin esperanza, y espiritualmente eternamente condenados.

Pero la satisfacción vicaria, o *expiación vicaria*, es lo que Dios en Cristo ha hecho para rescatar y salvar a los pecadores que no podemos salvarnos a nosotros mismos. Como nuestro Sumo Sacerdote, Jesús voluntariamente fue el sustituto perfecto de la humanidad. Dios ofreció a Cristo, y Cristo voluntariamente aceptó en lugar de la humanidad, la obligación de guardar perfectamente la ley y soportar el castigo que la ley demanda de los que la infringimos. Cristo asumió esta obligación y la llevó a cabo. Él cumplió la ley perfectamente en nuestro lugar, y sufrió y murió para pagar el

castigo exigido por la justicia de Dios como el precio del rescate por nuestros pecados y los de todo el mundo. Lo hizo todo vicariamente, es decir, en nuestro lugar, como nuestro sustituto, para nuestro beneficio (Isaías 53:4-6). A través de la satisfacción vicaria de Jesús, su obediencia y muerte sustituta, la ira de Dios contra la raza humana se aplacó; su justicia fue completamente satisfecha.

La obediencia activa de Cristo

La gran obra sacerdotal de Cristo, fue una obra que implicó obediencia. Como nuestro sustituto, él se puso voluntariamente bajo la ley y la voluntad del Padre. La obediencia de Cristo al Padre como nuestro sustituto sacerdotal, generalmente se divide entre su *obediencia activa* y su *obediencia pasiva*. Para reconciliar la humanidad pecaminosa con Dios, nuestro Sumo Sacerdote tuvo que hacer dos cosas; ambas requerían perfecta obediencia. Tenía que satisfacer las justas exigencias de la ley santa de Dios, cumpliéndolas perfectamente (obediencia activa). Y tuvo que satisfacer las exigencias de la justicia de Dios mediante el pago de la pena, es decir, el pago del rescate que la justicia exigió por los pecados de todo el mundo, la pena de muerte (obediencia pasiva).

La obediencia activa de Jesús consistió en cumplir la ley de Dios perfectamente como sustituto de la humanidad. Dios es santo. En el principio él creó al hombre y a la mujer santos y sin pecado. Como el santo Creador, él exige, y tiene todo el derecho a exigir, que sus criaturas seamos y permanezcamos santas, como él es santo (Levíticos 19:2). Pero nuestros primeros padres escucharon la voz del tentador, rebelándose contra Dios y cayeron en pecado. Desde ese terrible momento, todos los seres humanos somos pecadores. Desde el momento de la concepción, la naturaleza pecaminosa se transmite de padres a hijos. Esa naturaleza aborrece a Dios y sólo se inclina

hacia el mal (Romanos 8:7), rebelándose constantemente en todo tipo de malas acciones y deseos. Desde la caída, ningún ser humano ha sido o puede ser perfecto (Romanos 3:20). Nadie puede satisfacer las justas exigencias de la santa ley de Dios. Ningún ser humano podemos dar “obediencia activa” a Dios o ganar la justicia de Dios por medio de nuestros actos. Sin el perfecto cumplimiento de la ley, es imposible la relación pacífica con Dios. Tampoco podemos los seres humanos caídos, por medio de nuestras acciones, restablecer la relación que ha sido rota por el pecado.

Para satisfacer la santidad de Dios y las justas exigencias de la ley, el Hijo de Dios se hizo hombre. Él nació en este mundo sin la mancha del pecado heredado. Él fue concebido por un milagro del Espíritu Santo en la matriz de la virgen María. Como sustituto de la humanidad, Jesús se puso bajo la ley que Dios exige a los seres humanos cumplir perfectamente. Como nuestro Sumo Sacerdote, él asumió todas nuestras obligaciones bajo la ley. En nuestro lugar por medio de su vida sin pecado, él cumplió la ley perfectamente (Hebreos 4:15; 1 Pedro 2:22). Aquel fue un acto maravilloso de humillación. Voluntariamente por nosotros y en nuestro lugar él se puso bajo la ley. Fue el exitoso acto de sustitución sacerdotal.

Ahora Dios acredita el perfecto cumplimiento de la ley de Cristo, es decir, su obediencia activa, a nosotros los pecadores (Romanos 5:19). En virtud de la obediencia de nuestro Sumo Sacerdote, Dios ve que hemos cumplido nuestras obligaciones bajo la ley. Él nos ve perfectos y sin pecado. Así pues, la vida santa de Cristo no es solamente un patrón o ejemplo para nosotros, o algún tipo de requisito previo para su sufrimiento, sino que es una parte integral del pago que Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, ofreció a Dios por la redención del mundo. La importancia de la obediencia activa de Cristo no puede ser mal entendida. Sin ella, incluso su obediencia pasiva habría

sido insuficiente para completar el plan de salvación de Dios para los pecadores.

La obediencia pasiva de Cristo

Por otro lado, la obediencia pasiva de Cristo incluyó todo lo que él permitió que le ocurriera, inclusive y especialmente su sufrimiento y muerte, lo cual satisfizo las exigencias de la justicia de Dios y pagó nuestros pecados. Dios es absolutamente santo y justo. Él no aprueba el pecado, sino que exige que todo pecado sea castigado. Además, él no perdonará el pecado a menos que se pague de acuerdo con sus exigencias. Su justicia tiene que ser perfectamente satisfecha. Es absolutamente imposible la reconciliación entre los pecadores y Dios sin la expiación completa por el pecado.

Dado que los seres humanos no podemos satisfacer la justicia de Dios u ofrecer a Dios un rescate suficiente para pagar por cualquiera de nuestros pecados, Cristo, como el sumo sacerdote, tomó el lugar de todos los pecadores. Sólo él pudo ser tal sustituto, porque solamente él es perfecto Dios y perfecto hombre. Como sustituto perfecto de la humanidad, Jesús tomó sobre él todo pecado cometido por cada ser humano que haya vivido, que viva, y que llegue a vivir. Él llevó sobre él mismo la culpa de todo pecado. En su perfecta e imponente justicia, Dios el Padre desató sobre su Hijo inocente el peso completo del castigo eterno merecido por todo pecado. Fue esa inconmensurable carga de pecado y de culpabilidad, que recayó sobre él, lo que causó que el alma inocente de Jesús se abrumara de pesar. Fue el eterno castigo del infierno lo que él estaba soportando por todos los pecadores, que sacó de sus labios en el Calvario aquel grito de angustia distinto de cualquier otro jamás oído: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46). Su sufrimiento de castigo del infierno por todo pecador, fue el colmo de su humillación así como su obediencia pasiva.

Ya que por su obediencia, Cristo satisfizo completamente la justicia de Dios y expió los pecados de todo el mundo, Dios ya no nos imputa más nuestros pecados. En lugar de ello, él declara la deuda de pecado pagada (2 Corintios 5:19, 21). Por medio de sus vicarios sufrimiento y muerte, Jesús satisfizo las exigencias de la justicia de Dios. El pleno castigo por los pecados del mundo ha sido hecho. En Cristo, Dios ha reconciliado al mundo de pecadores con él mismo. Los pecadores ya no somos responsables por el castigo que merecemos por nuestros pecados (Romanos 5:18). Jesús pagó todo.

En Romanos 5:10, Pablo hermosamente describe la satisfacción vicaria de Cristo, lograda a través de su obediencia: “Siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo”. Por medio de su sustitución vicaria, Jesús asumió nuestras obligaciones bajo la ley y nuestro castigo por infringir esa ley. Así pues, la ira de Dios contra el pecado se aplacó, no por un decreto arbitrario del poder de Dios, sino debido a la obra sumosacerdotal de Cristo en su obediencia activa y pasiva. La satisfacción vicaria de Cristo equilibró las cuentas de la humanidad con Dios. Esta obra fue hecha en nombre de todo el mundo, de todo pecador, sin excepción (1 Juan 2:2). El Padre mostró al mundo que había aceptado la obra vicaria de Jesús, resucitándolo de los muertos (Romanos 4:25). El evangelio trae las buenas nuevas que en Cristo, Dios ha declarado paz con los pecadores. Él ha reconciliado al mundo con él mismo (2 Corintios 5:19). A través del anuncio del evangelio de la satisfacción vicaria de Jesús, el Espíritu Santo ofrece y da personalmente a los pecadores las bendiciones y el nuevo estatus con Dios, que Jesús compró y ganó por ellos y los cuales son recibidos a través de la fe.

Fue el amor lo que provocó a Dios a reconciliar al mundo de pecadores con él mismo, por medio de la vida perfecta y

muerte inocente de su propio Hijo. Este asombroso amor no dejó de lado su justicia sino que la incluye. La vida perfecta que Dios exige de nosotros fue exigida de Cristo. El castigo que los seres humanos merecemos por nuestros pecados fue impuesto a Cristo.

Sólo Cristo pudo haber logrado esta satisfacción vicaria para nosotros, porque sólo él es el Dios-hombre. La redención del alma es tan costosa que todos los tesoros del mundo no podrían haberla obtenido (Salmo 49:7,8). Aquí un hombre rico no tiene absolutamente ninguna ventaja sobre su vecino más pobre. Los seres humanos pecadores simplemente no podemos pagar el rescate que exige la justicia de Dios por nosotros mismos, mucho menos por otros. Tampoco puede un corazón lleno de dolor, lágrimas penitentes, sacrificios rituales, o cualquier cantidad de buenas obras, ocultar las transgresiones humanas. El valor de un sacrificio o pago por el pecado debe estar a la altura de la grandeza de quien tiene que ser apaciguado y reconciliado. Sólo el sacrificio de Jesús, el Dios-hombre, pudo lograr la redención de la raza humana. Su naturaleza humana le permite ser el sustituto de los seres humanos. Su naturaleza divina le da un valor infinito a su sacrificio. Esto hace su único, gran sacrificio en el Calvario, suficiente para expiar los pecados de todo el mundo.

La exposición del Catecismo de Lutero clara y brevemente dice: “Como el Sumo Sacerdote, Cristo representó a todo el mundo ante Dios y se sacrificó a sí mismo por los pecados de todos.”²⁹ Si la necesidad o suficiencia de la obra sumosacerdotal de Cristo es negada, el fundamento de la doctrina cristiana es destruido y no hay expiación por el pecado. Que consuelo y paz llena los corazones de los cristianos al saber que el Espíritu nos conduce a fundar nuestra fe sobre el sólido y objetivo fundamento de la satisfacción vicaria de Jesús, nuestro gran Sumo Sacerdote.

Cristo intercede por los pecadores

La obra sumosacerdotal de Cristo, como la de los sacerdotes del Antiguo Testamento, también incluyó y todavía incluye, la intercesión por los pecadores delante de Dios. Durante su ministerio terrenal, Jesús oró frecuentemente por el bienestar espiritual de aquellos a quienes él había venido a servir (Lucas 22:32). Él oró por sus discípulos, y por todos los futuros creyentes, en su gran oración sumosacerdotal registrada en Juan capítulo 17. Él oró aun por sus enemigos (Lucas 23:34) y por los malvados, para que vinieran a la fe. Él oró por los creyentes, para que retuviéramos las bendiciones que él vino a ganar y concedernos.

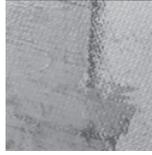
En su estado de exaltación, Jesús no necesita ofrecer más sacrificios por los pecados. Eso fue consumado de una vez por todas por medio de su sacrificio en el Calvario (Juan 19:30; Hebreos 9:12). Pero en su estado de exaltación, Cristo como sumo sacerdote continúa intercediendo por los pecadores. Pablo lo dice claramente en Romanos 8:34: “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros”. Sobre la base de su obra redentora, terminada en su estado de humillación, Jesús, en los consejos eternos de Dios ahora y continuamente, intercede por los pecadores. La Biblia lo representa como si estuviera recordando al Padre constantemente lo que logró como sustituto perfecto de los pecadores. Cristo “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25). Él aboga constantemente que los méritos de su obra expiatoria sean aplicados a los pecadores para su justificación y salvación.

Debido a que la intercesión de Cristo tiene lugar en los consejos eternos de la santísima Trinidad, es imposible para nosotros entender la manera exacta en que se lleva a cabo.

Pero la Biblia nos asegura que la intercesión de Cristo por nosotros en el cielo es real y es eficaz. Tiene autoridad; es: sabia, comprensiva, justa, compasiva, única y perpetua. Además, tiene valor práctico para nosotros. Cuando los creyentes caen en pecado, el diablo, nuestro gran adversario, intenta acusarnos ante Dios. Pero Jesús, nuestro gran abogado sacerdotal, constantemente intercede por nosotros. “Pero si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1). Cristo, por lo tanto, hace ineficaces las acusaciones del diablo, señalando el hecho de que él ha hecho expiación por todos nuestros pecados. Es consolador para los cristianos saber que nuestro gran Sumo Sacerdote tiene interés personal en nosotros y aboga constantemente por nuestra causa ante el Padre. Es consolador saber que a pesar del hecho que pecamos diariamente, él nos protege con los méritos de su redención, en la que ponemos nuestra confianza.

La intercesión sumosacerdotal de Cristo es principalmente hecha por los creyentes, pero él también ora por el mundo. Él no ora para que el mundo pueda continuar en sus malos caminos, sino para que el tiempo de gracia de Dios pueda ser extendido. Él ora para que más gente pueda escuchar el evangelio y ser salvados. El hecho que el mundo aún existe y que el evangelio todavía es proclamado se debe a la intercesión sumosacerdotal del Salvador. Esa misma intercesión apoya la obra misionera de los creyentes y la reunión de almas en el reino del Salvador. Alienta la reunión y conservación de la iglesia.

¡Qué consuelo y fuente de fortaleza espiritual es para nosotros los cristianos saber que aun ahora en el cielo nuestro exaltado Salvador está continuamente sirviéndonos como nuestro gran Sumo Sacerdote! ¡Vive siempre para interceder por nosotros (Hebreos 7:25)!



10

Sumo sacerdote según el orden de Melquisedec

El oficio sumosacerdotal de Jesús, al igual que sus oficios de profeta y rey, fueron precedidos por el oficio sacerdotal que funcionó entre el pueblo de Dios en la época del Antiguo Testamento. Dios ordenó que los descendientes de Aarón sirvieran como sacerdotes. Dado que eran levitas, nos referimos a menudo a la orden sacerdotal del Antiguo Testamento como el “sacerdocio levítico”. Los lavamientos y purificaciones, las prendas sagradas, el abstenerse de vino y bebidas fuertes, todos de alguna manera anunciaban la persona y obra de Cristo. Lo mismo ocurrió con los requisitos de aquellos que se desempeñaron como sacerdotes para evitar corrupción y estar libres de defectos físicos. Sobre todo, el sacerdote del Antiguo Testamento prefiguró a Cristo cuando

ofreció los sacrificios divinamente prescritos por el pecado. Todo el sistema expiatorio del Antiguo Testamento fue una figura profética. Fue un recordatorio constante para el pueblo de Dios de que un día el máximo sumo sacerdote de Dios ofrecería a Dios el gran sacrificio final y completo por el pecado. Esto lo hizo Jesús cuando él mismo se ofreció en la cruz. El hecho de que Dios en su gracia conectó aquellos sacrificios del Antiguo Testamento con sus promesas del evangelio y la ofrenda por el pecado que Cristo haría convirtió a los sacrificios en una especie de medios de gracia del Antiguo Testamento. A través de los sacrificios Dios no solamente garantizó sino comunicó a su pueblo el perdón de pecados a través del Salvador que viene.

La epístola a los Hebreos en el Nuevo Testamento, principalmente del capítulo 5 al 10, ofrece un maravilloso comentario sobre el sumo sacerdocio de Cristo y su cumplimiento de todo lo que el sistema sacerdotal del Antiguo Testamento señaló. Al hacerlo, nos muestra las similitudes entre las funciones de los sacerdotes levíticos del Antiguo Testamento y la obra sacerdotal de Jesús. Sin embargo, también señala diferencias claras entre los dos. Hebreos 7:26 llama a Jesús el sumo sacerdote que es “santo, inocente, sin macha, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos”. El sacerdote levítico del Antiguo Testamento era una figura del gran Sumo Sacerdote que iba a venir. Ellos eran y permanecieron pecadores; tuvieron que ofrecer sacrificios por ellos mismos, así como por la gente a la que sirvieron. Tuvieron que ofrecer esos sacrificios repetidamente. Jesús, el Sumo Sacerdote perfecto, no tenía ningún pecado por el cual fueran requeridos sacrificios. Para lograr su obra sumosacerdotal, él tuvo que ofrecer un solo sacrificio, el sacrificio de él mismo (Hebreos 7:27; 9:25,26).

La singularidad del sacerdocio de Cristo, así como su superioridad al sacerdocio levítico, también se demuestra en

esta sección de Hebreos por una referencia a Cristo como “sumo sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (6:20).

¿Quién fue Melquisedec? ¿Por qué fue su sacerdocio superior al sacerdocio levítico? ¿Y por qué se compara con el sacerdocio de Cristo? Melquisedec es una de las más intrigantes figuras en la Escritura. Él aparece en las páginas de la historia bíblica una sola vez, en Génesis capítulo 14. Allí leemos la historia de que Abram persiguió y derrotó las fuerzas de los reyes enemigos que habían invadido Sodoma y tomado cautivo a muchos de los ciudadanos, incluyendo a su sobrino Lot. Abram después de rescatar a Lot y a los demás, en su viaje de regreso a casa se encontró con Melquisedec. El texto de Génesis llama a Melquisedec “rey de Salem” y “sacerdote del Dios Altísimo” (Génesis 14:18). Melquisedec bendijo a Abram, y Abram dio a Melquisedec una décima parte de todo el botín de guerra. Entonces, de la misma misteriosa manera que apareció, Melquisedec desapareció. Pero tanto el escritor del Salmo 110 en el Antiguo Testamento, como el escritor de la epístola a los Hebreos en el Nuevo, describen a Jesús como un “sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (Salmo 110:4; Hebreos 6:20). ¿Qué quieren decir? ¿Y qué podemos aprender acerca del sacerdocio de Jesús al estudiar el de Melquisedec?

El nombre Melquisedec parece ser importante; significa: “rey de justicia” (Hebreos 7:2). *Salem* se deriva de la palabra hebrea para la paz (*Shalom*). La religión de Noé, su hijo Sem y sus descendientes habían sido de alguna manera preservados en Salem, donde Melquisedec sirvió como rey y sacerdote. Es evidente que Melquisedec ejerció una función sacerdotal cuando bendijo a Abram. Abram, a su vez, reconoció a Melquisedec y su oficio, presentando a Melquisedec el diezmo. Abram fue un gran hombre. Dios le había hecho grande. No obstante, aquí por sus acciones, reconoció a

Melquisedec como alguien digno de su honor. El autor a los Hebreos argumenta que si Abram reconoció a Melquisedec como superior a él mismo, entonces el sacerdocio de Jesús, que el Salmo 110 vincula con aquel Melquisedec, es mayor que el sacerdocio levítico administrado por los descendientes de Abram de la tribu de Leví (Hebreos 7:4-9).

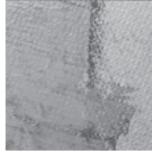
El Salmo 110:4 se refiere a Melquisedec y su sacerdocio cuando habla del Mesías. En este salmo se nos dice que el Señor de David, el Mesías que viene, no sólo gobernaría como rey, sino también como sacerdote. Su sacerdocio, como su reinado, no sería solamente por una generación, sino que perduraría para siempre. Como eterno Rey y Sacerdote “según el orden de Melquisedec”, el Mesías ejercería el sacerdocio superior al sacerdocio levítico. Y él ofrecería el mayor sacrificio. Es evidente que no se describe a un simple mortal aquí. Este único rey y sacerdote no es sólo el hijo de David, sino también el Señor de David.

De acuerdo con el tema general del sacerdocio superior de Cristo, el escritor a los Hebreos en el Nuevo Testamento señala que el sacerdocio de Jesús cumple los consejos de Dios como se revelan en el Antiguo Testamento. El sacerdocio levítico y sus ceremonias y ordenanzas ya no tienen efecto (Hebreos 7:18,19). Cristo, el superior sumo Sacerdote, ha venido. Su sacerdocio es superior porque es acompañado por real majestad. Y es eterno, tal como fue prefigurado por la aparición y sacerdocio único de Melquisedec.

A diferencia de Jesús, Melquisedec fue solamente un ser humano. Sin embargo, su misteriosa aparición y desaparición en el registro bíblico ilustra algunas de las cualidades únicas del oficio sacerdotal de Jesús. Nada se nos dice en los pasajes de la Escritura acerca de: la ascendencia de Melquisedec, su proge, nacimiento o muerte; esa información no es necesaria. Él simplemente aparece como un sacerdote y rey en esta narrativa, y luego desaparece. La rapidez con la que la

Escritura abre la cortina de Melquisedec y la cierra de nuevo es la manera en que Dios utiliza esta figura como una inusual imagen de Jesús, cuyo sacerdocio se distingue de los demás. Melquisedec aparece como el único sacerdote de su clase u orden. Jesús, verdadero Dios y hombre, no comparte su sacerdocio con nadie, sino que lo llevó a cabo y sigue llevando a cabo las funciones únicas de su oficio él mismo. La Biblia no habla de ningún predecesor o sucesor de Melquisedec. El sacerdocio de Jesús no depende de ninguna ascendencia, como el sacerdocio levítico. Tampoco Cristo necesita un sucesor, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable (Hebreos 7:24). Y en Cristo, como en Melquisedec, se combinan los oficios de sacerdote y rey, algo que no se les permitió a los sacerdotes levíticos.

Con el advenimiento de Jesús y su sacerdocio único, el sacerdocio del Antiguo Testamento, junto con las leyes que lo rigen y los rituales que fueron propios de ella, llegó a su fin (Hebreos 8:13). Ellas habían cumplido su propósito de presagiar el sacerdocio de Cristo. Cristo es el último sumo sacerdote de orden superior. Su sacrificio es definitivo y aprovecha para siempre. Él es el único sumo sacerdote que los seres humanos necesitamos ahora y necesitaremos siempre. Él es el “sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec”.



11

Cristo el Profeta

Un profeta, como la Biblia describe el oficio, es un embajador, uno que habla por Dios. Un profeta hace conocer la palabra y la voluntad de Dios a los seres humanos. En la época del Antiguo Testamento, Dios habló a sus profetas. Los profetas, a su vez, divulgaron el mensaje de Dios al pueblo. Hubo varias maneras en que Dios dio evidencia a los contemporáneos de un profeta que tenía autoridad para hablar en nombre de él. Ocasionalmente la designación de un hombre como profeta fue anunciada por medio del acto formal de la unción. Dios, por ejemplo, le ordenó al profeta Elías ungir a Eliseo como su sucesor en el oficio profético (1 Reyes 19:16). A veces el oficio de profeta fue conferido por un llamamiento divino e inmediato (Jeremías 1:7). A veces los

profetas estaban dotados con asombroso poder, para establecer la verdad y la autoridad, del mensaje que proclamaban.

El mensaje, sin embargo, era lo importante. Todo israelita era consciente que había una doble prueba de la autoridad de un profeta. Primero, si un profeta predijo algo que no se cumplió, el profeta no era de Dios (Deuteronomio 18:21,22). Los profetas verdaderos hablaron palabras que se hicieron realidad. Segundo, si un mensaje estaba de acuerdo con lo que Dios había revelado previamente, el profeta era de Dios y su mensaje debía ser aceptado. Si el mensaje era contrario a la palabra de Dios, tanto el mensaje como el profeta debía ser rechazados (Isaías 8:20).

Cristo es el más grande Profeta

Que Cristo es el más grande de los profetas de Dios, se predijo en el Antiguo Testamento y se confirmó en el Nuevo Testamento. En Deuteronomio capítulo 18, Moisés, el más grande de los profetas del Antiguo Testamento, prometió que Dios un día levantaría al profeta, incluso superior a él mismo (versículo 15). A todas las personas les haría falta escuchar las palabras de este Profeta. Isaías también ilustró al Siervo de Dios, el Mesías, como el profeta que predica “buenas noticias a los pobres” (Isaías 61:1). Ezequiel describió al Mesías como apacentando el rebaño, llevando a cabo la función profética de la predicación y la enseñanza (Ezequiel 34:23). El escritor del Nuevo Testamento a los Hebreos declaró a Jesús ser el más grande profeta cuando él escribió: “Dios habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo” (1:1,2).

El pueblo de Dios esperó un profeta extraordinario, a quien ellos relacionaron con sus expectativas mesiánicas. Las cinco mil personas que Jesús alimentó lo reconocieron como “el

Profeta que había de venir” (Juan 6:14). Oyendo a Jesús citar el Antiguo Testamento con autoridad previamente inaudita, la gente declaró: “‘Verdaderamente este es el Profeta’. Otros decían: ‘Este es el Cristo’” (Juan 7:40,41). Incluso la mujer samaritana en el pozo reconoció a Jesús como el profeta y lo asoció con el Mesías que había de venir, quién “nos declarará todas las cosas” (Juan 4:25). Nicodemo reconoció a Jesús como profeta: “Sabemos que has venido de Dios como maestro” (Juan 3:2). Cerca del final de su ministerio, el Domingo de Ramos la multitud se refirió a Jesús como “el profeta, el de Nazaret de Galilea” (Mateo 21:11). Después de su crucifixión los discípulos de Emaús lo llamaron el “profeta, poderoso en obra y en palabra” (Lucas 24:19). Es cierto que los discípulos y el pueblo en general, tenían un muy limitado e imperfecto concepto de la misión profética de Jesús. Jesús mismo fue muy claro acerca de esto. Citando Isaías capítulo 61, él aseguró a la multitud en la sinagoga de Nazaret que ésta y otras profecías acerca del ministerio profético del Mesías se estaba cumpliendo en su presencia (Lucas 4:21). En su juicio ante Pilato, Jesús declaró que él había venido al mundo para dar testimonio de la verdad (Juan 18:37).

El hecho que Jesús es, el más grande a diferencia de cualquier otro profeta, el Profeta de quien todos los demás eran solamente sombra, también se hace evidente por el registro bíblico. Los profetas terrenales eran ungidos o puestos en su oficio cuando Dios los necesitaba. Jesús fue profeta desde su nacimiento. En su encarnación, su naturaleza humana fue dotada con las características proféticas divinas. Desde la eternidad, en los consejos eternos del Dios trino, Jesús fue ungido como profeta para el mundo (Lucas 4:21). Su bautismo era la confirmación pública de Dios de ese llamamiento y unción. En el monte de la transfiguración, el Padre no sólo llamó a Jesús su Hijo, sino que ordenó a todos: “¡A él oíd!” (Mateo 17:5).

El hecho que Jesús es el profeta único y el más grande llega a ser claro al dar un vistazo más de cerca a Deuteronomio 18:15, y a su cumplimiento en Cristo. Moisés fue, sin discusión, el más grande de los profetas del Antiguo Testamento. Ningún otro profeta humano puede ser realmente comparado con él. De todos los profetas del Antiguo Testamento, solamente Moisés conoció a Dios cara a cara (Deuteronomio 34:10). Pero Moisés predijo la venida del profeta mayor que él. Jesús fue claramente ese profeta mayor. Moisés proclamó y enseñó, lo que había recibido a través de la comunicación directa con Dios. Jesús habló sus propias palabras como la palabra de Dios. Moisés anunció: “Así ha dicho Jehová” (Éxodo 7:17). Jesús pudo declarar: “Yo le digo a todos ustedes”. Jesús dio a conocer los pensamientos y palabras de Dios, no porque las había recibido de Dios, sino porque él es Dios. Ningún ser humano, ni siquiera el más grande maestro, puede conocer a Dios por él mismo. Jesús, “el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre”, conoce a Dios perfectamente y le hace conocido (Juan 1:18). Él puede hacer eso, sólo porque él mismo es Dios. Moisés profetizó la venida de Cristo. Jesús enseñó acerca de él mismo, no como uno que arrogantemente usurpó una autoridad que no le pertenecía, sino como el Verbo eterno, el Dios encarnado.

En los tiempos del Antiguo Testamento, Jesús, la segunda persona de la Trinidad, realizaba ya su trabajo profético. La Escritura nos dice que aun antes de su encarnación, el Hijo de Dios dio a conocer su voluntad y sus caminos a Moisés y a los profetas al enviar su Espíritu a sus corazones (1 Pedro 1:10,11). Pablo nos dice en 1 Corintios 10:4 que fue Cristo quién acompañó a los israelitas en su viaje por el desierto, comunicándose con ellos a través de su siervo Moisés. El título de “el ángel de Jehová”, como fue aplicado al especial mensajero divino que trajo las noticias de la voluntad del Señor a Agar, Abraham, Moisés, Jacob, y a otros, no fue otro

que el Cristo pre-encarnado, el Profeta divino, actuando como portavoz de la Trinidad.

Cuando Jesús apareció en la carne, él realizó su oficio profético para llevar a sus contemporáneos el mensaje inmutable de la verdad divina. Una y otra vez, en su enseñanza en las conversaciones con amigos y enemigos, Jesús se refirió a las Escrituras del Antiguo Testamento. “Escrito está”, fue una frase frecuentemente usada para dirigir a sus oyentes a lo que ya había sido revelado. Los que lo escucharon fueron sorprendidos por su conocimiento y autoridad con la que él enseñó. Al mismo tiempo, siempre dejó claro que todo lo que fue escrito en las Escrituras del Antiguo Testamento dio testimonio de él (Juan 5:39).

El mensaje de Cristo, el Profeta

Esto nos lleva a la verdadera característica única de la obra profética de Cristo. En los días de su carne, el Hijo de Dios habló personalmente y directamente, acerca de él mismo. Esto lo hizo el profeta único en su clase, superior a cualquier otro que pudo ser llamado profeta. Jesús y la salvación que él había venido a traer eran el tema de su propia predicación y enseñanza. Otros habían hablado del Cristo por inspiración, revelando a los seres humanos lo que Dios les había dado a conocer. Jesús, verdadero Dios y hombre, habló del conocimiento personal e inmediato, conocimiento que poseyó desde siempre como el Verbo eterno. Cuando “el Verbo se hizo carne” (Juan 1:14), todo el conocimiento divino fue comunicado también a la naturaleza humana de Jesús (Juan 21:17). Con la autoridad no poseída por ningún profeta anterior y ningún maestro posterior, Jesús proclama en Juan capítulo 6 no sólo las buenas nuevas de que ha venido la salvación sino que viene a través de él (versículo 35). Él vino a llevar a cabo el plan de salvación ideado en los consejos eternos de la santísima Trinidad. Solamente por causa de él y

a través de la fe en él, los pecadores son salvados (versículo 40). Él, el encarnado Hijo de Dios, es por su muerte reconciliadora, la vida del mundo (versículo 51). Quienquiera que llegue a tener vida debe recibirla de él. En toda su predicación y enseñanza, en sus parábolas y conversaciones privadas, Jesús el Profeta testificó acerca de él. Él enseñó con la autoridad de Dios. Muchos fueron hechos creyentes por su testimonio y fueron salvados. El hecho de que otros lo rechazaron fue parte de su sufrimiento como el gran Sumo Sacerdote. Pero no podría haber confusión de que, a través de su ministerio, Jesús el Profeta se reveló a él mismo al mundo. “Porque todas las cosas que oí de mi Padre”, le dijo a sus discípulos, “os las he dado a conocer” (Juan 15:15).

El mensaje principal de Jesús fue las buenas nuevas del evangelio. Pero como el más grande profeta de Dios, su proclamación de la palabra de Dios también incluyó la necesidad de la predicación y exposición de la ley. El sermón del monte, por ejemplo, es una exposición e interpretación de la ley (Mateo 5-7). No, Cristo no era un nuevo legislador, es decir, que no vino a establecer nuevas leyes por las cuales los pecadores podrían salvarse. Cuando Jesús predicó la ley, simplemente: reiteró, explicó y aplicó lo que ya había sido dado a través de Moisés. Él utilizó la ley al servicio del evangelio, para exponer los pecados de aquellos a quienes él estaba ansioso de proclamar las buenas nuevas del amor perdonador de Dios en él, a través del evangelio. Jesús también utilizó la ley para guiar a los que a través del evangelio habían sido traídos a la fe en él, mientras se esforzaron por llevar una nueva vida como su pueblo. No obstante, la principal función profética de Jesús fue la de predicar el evangelio. Esto lo hizo: hermosamente, continuamente y claramente, mientras se hizo conocido a aquellos a quienes Dios lo había enviado como el

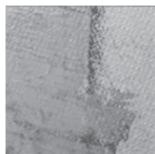
cumplimiento de todas las promesas de Dios a Israel y a las naciones.

Cristo continúa sirviendo como el Profeta

La obra profética de Jesús, como su obra sumosacerdotal, no terminó después de su ascensión al cielo. Él continúa su función como profeta “mediatamente”, es decir, a través de sus creyentes, su iglesia. Los apóstoles recibieron el evangelio como un deber sagrado para llevar hasta los confines de la tierra. Así como el pre-encarnado Cristo inspiró a los autores de las Escrituras del Antiguo Testamento a través de su Espíritu, el Cristo ascendido, a través del mismo Espíritu, inspiró a los evangelistas y apóstoles a escribir sus enseñanzas en los libros del Nuevo Testamento (Juan 16:13; 1 Corintios 2:13). Con las Escrituras inspiradas como la guía infalible, Cristo ha confiado ahora su oficio profético a sus creyentes de todas las edades. Los creyentes son llamados a testificar acerca del Salvador y declarar su alabanza hasta que vuelva de nuevo en gloria (1 Pedro 2:9). Toda la enseñanza que toma lugar en la iglesia ahora, y toda la enseñanza que continuará tomando lugar hasta que Jesús vuelva de nuevo, la que está basada en las Sagradas Escrituras, continua y extiende el oficio profético del Salvador ascendido.

A los que llevan a cabo su comisión de “hacer discípulos a todas las naciones” (Mateo 28:19), Jesús promete su constante presencia y su constante bendición. Sí, a su iglesia en la tierra, Jesús otorga pastores, maestros, y evangelistas, como dones especiales (Efesios 4:11). Pero esto no solamente a través del testimonio de ellos, sino por el testimonio fiel y alegre de cada creyente, porque el trabajo profético de Jesús continúa entre nosotros hoy y continuará hasta los finales del tiempo. De acuerdo con el designio de Dios, Jesús enseñó y predicó principalmente entre los judíos (Mateo 15:24). Después de su

resurrección y ascensión, es la voluntad de Dios que las buenas nuevas de Jesús y su salvación sean llevadas a toda nación, tribu, lengua, y pueblo, hasta lo último de la tierra (Hechos 1:8). Que Dios conceda que también a través de nuestro testimonio personal y de nuestros esfuerzos unidos llevar las buenas nuevas de Jesús a todas partes. El oficio y obra profética de Cristo continuarán, como él lo quiere, hasta que venga nuevamente.



12

Cristo el Rey

El centro de las esperanzas del pueblo de Dios del Antiguo Testamento fue la promesa de un rey. La profecía del Salmo 110:1: “Jehová dijo a mi Señor: ‘Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies’”, era una profecía bien conocida que enfatizaba las funciones reales del Mesías. Así también fue la promesa a través de Jeremías: “Levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey” (23:5). A David mismo fue dada la promesa que de sus descendientes, Dios levantaría el rey diferente a cualquier otro, el rey que establecería y reinaría sobre el reino eterno (2 Samuel 7:13). La gente del tiempo de Jesús asoció los títulos y las funciones de un rey con el Mesías que venía. Desafortunadamente, casi hicieron la exclusión completa de sus funciones proféticas y sacerdotales. Esto se debía a que su

idea del Mesías como rey se había retorcido y modificado de acuerdo a sus propios deseos humanos; ellos estaban buscando un rey que les trajera prosperidad material y paz terrenal, en vez de bendiciones espirituales. El conflicto con los ocupantes romanos sólo aumento la esperanza de un rey político conquistador. Sin embargo los que esperaban un rey terrenal fueron decepcionados con Jesús. Después de la alimentación de los cinco mil, algunos quisieron hacerlo rey (Juan 6:15). Pero a finales de ese mismo capítulo, encontramos que, después de que Jesús reveló la naturaleza intensamente espiritual de su misión y reino, muchos se apartaron de él en resentimiento y decepción (versículo 66).

Pero Jesús era, y es, el Rey. Incluso en su estado de humillación, fue el Rey a diferencia de cualquier otro. Incluso en su humillación, él fue gobernador de todo el universo. “Todo lo que tiene el Padre es mío”, dijo a sus discípulos en el aposento alto (Juan 16:15). En su bien conocida conversación con Pilato, Jesús reconoció que él es el Rey (Juan 18:37). Pero también dejó en claro que él no es rey terrenal (versículo 36). Él no había venido a la tierra para ser un rival de Herodes o del César. La enseñanza de la Biblia acerca del reino de Jesús es instructiva y alentadora para sus creyentes. Él es nuestro Rey, y nosotros somos sus fieles súbditos.

Un rey tiene poder y autoridad para gobernar. El hecho que el Salvador de la humanidad es el Rey, es afirmado frecuente y distintamente en las Escrituras, tanto directamente como implícitamente. Sin embargo, el reino de Cristo no es un lugar, es decir, que no tiene límites físicos ni las características comunes de un reino terrenal. Por el contrario, el reino de Jesús es una actividad que consiste de su actividad reinante y el ejercicio de sus prerrogativas reales. Como verdadero Dios, Jesús es Rey sobre todas las cosas y desde la eternidad. En virtud de su encarnación, su gobierno real fue otorgado

también a su naturaleza humana. Durante su vida en la tierra, incluso en su humillación, Jesús mostró su reinado de diversas maneras. Por ejemplo sus milagros revelaron su reinado real sobre la enfermedad y la dolencia, incluso sobre la muerte. En la profundidad de su sufrimiento, él siguió siendo el Rey eterno, prometiendo un lugar en su reino al ladrón a su lado moribundo y arrepentido. (Lucas 23:43). En su exaltación, Jesús ha asumido el pleno uso de su autoridad de reinar de acuerdo con su naturaleza humana. Se sienta a la diestra de Dios como Rey y Gobernante de todas las cosas; y al final de los tiempos en gloria volverá como Rey y Juez.

Al definir las funciones reales de Jesús, ha llegado a ser la costumbre de hablar sobre su triple actividad como gobernante. Jesús gobierna en *el reino de poder*, *el reino de gracia*, y *el reino de gloria*. Estas distinciones son maneras humanas de tratar de describir la actividad divina. No obstante, no pueden decirnos perfectamente el relato del gobierno real de Jesús ya que hay áreas que se superponen. Sin embargo, esta triple descripción del gobierno de Jesús es ciertamente una guía útil para nuestro entendimiento de lo que la Biblia quiere decir cuando se refiere a Jesús como el Rey.

El reino de poder de Cristo

Cuando hablamos del gobierno de Jesús en su reino de poder, nos referimos a su gobierno sobre el universo entero. El reino de Jesús no está limitado de ninguna manera. Se extiende sobre todas las criaturas, visibles e invisibles, así como al universo entero. Jesús mismo declara que toda potestad le es dada en el cielo y en la tierra (Mateo 28:18). También según su naturaleza humana el Padre sometió todas las cosas bajo sus pies, (Efesios 1:22). No hay nada sobre lo cual Jesús no gobierna. Como Rey en el reino de poder, Jesús mantiene todas las cosas por su poderosa palabra. Él controla las fuerzas de la naturaleza y el destino de las naciones. Sin su

voluntad, ni siquiera un gorrion cae al suelo. El bien y el mal, aun los demonios y los condenados, están sujetos a él. Él es el Rey de reyes y Señor de señores. Efesios 1:20-23, describe enfáticamente el reinado de Cristo sobre el universo: “Dios sometió todas las cosas debajo de sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas” (versículo 22).

El reino de la gracia de Cristo

El reino de la gracia es la actividad misericordiosa de Cristo de reunir y preservar a sus creyentes, su iglesia. Por medio del evangelio, lleva la gente a la fe salvadora y bendice a la iglesia con todo tipo de dones espirituales. Por su poder, él efectivamente guarda la iglesia contra todos sus enemigos. Los miembros del reino de gracia no son todos los seres humanos sino aquellos, que por medio de la obra misericordiosa del Espíritu en sus corazones a través del evangelio, han sido llevados a ser creyentes en Jesús como Salvador y Señor. Jesús mismo describe este reino como el reino establecido: no para la guerra y el derramamiento de sangre, ni por las leyes civiles, sino por la palabra de Dios (Mateo 28:19,20).

El reino de la gracia es invisible al ojo humano dado que existe en los corazones humanos (Lucas 17:20,21). Sin embargo, este reino es mucho más fuerte que todos los reinos terrenales que han existido y jamás existirán. Todos los grandes imperios del mundo tienen sus días en el sol, y luego pasan. Los antiguos imperios griegos y romanos se quedaron en la historia. La influencia de los imperios británicos y franceses ha cesado. La Unión Soviética se ha derribado. El reino de gracia de Jesús durará más que todos ellos. Este continúa a pesar de la persecución, las burlas, y la falsedad. Y existirá en los corazones humanos dondequiera que el evangelio es proclamado hasta el fin de los tiempos (Mateo 16:18).

Jesús estableció este reino, al derrotar a los enemigos espirituales de él y de toda la humanidad mediante su obra expiatoria. Es llamado el reino de gracia porque es la promesa y oferta de la gracia de Jesús que gana a los pecadores para el reino, y la recepción de gracia por el Espíritu que forja la fe que los hace miembros de este reino. El agradecimiento por la gracia, mueve a aquellos que pertenecen al reino de gracia a voluntariamente prestar obediencia y servicio al Rey. Este fue el reino de gracia de Jesús que fue profetizado en el Antiguo Testamento, Daniel capítulo 2, como una roca que desmenuzó en pedazos a todos los demás reinos y creció hasta llenar la tierra entera (versículos 35,44). Las parábolas bien conocidas del reino de Jesús, en Mateo capítulo 13, describen el crecimiento, el valor infinito, y la naturaleza duradera, de su reino de gracia.

Entonces la esencia del reino de gracia de Jesús no es nada externo. Es la regla salvadora de Jesús en los corazones de sus creyentes. Para los individuos, el reino consiste en una relación personal establecida con Cristo a través de la obra del Espíritu Santo en sus corazones. Este reino viene cuando Cristo entra en las vidas y en los corazones humanos. Lutero describió aquel proceso espiritual en su explicación a la segunda petición del Padrenuestro: “El reino de Dios viene cuando nuestro Padre celestial nos da su Espíritu Santo, de modo que por su gracia creamos en su santa Palabra y vivamos piadosamente aquí en la tierra y en el cielo para siempre.”³⁰

Donde la Palabra del evangelio se proclama a los pecadores, Cristo ejerce su gobierno de salvación, su reino de gracia. Por supuesto sólo Dios puede ver los corazones humanos. Sólo él sabe quiénes son los miembros de este reino invisible (2 Timoteo 2:19). Pero nosotros sabemos que el reino de gracia está presente dondequiera que el evangelio se predica y se administran los sacramentos. Estos son los

medios por los cuales el Espíritu Santo obra para crear y fortalecer la fe en el corazón humano. A todos los que somos guiados por el Espíritu para reconocerlo como Salvador y Señor, Jesús nos da dones para servir en su reino (1 Corintios 12:4-11). Y a través del evangelio, el Espíritu Santo preserva a nosotros los creyentes contra los ataques de los enemigos espirituales y nos mantiene seguros como miembros de su reino de gracia (2 Timoteo 4:18).

El reino de gloria de Cristo

En el reino de gracia, Jesús reina sobre su *iglesia militante*, es decir, la iglesia de creyentes que aquí en la tierra luchan contra sus enemigos y los enemigos de su fe. En el reino de gloria, él reina sobre la *iglesia triunfante*. El reino de gloria no existe en la tierra, sino en el cielo, donde Cristo tiene toda la gloria. Aquellos que son fieles hasta la muerte recibirán coronas eternas de gloria y honor (Apocalipsis 2:10). Alegría eterna y comunión, sin restricciones con Cristo, junto con el Padre y el Espíritu Santo, son el destino feliz de los miembros del reino de gloria. Las almas de los creyentes entran al reino de gloria en el momento de su muerte física (Filipenses 1:23). Después de la resurrección, sus cuerpos también compartirán la alegría y la perfección del reino de gloria (1 Corintios 15:42-44).

Como no hay ni incrédulos ni hipócritas, en el reino de gracia, tampoco habrá incrédulos en el reino de gloria. Sólo los elegidos entrarán en ese reino. Los elegidos son aquellos que han sido escogidos en gracia por Dios desde la eternidad (Efesios 1:4-6). Ellos han sido traídos a su reino de gracia y preservados como fieles miembros de ese reino por el evangelio. En el reino de gloria, participarán con todos los ángeles en la alegría del cielo, viendo a Dios cara a cara (1 Corintios 13:12).

En el consumado reino de gloria, gobernará el Dios trino

Padre, Hijo, y Espíritu Santo. Cada persona de la Trinidad participará en ese gobierno, incluido el Hijo, cuyo reino es eterno. En el reino de la gloria, Cristo finalmente rescatará la iglesia militante en la tierra de todos sus enemigos y de los males que la perturban, y la transformará en la iglesia triunfante. Jesús en Lucas 22:29,30 promete a sus discípulos: “Yo, pues os asigno un Reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.” Esa promesa no fue sólo para los 11 creyentes reunidos con el Salvador aquella noche. Fue para todos los creyentes de todas las edades y lugares, incluyendo a cada uno de nosotros.

“Mi reino no es de este mundo” (Juan 18:36) también es cierto en cuanto al reino de la gloria. Este reino no encontrará su realización aquí en la tierra, como muchos falsamente enseñan. La Biblia no promete que el paraíso será restaurado aquí en la tierra, ni tampoco enseña que Cristo regresará para un glorioso reinado de mil años aquí en la tierra. El reino de la gloria existirá sólo en el mundo venidero. Eso hace su existencia una cuestión de fe para nosotros, que lo esperamos ansiosamente como peregrinos en este valle de lágrimas terrenal. Mientras que en este mundo pecaminoso viajamos a través de la vida, los cristianos somos animados y alentados por la promesa de Jesús de la gloria celestial. Además, sabemos que el camino a esas moradas celestiales, que están preparadas para nosotros, es solamente a través de él (Juan 14:2-6).

Nuestra pobre imaginación humana no es capaz de visualizar algo que puede ser comparado con la bienaventuranza reservada para nosotros en la iglesia triunfante en el cielo (1 Corintios 2:9). Los dones, que Jesús nuestro Rey nos otorgará en el reino de gloria, serán diferentes de cualquier cosa que jamás hemos experimentado aquí en la tierra. En ese reino estaremos por siempre libres de pecado,

tentación, problemas, lágrimas, enfermedad, sufrimiento, dolor, y muerte (Apocalipsis 21:4). Mientras por la fe esperamos nuestra entrada en el reino de gloria, una entrada que ocurrirá a la hora de nuestra muerte física o cuando Jesús regrese, seremos movidos por el agradecimiento y el anhelo de sus bendiciones prometidas. Durante nuestra vida en la tierra viviremos, trabajaremos, e incluso sufriremos por nuestro Rey. Y cuando por fin entremos en el reino de gloria para siempre en perfección y perfecta alegría le agradeceremos y le alabaremos.

La relación entre los tres reinos

Mientras que distinguimos tres fases del reino o reinado de Cristo, no los podemos separar, como si no tuvieran nada en común. Existe una estrecha relación entre los tres. Un solo Rey gobierna, y existe un propósito dominante en su reinado. Cristo gobierna en su reino de poder para el beneficio del reino de la gracia (Efesios 1:22). Cristo, el gobernador supremo del universo, es al mismo tiempo la cabeza de la iglesia, su cuerpo. Eso significa que él ejerce su señorío y poder sobre todas las cosas en el interés de su cuerpo espiritual, es decir, sus creyentes. A veces restringe las acciones de los malvados de modo que la iglesia no sea dañada. En otras ocasiones, él incluso utiliza las acciones malvadas de los enemigos de la iglesia para servir a sus buenos propósitos, a pesar de sus malas intenciones. Jesús gobierna el mundo en su reinado de poder a fin de reunir y construir su iglesia (reino de gracia) trayendo los pecadores a la fe y preservándolos en la fe. Él anima a los creyentes a llevar a cabo su gran comisión asegurándoles que: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18), y “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20).

¡Qué consuelo saber que él que nos encargó para compartir el evangelio en todo el mundo es el gobernante soberano del universo! ¡Qué ánimo es saber que él promete ir con nosotros al realizar esa impresionante tarea! El que gobierna en el reino de poder nos asegura que la salvación de los pecadores no es meramente un asunto secundario, mientras él gobierna el mundo, sino que es su propósito principal. Él gobierna en su reino de poder para el beneficio, la edificación, y la preservación, de su reino de gracia.

Del mismo modo, el gobierno de Cristo en su reino de gracia sirve en última instancia al reino de gloria. El propósito de Cristo en edificar su iglesia en el mundo a través del evangelio, no es para construir una organización visible o servir a intereses temporales, sino para ganar y preparar almas para su reino de gloria.

Mientras estemos en el mundo, los cristianos somos la sal de la tierra (Mateo 5:13). Por nuestra influencia podemos y debemos contrarrestar y testificar contra la corrupción moral del mundo alrededor de nosotros. Los cristianos somos la luz del mundo, tendiendo la luz del evangelio a aquellos sin la verdad en el mundo oscurecido por el pecado (Mateo 5:14). Como cristianos seguimos siendo sal y luz del mundo, Dios extiende el tiempo de gracia al mundo. Y cada día que pasa provee más oportunidades para que el evangelio sea proclamado para que el reino de gracia llegue a los corazones humanos.

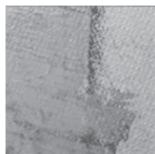
Pero el objetivo final del reino de gracia es alcanzado cuando los pecadores son introducidos seguramente en el reino de gloria. Pedro nos dice en su primera epístola que la esperanza de los creyentes en Cristo no es sólo para este mundo, sino que los cristianos son engendrados espiritualmente en la esperanza viva que no se desvanece ni desaparece (1:3,4). Hay una herencia reservada en el cielo

para nosotros y un día recibiremos la plenitud de esa herencia. En el reino de gloria, el conocimiento que ahora es imperfecto, como lo poseemos a través del evangelio, será completo y perfecto. Veremos a Dios y le conoceremos perfectamente y para siempre (1 Corintios 13:12). Así el gobierno de Cristo, en su reino de poder, beneficia su reino de gracia. Y el reino de gracia encuentra su última finalización en el reino de gloria.

La doctrina del oficio real de Cristo, es una doctrina que aboga por la fe. No podemos ver con nuestros ojos físicos ni comprender con nuestro poder mental, que Cristo gobierna sobre todas las cosas. Lutero escribió que algunas veces parece como si Cristo no estuviera en el trono, sino el diablo. Por esa razón la Biblia enseña acerca del reino de poder de Cristo muy cuidadosamente y entra en gran detalle acerca de lo que significa. Los medios de gracia son perceptibles, pero el reino de gracia es invisible, ya que existe en los corazones de los creyentes. Sólo a través de la fe en las promesas de la Escritura se nos aseguró que “el reino de Dios está entre [nosotros]” (Lucas 17:21), y que a pesar de toda la oposición: del diablo, de los falsos maestros y del mundo, la iglesia permanecerá para siempre. Tampoco conocemos ni hemos experimentado lo que el reino de gloria será, pero por la fe esperamos compartirlo. Nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios. Bajo la protección del que reina en su reino de poder, vivimos cada día como agradecidos miembros enérgicos de su reino de gracia. Y nuestra mirada se dirige, y con razón, al reino de gloria mientras que vivimos en esperanza. Bajo su gobierno en el reino de poder y el reino de gracia, ahora esperamos el reino de gloria con una valiente y alegre confesión: “Jesús es mi Rey”.

Parte IV

LA OBRA DE CRISTO



13

La redención

La obra de Cristo es *la redención*. *Redimir* significa “volver a comprar” o “poner en libertad mediante el pago de un rescate”. El hecho de que la obra de Cristo sea llamada redención, nos recuerda que a pesar de que la salvación es gratuita, no carece de valor. Tampoco se ganó fácilmente. El Dios santo, que odia el pecado y exige que cada pecado sea castigado, no perdona los pecados simplemente por decreto, porque eso significaría ignorar, o por lo menos comprometer, su propia santidad. Pero Dios declara justos a los pecadores porque él ha recibido y aceptado el pago de rescate por el pecado humano, el pago que satisfizo completa y totalmente las exigencias de su justicia y santidad. Ya vimos en nuestro estudio de la obra sumo sacerdotal de Cristo que Jesús pagó el rescate a través de su expiación vicaria. Repasaremos en este capítulo ese mismo trabajo desde una perspectiva ligeramente distinta, mientras consideramos las palabras de Martín Lutero en la explicación del Segundo Artículo del Credo Apostólico: “Me ha redimido a mí”.³¹

Jesús pagó el rescate

Para reconciliar los seres humanos pecaminosos con el Dios santo, tuvo que ser pagado el rescate que fuera suficiente y aceptable para él. Ningún sacrificio terrenal ni sangre de toros ni de machos cabríos podrían purificar del pecado (Hebreos 10:4). No hay riquezas humanas, incluyendo la plata y el oro, de todo el mundo, suficientes para pagar el rescate. Ningún ser humano podría ofrecerse a él mismo como rescate por cualquier otro ser humano. Salmo 49:7-9 nos dice: “Ninguno de ellos podrá, en manera alguna, redimir al hermano ni pagar a Dios su rescate, (pues la redención de su vida es de tan alto precio que no se logrará jamás), para que viva en adelante para siempre, sin jamás ver corrupción.” El pesar sincero y las lágrimas penitentes, tampoco son un rescate suficiente por el pecado. Tampoco puede una vida de aparentes buenas obras hacer las paces por un solo pecado.

A veces, al menos para nosotros, los pecados que cometemos parecen pequeños, pero su culpabilidad se debe medir comparándola con la perfección de aquel contra quien son cometidos, es decir, Dios mismo. Y el valor del rescate debe estar a la altura de la grandeza y santidad de quien tiene que ser apaciguada y conciliada. Ningún hombre, ni bestia, ni riqueza, sino sólo Dios puede satisfacer su propia justicia divina y reconciliar con el mismo el mundo de pecadores culpables.

Si Cristo no hubiera sido verdadero Dios, su vida y muerte, no podrían haber sido el rescate suficiente por nuestros pecados; pero Cristo sí es Dios, lo cual hace suficiente su rescate y completa nuestra redención. El valor del rescate de Cristo no está en la cantidad de sangre derramada (algo que fue debatido neciamente por los teólogos medievales), tampoco en la duración e intensidad de su sufrimiento, aunque fue prescrito por Dios. La divinidad de la persona de Jesús, el hecho de que él era y es verdadero Dios, es la garantía absoluta de que su sacrificio es aceptable a Dios, y que en su sangre y muerte Dios

provee el rescate suficiente para satisfacerse a él mismo. “Pues ya sabéis que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir (la cual recibisteis de vuestros padres) no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación. Él estaba destinado desde antes de la fundación del mundo, pero ha sido manifestado en los últimos tiempos por amor de vosotros” (1 Pedro 1:18-20).

Para reconciliarnos con Dios mediante el pago del rescate requerido por la ley de Dios y exigido por su justicia, Jesús tuvo que hacer dos cosas. En primer lugar, tuvo que satisfacer las exigencias de santidad de Dios obedeciendo perfectamente la ley (la obediencia activa), y luego tuvo que satisfacer las exigencias de la justicia de Dios aceptando el castigo que exigía la justicia de Dios por los pecados de toda la humanidad (la obediencia pasiva).

Dios es santo. Él hizo a nuestros primeros padres santos, y ahora exige, como el Creador perfecto, que todos los seres humanos sean santos. Para satisfacer sus exigencias, es necesario obedecer perfectamente su ley. Desde la caída, ningún ser humano puede hacer esto. Y sin un perfecto cumplimiento de la ley, la reconciliación con Dios es imposible. Por lo tanto para satisfacer las exigencias de la ley, y para pagar por nuestros defectos, el Hijo de Dios se hizo hombre. Él se colocó bajo la ley como nuestro sustituto, quien podía guardar la ley y cumplirla en nuestro lugar. Durante su vida, Jesús guardó la ley completa y perfectamente, no para el bien propio de él, porque él está por encima de la ley, sino por nosotros que estamos debajo de la ley. Su vida santa, es decir, su satisfacción de las exigencias de santidad de Dios a través de su cumplimiento perfecto de la ley, es esencial para su obra redentora por nosotros.

Justo, como fue esencial la obediencia pasiva de Jesús, también lo fue sus inocentes sufrimiento y muerte como

nuestro sustituto. Una vez más, ya que ningún ser humano puede pagar el rescate apropiado, Jesús tomó el lugar del mundo. El Padre puso sobre él todos los pecados del mundo entero, y él aceptó esa carga voluntariamente. En el sufrimiento de Cristo, Dios declaró su justicia, que exige el castigo por los pecados de todos. Por su sangre y muerte, Jesús expió todos los pecados del mundo entero. Su resurrección demuestra que el pago de su rescate fue suficiente. Como resultado de ello, Dios ya no nos carga nuestros pecados, sino los perdona. El pago del rescate fue hecho a Dios. Y dado que Jesús es Dios, junto con el Padre y el Espíritu Santo, se puede decir correctamente que quien rindió la satisfacción y quien la recibió son uno mismo.

La redención de Jesús fue universal. Él no pagó el rescate sólo por los creyentes, aunque son sólo los creyentes quienes reciben los beneficios de la redención. La Biblia es muy explícita al afirmar que Cristo quitó los pecados “del mundo” (Juan 1:29). Hay consuelo objetivo para todos los pecadores en el conocimiento que la obra redentora de Jesús es universal. La palabra *mundo* es una palabra en la cual cada uno de nosotros puede escribir su propio nombre. Y mientras lo hacemos, podemos estar seguros más allá de toda duda, que cuando la Biblia dice que Jesús redimió al mundo mediante el pago de rescate, el rescate fue pagado por cada uno de nosotros, sin excepción, por cada uno de nosotros como individuos.

En respuesta a la pregunta: “¿Por qué tuvo Cristo que redimirme?”, una exposición del Catecismo Menor de Lutero responde: “Por naturaleza somos esclavos: del pecado, de la muerte y del diablo”.³² La redención de Jesús rompió el dominio que nuestros enemigos espirituales tenían sobre nuestras almas y nuestras vidas. Esto nos libra del poder y dominio de aquellos enemigos, para vivir libres y servir al Salvador, quien como nuestro sustituto perfecto nos ha emancipado por su obra redentora.

La redención del pecado

Jesús nos redimió del pecado. El pecado ha estado en lo más profundo de nuestro ser desde el momento en que fuimos concebidos. El pecado ha infectado la raza humana entera, desde el momento que nuestros primeros padres cayeron en pecado; todos heredamos la naturaleza pecaminosa de nuestros padres.

El pecado trajo consigo la condena de Dios. El pecado hace enojar a Dios. La condenación eterna es el castigo que merecen los pecados. El apóstol Pablo en Romanos utiliza la expresión “esclavos del pecado” para describir lo que todos los seres humanos somos por su naturaleza (Romanos 6:17). Un esclavo es alguien que no tiene poder sobre él mismo, sino que está bajo el control de alguien más y tiene que hacer lo que otros le manden.

Como nuestro Redentor, Jesús nos hace libres del pecado. Por supuesto, él no se hizo nuestro sustituto al cometer pecado por nosotros. El hecho de que somos pecadores no se puede deshacer. Para entender lo que significa que Jesús nos redimió del pecado, necesitamos distinguir entre el pecado y la culpabilidad del pecado. Debido a que somos pecadores por lo que somos (el pecado original o heredado) y por lo que hacemos (el pecado presente), la culpa del pecado mora en nosotros desde el momento que fuimos concebidos. Pero en su obra de redención, toda nuestra culpabilidad fue cargada a Cristo. Él asumió toda la culpa y toda la responsabilidad por nuestras transgresiones. Aunque somos y seguiremos siendo pecadores, la culpabilidad de los pecados de toda la raza humana fue cargada a él. El único sin pecado, el que “no conoció pecado”, de buena gana y voluntariamente se hizo pecado por nosotros (2 Corintios 5:21). Toda la culpa de nuestros pecados le fue cargada a él. Su perfecta justicia y pago por el pecado con su muerte son acreditados a nosotros. Ahora nosotros, aunque pecadores, somos justificados ante el trono

del juicio de Dios (Romanos 8:1).

Así como Jesús soportó nuestra culpa, él también asumió nuestro castigo, “haciéndose maldición por nosotros” (Gálatas 3:13). Jesús sufrió la muerte eterna, la muerte maldita, que merecemos por el pecado. Ahora las buenas nuevas del perdón, el evangelio de redención, nos declara libres de la maldición y de la culpa de nuestros pecados. Declarados libre de nuestros pecados, de su culpabilidad y castigo, y movidos por el Espíritu para recibir personalmente por la fe lo que Jesús ganó para nosotros, somos liberados de las acusaciones de nuestras conciencias y motivados a llevar la vida piadosa. Esperamos sin temor estar de pie ante el trono del juicio de Dios. Nosotros todavía somos pecadores. Vivimos en el mundo pecaminoso, y las consecuencias generales del pecado siguen las luchas, los problemas, la enfermedad, el dolor, y la muerte física. Pero en Cristo somos pecadores perdonados. Se nos ha dado nueva vida espiritual a través del evangelio. Como hijos redimidos de Dios, tenemos su promesa que las consecuencias generales del pecado que experimentamos en este mundo no son castigos, sino amorosa disciplina paternal para nuestro bien (Hebreos 12:7-11).

La obra redentora de Cristo también nos ha hecho libres del poder del pecado en nuestra vida. En nuestro estado espiritual natural, no podemos hacer nada sino pecar. Pero en virtud de la redención de Jesús, los creyentes en Cristo somos libres del poder y del control del pecado, en nuestra vida personal (Romanos 6:14). Los creyentes seguimos plagados por el viejo Adán, la naturaleza pecaminosa, que nunca deja de tratar de reafirmar su control sobre nuestra vida. Pero los creyentes en Cristo también tenemos la nueva naturaleza, el hombre nuevo, que es capaz de resistir y pelear contra el pecado. Esta nueva naturaleza es ahora la fuerza dominante en la vida de los creyentes. Y nosotros que seguimos a Cristo, animados y facultados por el Espíritu Santo, mientras él obra en nuestros

corazones a través de la Palabra y los sacramentos, batallamos contra el pecado diariamente y nos esforzamos por vivir para nuestro Salvador (Gálatas 5:24,25).

La redención de la muerte

Cristo nos ha redimido de la muerte. Originalmente Dios no creó al ser humano para morir, sino para vivir con él para siempre en perfecta comunión. Sin embargo, el pecado corrompió la raza humana y trajo muerte al mundo. Dado que nuestra vida está infestada con el pecado, merecemos la muerte (Romanos 6:23), y no sólo la muerte física sino la muerte eterna, es decir, la separación eterna de Dios en el infierno. La muerte es separación. La muerte espiritual es la separación entre el alma y Dios; la muerte temporal (física) es la separación entre el alma y el cuerpo; y la muerte eterna es la completa e interminable separación entre cuerpo y del alma, y Dios, en las profundidades ardientes del infierno. La muerte espiritual, la separación entre el alma y Dios, es la condición en la que todos los seres humanos entramos al mundo. Esta es la condición espiritual que todos heredamos desde el momento que nuestros primeros padres cayeron en pecado. Nuestras inclinaciones naturales en este estado de muerte espiritual no nos conducen hacia Dios, sino que nos alejan de él. Tampoco poseemos la voluntad o el poder para cambiar esta condición. Si Cristo no nos hubiera redimido de la muerte, nunca podríamos haber tenido relación con Dios. No habríamos sido capaces de ser creyentes en Dios, amarlo o temerle, sino que habríamos permanecido en la oscuridad y la desesperación de la muerte espiritual, mientras viviéramos aquí en la tierra. Y en la muerte física sólo habiéramos podido esperar la separación eterna de Dios en el infierno.

Pero sufriendo la muerte en la cruz, la muerte en la cual él soportó el infierno en nuestro lugar, Cristo nos redimió de la muerte. Él nos hizo libres de la maldición y del poder de la

muerte (Hebreos 2:14). La obra del Espíritu Santo en el corazón humano a través del evangelio rescata individuos pecadores de la muerte espiritual. Cuando el Espíritu toca los corazones con el poder vivo del evangelio a través del bautismo o las Escrituras, él hace espiritualmente vivos a los que por naturaleza están espiritualmente muertos (Colosenses 2:13). Él crea en el corazón humano la fe que se aferra a Jesús y a sus bendiciones de redención; y restaura la relación rota por el pecado entre los seres humanos pecadores y el Dios santo. Todos los que se aferran por la fe a Jesús y a sus bendiciones espirituales han, por propia definición de Jesús, “pasado de muerte a vida (Juan 5:24). Poseen vida espiritual y vida eterna.

Aunque los creyentes en Cristo estamos, por la fe en Jesús, vivos espiritualmente, todavía experimentamos la muerte física. Mientras este mundo permanezca, la muerte será siempre “el último enemigo” (1 Corintios 15:26), la última y la más grande de todas las consecuencias del pecado en el mundo pecaminoso. Y debido a que originalmente los seres humanos no fuimos creados para morir, siempre tendremos un temor natural a la muerte.

Sin embargo, el hecho de que Jesús nos ha redimido de la muerte cambia completamente el significado de la muerte física para los creyentes. Nos consuela y nos llena de esperanza, mientras nos ocupamos de la muerte o la enfrentamos nosotros mismos. Dado que Jesús nos ha redimido de la muerte, la muerte física no es un castigo para los creyentes. Ni tampoco da lugar a la separación eterna de Dios, sino que es simplemente un cambio de existencia. En el mismo momento que se separa el alma del cuerpo del creyente en la muerte física, está con el Señor en la vida eterna (Juan 11:25,26). Y cuando Jesús regrese el último día, resucitará todos los muertos y reunirá sus cuerpos y sus almas. Los cuerpos de los creyentes serán glorificados como el propio cuerpo glorioso de Jesús, y los creyentes, en cuerpo y alma, estarán con Jesús en la gloria

de la resurrección de la vida (Filipenses 3:21). Eso es por lo que los creyentes no necesitan “entristecerse como los otros que no tienen esperanza” (1 Tesalonicenses 4:13) cuando los seres queridos creyentes son tomados de nosotros por la muerte física. Es por ello que cada creyente puede mirar adelante con confianza a su muerte física con la actitud expresada por el apóstol Pablo: “Deseo partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Filipenses 1:23). Y es por eso que los creyentes pueden confesar juntos con la segura convicción: “Creo en... la resurrección de la carne y la vida perdurable”. Jesús nos ha redimido de la muerte.

La redención del poder del diablo

Por último, Jesús nos ha redimido del poder del diablo. Conduciendo a Adán y a Eva al pecado, el diablo ganó poder sobre toda la humanidad. Cuando las personas son concebidas en el mundo no son miembros de la familia de Dios, sino de Satanás. “El que practica el pecado”, dice la Biblia, “es del diablo” (1 Juan 3:8). El diablo continuamente busca ejercer su control sobre cada individuo llevándolo siempre más profundamente en el pecado. Al hacer esto, él hace uso de poderosos aliados: el mundo pecaminoso y la propia naturaleza pecaminosa de cada ser humano. Por nosotros mismos, estamos totalmente indefensos contra el diablo y sus tentaciones. Y siempre que pecamos, la Biblia ilustra al diablo como nuestro acusador delante de Dios, exigiendo que compartamos también su destino eterno. No podemos negar los cargos. Por naturaleza somos esclavos indefensos del diablo, le pertenecemos, y estamos dominados por él.

Pero la Biblia también nos dice que el Hijo del hombre, Jesús, apareció en la tierra “para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:8). Jesús como nuestro sustituto, derrotó al diablo, cuando exitosamente resistió las tentaciones del diablo y cuando por medio de su inocente sufrimiento y muerte, pagó

completamente el precio del rescate exigido por la justicia de Dios por nuestros pecados y por nuestra culpa. Por su obra redentora como nuestro sustituto, Jesús compró y ganó la liberación del poder del diablo para todas las personas. Y los que por el Espíritu somos llevados a la fe en Jesús gozamos de libertad de Satanás, de sus tentaciones y acusaciones, y de su poder dominante en nuestras vidas. En la fortaleza de la fe, los creyentes podemos resistir la tentación (Santiago 4:7). Sí, a causa de la debilidad de la carne pecaminosa, los creyentes aún estamos en pecado. Pero aun cuando pecamos, el diablo no puede acusarnos delante de Dios (Apocalipsis 12:10,11). Jesús actúa como nuestro abogado defensor delante de la regla divina de justicia del Padre (1 Juan 2:1). Satanás no detiene sus ataques implacables. Él continúa tentándonos cuando y donde somos más vulnerables, y continuará haciéndolo mientras vivamos. Pero por la gracia de Dios y por medio del poder del Espíritu Santo, obrando en nosotros a través del evangelio estamos capacitados para resistir al diablo. Ganamos más y más victorias sobre la tentación, y vivimos ya no como esclavos de Satanás, sino como hijos de Dios y servidores dispuestos en Cristo.

El propósito de la redención de Cristo

El propósito de la obra redentora de Cristo es resumida por Martin Lutero en sus palabras de explicación al segundo artículo: “Todo esto lo hizo para que yo sea suyo y viva bajo él en su reino, y le sirva en justicia, inocencia y bienaventuranza eternas, así como él, resucitado de entre los muertos, vive y reina eternamente”.³³

Se puede decir que la obra redentora de nuestro Salvador, tiene un propósito a largo plazo y un propósito a corto plazo. El propósito a largo plazo es un propósito eterno. En virtud de la obra redentora de Jesús, el Dios santo ha declarado justo al mundo de pecadores. Los creyentes personalmente reciben las

bendiciones que Jesús ha ganado para ellos por fe (justificación individual). Al mismo tiempo, los creyentes reciben del Espíritu la nueva vida, la vida que realmente es vida, vida espiritual y eterna. Esta vida consiste, en la relación pacífica y bendita con Dios, y la continua seguridad del amor perdonador de Dios, durante la vida del creyente aquí en la tierra, e incluye la vida de perfección en la gloria del mundo por venir. La nueva vida del creyente en Cristo no consiste sólo en los pocos años que pasamos aquí en la tierra, sino que es interminable, la vida eterna. Esta vida pasa a través de la muerte y la tumba a la eternidad intemporal. El propósito a largo plazo de la obra redentora de Cristo, por lo tanto, es que los pecadores podamos ser conducidos y disfrutar para siempre, el máximo regalo de la vida eterna que Dios otorga a sus creyentes en el mundo venidero.

Pero Dios por lo general no llama a los seres humanos a su reino de gracia espiritual e inmediatamente después los lleva a su eterno reino de gloria. ¿Cómo deben los creyentes tratar con el tiempo “mientras”, es decir, el tiempo en que como cristianos viven en este mundo pecaminoso e imperfecto? Es en este contexto que podemos hablar del propósito a corto plazo, o inmediato, de la redención de nuestro Salvador. En pocas palabras, la finalidad a corto plazo de la redención de Jesús es que los creyentes usemos el tiempo que Dios nos ha dado aquí en la tierra para vivir para él y servirle con la nueva vida que el Espíritu Santo nos ha dado. Llamamos esa vida del creyente, que se vive para el Salvador aquí en la tierra, la *vida de santificación*. La vida de santificación es la vida que lleva el creyente como persona apartada para Dios para su propósito especial.

El apóstol Pablo llama la atención a este propósito a corto plazo de la redención de Jesús en Efesios 2:10. Los versículos precedentes de Efesios 2:8,9 constituyen el “gran pasaje de gracia” del Nuevo Testamento: “Porque por gracia sois salvos

por medio de la fe...” Entonces el apóstol sigue inmediatamente el gran pasaje de la salvación con las palabras del versículo 10: “Pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas.” Combinando estos dos pasajes, se descubre la gran verdad acerca del propósito de nuestra redención. Cristo nos ha redimido no sólo: *del* pecado, *de* la muerte y *del* poder del diablo, sino también *para* un propósito expreso: “Para que yo sea suyo... y le sirva”, como dice Lutero en el Catecismo Menor. Cristo nos ha redimido no sólo para la vida eterna con él (propósito a largo plazo), sino también para el servicio inmediato a él en vidas de buenas obras aquí en la tierra (propósito a corto plazo).

La vida del cristiano de amor y de servicio agradecido al Señor, es el tema de otro libro en esta serie. Pero, sin duda, es adecuado hacer referencia a ello aquí. Cuando la Biblia nos urge a servir al Señor, no está hablando de un tipo de servicio de esclavitud que resulta del temor al castigo, sino del tipo de servicio voluntario, el servicio cariñoso que resulta de la fe agradecida. El mismo amor de Cristo que nos hace libres: del pecado, de la muerte y del diablo nos hace deseosos de servirle a él y a nuestros semejantes, ya que brilla en nuestro corazón y transforma nuestra vida (Romanos 12:1,2). Dios mismo proporciona la pauta para tal servicio en su Palabra, específicamente en los Diez Mandamientos. Diariamente pedimos por el buen juicio y el sentido común santificado que nos permitirán aplicar los principios y verdades expresadas en los mandamientos de manera cariñosa a las diferentes situaciones que enfrentamos en la vida. Como hijos redimidos de Dios, le serviremos continuamente en “justicia, inocencia y bienaventuranza” aquí en la tierra hasta que él nos lleve para estar con él en la gloria eterna que sabemos que será nuestra, porque “él ha resucitado de entre los muertos y vive y reina eternamente”.

Notas finales

- ¹*This We Believe: A Statement of Belief of the Wisconsin Evangelical Lutheran Synod* (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1999), p. 11. (Traducción libre del inglés.)
- ²*Culto Cristiano* (Nueva York, Publicaciones Escudo, 1978), p. 26.
- ³Martín Lutero, *Luther's Works*, (alemán) Edition, St. Louis, Vol. 7, página 1263ff., citado por Francis Pieper en *Christian Dogmatics*, Vol. 2 (St. Louis: Concordia Publishing House, 1951), p. 64. (Traducción libre del inglés.)
- ⁴*Culto Cristiano*, p. 26.
- ⁵Carl E. Braaten y Robert W. Jensen, *Christian Dogmatics*, Vol. 1 (Philadelphia: Fortress Press, 1984), p. 527, citado por Wilbert Gawrisch en *Who Is Jesus Christ?* (Milwaukee, Northwestern Publishing House, 2002), p. 30. (Traducción libre del inglés.)
- ⁶El Credo de Atanasio, Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana, editor Dr. Andrés A. Meléndez (St. Louis: Concordia Publishing House, 1989), p. 20.
- ⁷John Schaller, *Biblical Christology* (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1981), p. 49.
- ⁸Johann Conrad Dietrich, *Kleiner Katechismus* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1904), pregunta 34, citado por Pieper en *Christian Dogmatics*, Vol. 2, p. 70. (Traducción libre del inglés.)
- ⁹Martín Lutero, *Luther's Works*, American Edition, Vol. 34, p. 210, citado por Wilbert Gawrisch en "The Twentieth Century Crucifixion of Christ," *Our Great Heritage*, Vol. 2, editado por Lyle W. Lange (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1991), p. 487. (Traducción libre del inglés.)
- ¹⁰Paul Tillich, *Systematic Theology*, Vol. 2 (Chicago: University of Chicago Press, 1957), p. 94, citado por Wilbert Gawrisch en *Who Is Jesus Christ?* p. 45. (Traducción libre del inglés.)
- ¹¹Gawrisch: "The Twentieth Century Crucifixion of Christ," p. 502. (Traducción libre del inglés.)
- ¹²Gawrisch: "The Twentieth Century Crucifixion of Christ," pp. 485,

- 486, 496, 503. (Traducción libre del inglés.)
- ¹³Hans Schwarz, *What Christians Believe* (Philadelphia: Fortress Press, 1987), p. 40, citado por Patsy A. Leppien y J. Kincaid Smith en *What's Going On among the Lutherans?* (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1992), p. 80. (Traducción libre del inglés.)
- ¹⁴Wilfred S. Bunge, *Theological Perspectives* (Decorah, IA: El Departamento de Religión, Luther College, 1962), p. 52, citado por Gawrisch en "The Twentieth Century Crucifixion of Christ," p. 503. (Traducción libre del inglés.)
- ¹⁵El Credo de Atanasio, p. 20.
- ¹⁶Martín Lutero, *Catecismo Menor del Doctor Martín Lutero* (St. Louis: Concordia Publishing House), p. 12.
- ¹⁷Martin Chemnitz, *The Two Natures in Christ*, traducido por J. A. O. Preus (St. Louis: Concordia Publishing House, 1971), p. 64. (Traducción libre del inglés.)
- ¹⁸Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo VIII: 66, *Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*, editor Dr. Andrés A. Meléndez (St. Louis: Concordia Publishing House: 1989), p. 657.
- ¹⁹Johannes Quenstedt, citado por John Theodore Mueller in *Christian Dogmatics* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1953), p. 270. (Traducción libre del inglés.)
- ²⁰Citado por Mueller en *Christian Dogmatics*, p. 265. (Traducción libre del inglés.)
- ²¹El resto de este párrafo se extrae del material de Mueller en *Christian Dogmatics*, pp. 265-267.
- ²²Paul O. Wendland: "Now That God Is One of Us: A Study of the Communication of Attributes in the Person of Christ," en *We Believe in Jesus Christ*, editado por Curtis A. Jahn (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1999), pp. 88-90. (Traducción libre del inglés.)
- ²³Credo de Atanasio, p. 20
- ²⁴Martin Lutero, *Luther's Works*, editado por Jaroslav Pelikan y Helmut F. Lehmann, American Edition, Vol. 22, (St. Louis: Concordia Publishing House; Philadelphia: Fortress Press, 1955-1986), p. 110. (Traducción libre del inglés.)

- ²⁵Martin Lutero, *What Luther Says*, Vol. 1, p. 195, citado por Wilbert Gawrisch en “The Practical Application of the Two Natures of Christ,” *Our Great Heritage*, Vol. 2, p. 463. (Traducción libre del inglés.)
- ²⁶Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo VIII: 65, p. 657.
- ²⁷Esta interpretación de 1 Pedro 3:18 es dada por Siegbert Becker en “The Christological Flesh-Spirit Antithesis,” *Our Great Heritage*, Vol. 2, pp. 554-570.
- ²⁸Luther’s Catechism (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1998), p. 320. (Traducción libre del inglés.)
- ²⁹*Luther’s Catechism*, p. 158. (Traducción libre del inglés.)
- ³⁰David P. Kuske, *Catecismo de Lutero* (Milwaukee: Editorial Northwestern, 2006), p.7.
- ³¹*Catecismo Menor del Doctor Martín Lutero*, p. 12
- ³²*Catecismo de Lutero*, p. 161. (Traducción libre del inglés.)
- ³³David P. Kuske, *Catecismo de Lutero*, p. 5.

Para lectura adicional

Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana, Traducido y editado por Theodore G. Tappert. Philadelphia: Fortress Press, 1959.

La Confesión de Augsburgo, Artículo III, El Hijo de Dios

El Catecismo Menor, El Credo, El Segundo Artículo

Fórmula de Concordia, Epítome/Declaración Sólida: Artículo VIII, La Persona de Cristo

Fórmula de Concordia, Epítome/Declaración Sólida: Artículo IX, El descenso de Cristo a los infiernos

Gawrisch, Wilbert R., *Who Is Jesus Christ?* Milwaukee: Northwestern Publishing House, 2002.

Jahn, Curtis A., Editor. *We Believe in Jesus Christ: Essays on Christology*. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1999.

Lange, Lyle W., Editor. "Section Four: Jesus Christ Is the Mediator of Salvation." *Essays in Our Great Heritage*, Volumen 2, pp. 418-625. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1991.

Schaller, John. *Biblical Christology*. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1981.

Leppien, Patsy A., and J. Kincaid Smith. *What's Going On among the Lutherans?* Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1992.

Luther, Martin. *What Luther Says: An Anthology*, compiled by Ewald M. Plass, 3 vols. St. Louis: Concordia Publishing House, 1959.

Pieper, Francis. *Christian Dogmatics*, Vol. 1. St. Louis: Concordia Publishing House, 1950.

Schaller, Juan. *The Book of Books: A Brief Introduction to the Bible*. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1990.

"Statement on Scripture" in *Doctrinal Statements of the WELS*. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1997.

Índice de textos bíblicos

Génesis

3:15—18

14:18—115

Éxodo

3:14—17

4:1-9—120

7:17—122

Levítico

19:2—105

Deuteronomio

18:15—120,122

18:15-19—100

18:21,22—120

34:10—122

2 Samuel

7:13—127

1 Reyes

19:16—100,119

Salmos

2:6—100

2:7—15

16:9,10—81

49:7, 8—109

49:7-9—140

51:5—29

110—15,116

110:1—127

110:4—100,102,115,116

Isaías

8:20—120

9:6—15

53—71

53:3—28

53:4-6—104

53:9—81

61—121

61:1—100,120

Jeremías

1:7—119

23:5—26,127

Ezequiel

34:23—120

Daniel

2:35,44—131

Zacarías

6:13—102

Mateo

1—26

1:18—37

1:20—37

1:23—13, 37

3:16—101

3:17—17

4:1-11—78

5-7—124

5:13—135

5:14—135

5:48—104

7:28,29—17

8:27—57

9:2—17

12:6—17

12:8—17

12:22-29—17

12:39—90

13—131

15:24—126

16:13—7

16:13-17—44

16:15—7

16:16—7, 15

16:18—15,130

16:21—89

17:5—18,121

21:11—121

22:21—79

24:30,31—95

24:36—78

25:31-46—96

26:12—26

26:18—75

26:30—27

26:38—27

26:42—27

26:48,49—65

26:64—122

26:65-67—27

27:26—27

27:35—27

27:46—27, 80,107

27:57-60—81

28:12-15—87, 88

28:18—57,129,134

28:18-20—16

28:19—125

28:19,20—130

28:20—16,58,94,135

Marcos

6:2,3—79

6:3—27

Lucas

1:32,33—44

1:35—13,15,37

1:42—26

1:47—29

2:11—60

2:21—78

2:52—78

3—26

4:21—121

9:28-36—59

17:20,21—130
 17:21—136
 19:10—99
 21:28—96
 22:29,30—133
 22:32—109
 22:51—75
 23:34—110
 23:43—129
 24:19—121
 24:39—26
 24:41-43—91
 24:44—89
 24:50,51—93

Juan

1—21
 1:1, 2—13,36
 1:3—15
 1:14—44,59,123
 1:18—122
 1:29—102,142
 1:51—27
 2:19—92
 2:24,25—57
 3:2—121
 3:6—29
 3:34—57
 4:6—65
 4:25—121
 5:17,19—75
 5:19,20—17
 5:23—17, 57
 5:24—146
 5:27-29—95
 5:39—123
 6—37
 6:14—121

6:15—128
 6:35—17,123
 6:38—124
 6:40—124
 6:51—124
 6:66—128
 7:40,41—121
 8:40—26
 8:58—54
 10:14—17
 10:17,18—80
 10:18—89
 10:30—16, 38,75
 10:33—17
 10:38—38
 11:25,26—146
 11:33-35—65
 11:35—27
 13:5—79
 14:2—95
 14:2-6—133
 15:15—124
 16:13—125
 16:15—128
 17—110
 18:4-6—75
 18:36—128,133
 18:37—121,128
 19:30—110
 19:35—88
 21:17—123

Hechos

1:3—93
 1:8—93,126
 1:9—93
 2:24—92
 2:25-31—89

2:29-36—88
 2:31—81
 3:15—54
 13:37—81

Romanos

1:4—90
 3:9-20—104
 3:20—105
 4:25—90,108
 5—26
 5:10—108
 5:18—108
 5:19—106
 6:14—144
 6:17—143
 6:23—104,145
 8:1—144
 8:7—105
 8:32—103
 8:34—102,110
 9:5—16,26,44
 12:1,2—150

1 Corintios

2:8—54
 2:9—133
 2:13—125
 10:4—122
 12:4-11—132
 13:12—132,136
 15:12-14—88
 15:17—90
 15:20—91
 15:26—146
 15:42-44—132

2 Corintios

5:19—108
 5:19,21—107
 5:21—91,143
 8:9—75

Gálatas

3:13—144
 3:16-19—26
 4:4—13,18,37
 5:24,25—145

Efesios

1:4-6—132
 1:20,21—94
 1:20-22—84
 1:20-23—130
 1:22—95,129,130,134
 2:8,9—149
 2:10—149,150
 4:10—57
 4:11—95,125

Filipenses

1:23—132,147
 2:6-11—71,76,77
 2:7—72,75
 2:8—64,77,79
 2:9—84
 2:9-11—57
 3:21—92,146

Colosenses

1:16—15
 1:20—64
 2:9—45,57,58,59,76
 2:13—146
 2:15—85

1 Tesalonicenses

4:13—147

9:27—85

10:4—140

12:7-11—144

1 Timoteo

2:5—26,102

2:5,6—39

2:6—102

3:16—15,42,49

13:8—16,54

Santiago

2:10—104

4:7—148

2 Timoteo

2:19—131

4:18—132

1 Pedro

1:3,4—136

1:10,11—122

1:18-20—141

1:19—29

2:9—125

2:22—106

3:18—153

3:18,19—85

3:18-20—85

Hebreos

1:1,2—120

1:2—15

2:11—65

2:14—146

2:17—65

2:18—65

4:15—66,79,106

4:16—31

5-10—102,114

5:1-3—103

6:20—115

7:2—115

7:4-9—116

7:18,19—116

7:24—117

7:25—110,111

7:26—29,30,114

7:26,27—103

7:27—114

8:13—117

9:12—110

9:22—101

9:25,26—114

9:26—103

2 Pedro

3:10—96

1 Juan

1:7—66

2:1—111,148

2:2—102,108

3:8—60,147

5:6—59

5:20—16

Apocalipsis

2:10—132

12:10,11—148

17:14—95

21:4—134

Índice temático

- adopcionismo monarquiano 20
- aparición física de Cristo 30
- aplicaciones de la doctrina de las dos naturalezas de Cristo 63-67
- apotelesma 60,61
- arrianismo 21,22
- ascensión 92-94

- bautismo de Cristo 17
- Biblia y Cristo como verdadero Dios 14-18
- Biblia y Cristo como verdadero hombre 26-28
- Bultmann, Rudolf, 33,87

- “capa del mendigo” 71-81,84
- Chemnitz, Martin, 41
- ciencia cristiana 20,23

- cienciología 23
- comunidad 52,53
- comunicación de modismos 51-62
- comunidad de naturalezas 45,46
- comunidad de propiedades 51-62
- concepción y nacimiento 77,78
- Concilio de Calcedonia 22,46,47
- Concilio de Constantinopla 22
- Concilio de Nicea 22
- Credo de Atanasio (Atanasiano) 26
- Cristo, título de 100
- Cristo y la creación 15
- Cristo como sacrificio por el pecado 101-103
- Cristo como verdadero Dios 13-24

- Cristo como verdadero hombre 25-34 “hombre fantasma” 26,32,33
humillación de Cristo 71-96
- Cristo permaneció verdadero
Dios durante su humillación 73-76 iglesia de unificación 23
Iglesia Evangélica Luterana en
América (IELA) 34
- definición de Calcedonia 45 intercesión 109-111
- descendiente de los patriarcas 26 juez del mundo 95,96
- descenso al infierno 84-86
- docetismo 31-33 kenoticismo 75,76
- ebionitas 19,20
- estado de exaltación 72 llamado divino 119
- estado de humillación 72 llamado inmediato 119
- Eutiques 47
- expiación vicaria 103-105 Melquisedec 113-117
- exaltación de Cristo 71-96 mensaje de Cristo 123-125
- falsa enseñanza contra Cristo ministerio público 78,79
- como verdadero Dios 18-24 modismos 52
- falsa enseñanza contra Cristo monarquianismo 20,21
- como verdadero hombre 31-34 monarquianismo modal 20
- falsa enseñanza contra la unión mormones 22
- personal 46-49 movimiento Nueva Era 23
- Fórmula de Concordia 43,44 muerte, redención de 145-147
- fraude piadoso 87 muerte física 145
- muerte temporal 145
- géneros 53 nacimiento virginal 35-39
- género apotelemático 60-62 naturaleza humana de Cristo de
describe 28-31
- género idiomático 53-56 necesidad para nuestra salvación
65
- género majestuoso 56-60 Nestorio 46, 47,55
- gnosticismo 32,33
- gran intercambio, el 90,91
- hermano 65,66
- historia de la humillación de
Cristo 77-81
- obediencia activa 105,106
- obediencia pasiva 139-150
- obra de Cristo 105-109

- Pablo de Samosata 21, 55,59
 pecado, redención del, 143-145
 pecado actual 143
 pecado heredado 143
 pecado original 143
 persona de Cristo 13-67
 personalidad de Cristo 30
 poder del diablo, redención del
 147,148
 presencia real 47
 Profeta, oficio de, 119-126
 propiedades 52
 propósito de la redención 148-
 150
- redención 139-150
 redención universal 142
 regreso al poder y la gloria 83-
 96
 reino de gracia 130-132,134-13
 reino de gloria 132-136
 reino de poder 129, 130, 134 -
 136
 relación de las dos naturalezas
 42-45
 relación entre Padre e Hijo 15,16
 rescate pagado 140-143
 resurrección 86-92
 Rey, oficio de, 127-136
- samosatenos 21
 santificación 149
 satisfacción vicaria 103-105
 Schweitzer, Albert, 33
 “Seminario de Jesús”
 22,23,55,56
 sentado a la diestra de Dios
 94,95
- socinianos 21,23
 subordinacionista 19
 sufrimiento, muerte, y entierro
 79-81
 sumo sacerdote 30
 Sumo Sacerdote, oficio de 99-
 117
- teoría de las alucinaciones 87
 testigos de Jehová 22
 Tillich, Paul, 33
 transfiguración 18,59
 triple oficio 99-136
- unción 119
 unión hipostática 42
 unión personal 41-49
 unitarianismo 23
 unitario 19
- Zuinglio, Ulrico, 47,55,58,59

Enseñanzas de la
BIBLIA
Popular

† ÁNGELES Y DEMONIOS

† EL BAUTISMO

† LA BIBLIA

† **CRISTO**

† LA LIBERTAD CRISTIANA

† LA ADORACIÓN CRISTIANA

† EL COMPAÑERISMO
ECLESÍASTICO

† IGLESIA—MISIÓN—MINISTERIO

† EL GOBIERNO CIVIL

† LA CONVERSIÓN

† LA CREACIÓN

† TIEMPOS FINALES

† LA PROVIDENCIA DE DIOS

† EL CIELO Y EL INFIERNO

† EL ESPÍRITU SANTO

† LA JUSTIFICACIÓN

† LEY Y EVANGELIO

† LA SANTA CENA

† EL HOMBRE

† EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

† LA ORACIÓN

† LA PREDESTINACIÓN

† LA SANTIFICACIÓN

† LA MAYORDOMÍA

† LA TRINIDAD



Multi-Language
Productions

Bringing the Word to the World

www.wels.net/mlp